

*Sophie Saint Rose*

*Cada*

*día*

*más*



Cada día más  
Sophie Saint Rose

## Capítulo 1

Laura bebía de su copa de champán observando como su mejor amiga bailaba el día de su boda con su padre, y como Carter, su reciente marido, se acercaba a ella para robársela a Paolo, que la cedió con gusto. Sonrió cuando Carter miró a los ojos a Ana María. Estaba totalmente enamorado de ella y se sintió muy feliz por ellos.

—Hacen una pareja maravillosa.

Gruñó al escuchar a su lado a Ariel, una de las abogadas del bufete donde trabajaba y del cual Carter era el jefe. A sus cuarenta y cinco años estaba estupenda vestida de rojo y con su cabello cortado impecablemente a la altura de la barbilla.

—Ariel, estás aquí... —Se sonrojó mirando de reojo a Arnold, el mejor amigo de su jefe, que estaba intentando ligar con una de las primas de Ana María, sin saber que ya estaba casada.

Su compañera de trabajo la miró divertida. —Si me viste en la iglesia, aunque disimulaste muy bien. —Se acercó a su oído y susurró —Tranquila, no se lo he contado a nadie.

—¿El qué?

—Tu interés por Arnold Weixler, tonta. Aunque después de veros discutir hace dos minutos, creo que todo el bufete sabe que estáis liados.

—No estamos liados. —La fulminó con sus ojos azules. —Y tus consejos son una mierda.

Ariel sonrió mirando a los novios. —A ellos les han funcionado. Nada como los celos para espabilar a los pretendientes rebeldes.

—Con ella lo tenía fácil. Carter es un hombre chapado a la antigua.

—¡Serás mentirosa! ¡Y te recuerdo que se han casado en un tiempo récord!

—Demostró que le importaba al tercer día de ser su secretaria. —Frunció el ceño. —¿O fue al segundo? Bueno da igual. Lo mío era más difícil y no sirvieron de nada tus consejos. ¡Te recuerdo que dijiste que si no me

tomaba en cuenta, le pegara un puñetazo y así me vería!

Ariel se acercó aún más. —¿Y se lo pegaste?

Ana María se echó a reír tras ellas y se volvieron para verla preciosa con su cabello negro recogido en los laterales y cayendo en hondas hasta la cadera de su maravilloso vestido corte princesa. La nueva señora Levington guiñó uno de sus ojos ambarinos y cogió un refresco de la bandeja que pasaba a su lado en ese momento. —¿Que si se lo pegó? Salimos una noche y fuimos a la misma discoteca a la que van ellos. Apenas diez minutos después de llegar, le dio un puñetazo en plena nariz aprovechando una bronca en la discoteca. Vaya que si se fijó en ella.

—¡No se lo iba a pegar en medio del despacho! La discoteca fue la ocasión perfecta. —Se sonrojó mirando a su alrededor. —Eso funcionó... algo.

—Se la tiró en el ascensor de la oficina días después.

Ariel la miró con los ojos como platos. —¡Hay cámaras!

—Eso también está solucionado. Arnold sobornó a los de seguridad para recuperar las cintas. —Soltó una risita. —Aunque seguro que los de seguridad se lo pasaron en grande hasta que llegó él.

—Muy graciosa —siseó Laura mirando a Arnold que estaba susurrando algo al oído a otra de las damas de honor.

—¿Por qué no le dices a tu marido que os eche una mano con su mejor amigo?

Laura levantó las manos exasperada y Ana María contestó —Ya lo he intentado. Arnold es un poco cabezota con su soltería. ¡Si incluso organicé una cita a cuatro!

—¡De la que os fuisteis media hora después!

Ana hizo una mueca mirando a Ariel. —¡Era para dejarlos solos! No nos imaginábamos que la llevaría a casa de inmediato. Pensábamos que al menos cenaría con ella.

—¡Dijo que le dolía el estómago, llamó por teléfono y me pidió un taxi! ¡Ni siquiera me llevó a casa!

Ariel entrecerró sus ojos. —Interesante.

—¿Ah, sí? —dijeron las dos a la vez mirándola fijamente—. Yo lo había interpretado como una mala señal —continuó Ana.

—No, para nada. ¿Un hombre como Arnold Weixler huyendo de una

mujer? Interesante como poco.

Laura y Ana se miraron. —Tiene razón.

—Así que nuestro rico empresario, conquistador de medio Manhattan y que persigue a las mujeres como si quisiera tirárselas a todas, huye de nuestra Laura... —Las tres se volvieron hacia él, que sonreía de manera encantadora a la madre de la novia. A María Moretti estaba a punto de caérsele la baba y no era para menos, porque era tan guapo que las tres suspiraron, así que la madre de Ana no tenía ninguna oportunidad.

—Si tuviera veinte años menos, mi madre ya se estaba divorciando —dijo Ana divertida.

—¡No le soporto! —Laura las miró rabiosa. —Esto se acabó.

Ariel dio un paso hacia ella amenazante. —¡No te vas a dar por vencida! ¿Acaso no has luchado por conseguir ser una de las mejores abogadas de la ciudad? ¿Por llegar a ser la mano derecha de Carter? ¿No te has dejado la piel para eso?

—¡Claro que sí!

—¿Y por qué no ibas a esforzarte de la misma manera para conseguir al hombre que tiene que compartir tu vida y ser el padre de tus hijos, cuando eso es mil veces más importante?

Ana la miró con admiración. —Eres una abogada buenísima.

—Gracias.

Laura la miró pensativa y apartó molesta un rizo rubio de su oreja. —Tienes razón.

—Mi marido dice que siempre tengo razón. Estoy empezando a pensar que es cierto. —Se echó a reír al ver sus caras. —¿Qué? Tengo un ego enorme, pero me lo he ganado a pulso.

—Vale, y según tu experiencia... ¿qué debería hacer ahora? —preguntó Laura como si nada.

—No seas tonta. ¡Es una boda! El alcohol corre y hay baile. Nada como pedirle bailar y arrimarse un poco para que te lleve a una suite y te proporcione un orgasmo. Después te vistes antes que él y te vas.

Ana María entrecerró los ojos. —¿Ahora tiene que seguir mi táctica?

—Exacto. Ahora tiene que demostrarle que solo le utiliza para el sexo. Él se relajará y antes de que se dé cuenta, se preguntará qué haces cuando te largas.

Miró a Arnold de nuevo y al ver que levantaba la vista hacia ella y fruncía el ceño, gruñó bebiendo de su copa de champán, desviando los ojos hacia Carter que se acercaba a ellas sonriendo. —¿Qué estáis tramando ahora?

Ana se acercó a él abrazando su cintura. —Mi amor, ¿por qué crees que tramamos algo?

Carter se echó a reír a carcajadas. —¿Hablabais de Arnold?

—Ese idiota...

Carter besó a su mujer en los labios. —No te enfades con él. Es así y no va a cambiar. Le gusta demasiado seducir a una mujer como para atarse a nadie.

Ariel sonrió. —¿No me digas, jefe? ¿Así que le gustan los retos?

—Ya veo por donde vas, Ariel. Y sí, le gustan demasiado para dejar la caza.

Laura no lo soportaba más. ¡Su vida era de dominio público! —Me voy a dar una vuelta.

Ana apretó los labios al ver que dejaba la copa sobre la mesa y se largaba en dirección al baño.

—Está dándose por vencida —dijo Ariel—. Eso no es bueno.

—No. —Carter se tensó. —Tengo muchos planes para ella y que se dé por vencida no es buena señal.

Ana le guiñó un ojo. —Cielo, no te preocupes. Déjame a Laura a mí.

—¿Sabes? Casi siento pena de Arnold. No tiene nada que hacer con tres mentes tan retorcidas y privilegiadas.

Ariel y Ana sonrieron. —¡Gracias, jefe!

Carter se echó a reír alejándose hacia su amigo. Las dos les observaron hablar y cuando Laura regresó al salón, vieron como Arnold la miraba de reojo, pero pasó una pelirroja con un ajustado vestido rojo y perdió de vista a Laura para mirarle el trasero.

Ana se volvió exasperada. —Es imposible.

—No hay nada imposible. La ha mirado, ¿no? Si no le interesara ni se hubiera dado cuenta de su presencia. Eso te lo aseguro.

—Pasa una mujer y solo se guía por instinto. ¡Es como un mono salido!

Ariel se echó a reír a carcajadas. Vio que Laura cogía otra copa de

champán. —Yo que tú iba a hablar con tu amiga antes de que se emborrache ante los abogados más importantes de Nueva York quedando en ridículo. — Ana jadeó antes de salir corriendo.

Se volvió para mirar a su marido que bailaba entregado con una de las primas de la novia. Le guiñó un ojo antes de girarla y sonrió. Al mirar a otra pareja vio a Henry sentado en una mesa mirando a Laura y Ana con inquina. Ese chico no le gustaba nada. Siempre estaba buscando problemas y no se fiaba de él. Habría que vigilarle de cerca para que no causara problemas en el bufete.

—Ya no aguanto más —dijo Laura dejando la copa sobre una mesa sin haber bebido una gota—. Estoy harta.

—Llevas más de dos años enamorada de él y en unos meses has avanzado muchísimo. Te has acostado con él, ¿no?

—Menudo avance. Se ha acostado con él medio Manhattan. — Entrecerró sus ojos azules. —¿Quieres animarme o hundirme aún más?

—¡Mira vas a ir ahí y le vas a pedir bailar como ha dicho Ariel! ¡Y después del polvo, te largas!

Varias las miraron y Laura se sonrojó. —Gracias por tu discreción.

—¡Mira quién fue a hablar de discreción! La que echa un polvo en un ascensor. —Fruunció el ceño. —¿No es incómodo?

—Estaba tan encantada que no me pareció incómodo para nada, te lo aseguro. Desde que me he acostado con él estoy mil veces peor. Antes era el amigo del jefe y era un amor platónico, ahora que le he sentido dentro te aseguro que ya no duermo tranquila pensando en todas las lagartas que se está tirando.

—No estáis juntos. No sois novios. Ya te vengarás después. Ahora céntrate en tu objetivo y ataca sin piedad como haces en el juzgado. Eres despiadada, eres una mala bestia, eres...

—No sigas o terminaré placándole en medio de la pista de baile.

Ana se echó a reír. —Me encantaría verlo. Todavía disfruto pensando en el puñetazo.

—Esa satisfacción que me llevo.

—Bien dicho. Ahora a por él, nena. ¡Ataca!

Tomó aire poniéndose muy nerviosa y se llevó una mano al vientre alisando la gasa de su vestido de dama de honor color berenjena. —¿Cómo estoy?

—Preciosa como siempre.

—Tú sí que eres una amiga.

—Lo sé.

Miró hacia su objetivo y gimió. Ana la cogió por el brazo muy seria. —¿Pero quién eres tú?

—¿Qué?

—La persona que conocí en mi primer día de trabajo, era fuerte inteligente y no se detenía ante nada. ¡Es un hombre como los demás! Demuéstrale de la pasta que estás hecha. ¡No te llega ni a la suela de los zapatos! ¡Ni sé por qué te has fijado en él cuando es un niño rico que siempre lo ha tenido todo y que trata a las mujeres como si fueran de usar y tirar! Debería estar él detrás de ti para rogarte de rodillas que le dieras una oportunidad. ¡Así que vete ahí y déjale las cosas bien claras para que te dé el orgasmo que te mereces!

Laura se puso como un tomate. —¿Quieres bajar la voz?

Ana gimió mirando a su alrededor. —Son las hormonas.

—Pues no te quiero imaginar de seis meses. Podrías dirigir un ejército.

—Venga. ¡A por él!

Resignada se volvió y miró a Arnold que estaba guapísimo vestido de smoking. Se había peinado su cabello negro hacia atrás y estaba muy moreno de piel porque acababa de llegar de sus vacaciones anuales en su isla del caribe. Tragó saliva acercándose y él debió verla de reojo porque se volvió fulminándola con sus preciosos ojos negros. Uff, qué pestañas tenía. Seguro que tenía antecedentes latinos en alguno de sus antepasados. —Vamos allá —dijo para sí antes de forzar una maravillosa sonrisa cuando llegó hasta él. Casi la marea el olor de su after shave. —¿Quieres bailar?

Él levantó una ceja. —¿Ahora quieres bailar conmigo? Hace media hora dijiste que no bailarías conmigo ni aunque fuera Fred Aster.

—Estaba enfadada contigo por plantarme en la cena. Pero se me ha pasado.

—No pensarás pisarme para vengarte, ¿verdad?

—He decidido que paso de hombres. Voy a centrarme en el trabajo.

—¿No me digas? Por cierto, felicidades. Carter me ha dicho que le sustituirás en la luna de miel.

Sonrió radiante. —Me lo he ganado.

—No lo dudo —dijo molesto.

—Ya que nuestros mejores amigos se han casado, deberíamos llevarnos bien. ¿No crees? Nos vamos a ver mucho, además de lo que nos vemos por trabajo que ya es bastante.

Arnold chasqueó la lengua y la cogió de la mano para llevarla a la pista de baile. Laura intentó disimular lo bien que se sintió cuando la tocó y al llegar al centro de la pista él llevó su mano a su hombro antes de cogerla por la cintura. —Estás preciosa, ¿lo sabías?

Disimulando lo encantada que estaba por su cumplido le miró indiferente. —Me lo han dicho, pero gracias.

—De nada. —Los dedos en su cintura apretaban lo justo y ni se movían, pero a Laura empezó a subirle la temperatura. —Veo que llevas mi colgante. ¿Nunca te lo quitas?

—Oh, es que tu táctica para recordar los nombres de las mujeres que conoces, me resulta muy práctica. A veces me encuentro con un cliente y cuando lo ve, recuerda mi nombre.

Él gruñó. —¿No me digas?

—Sí, así que como venía a la boda... ¿No te habías fijado que lo llevo desde hace dos años?

—Sí, me había dado cuenta.

—No te vayas a pensar que llevo colgada de ti dos años o alguna locura parecida. Carter me contó que regalabas esto a todas las que te interesaban para recordar los nombres y pensé en ello. Si a ti te servía, a los demás también y tengo que diferenciarme de tanto abogado trepa. Es otra manera de destacar.

—Y lo haces muy bien por lo que tengo entendido.

Le miró con desconfianza. —¿Qué ocurre?

—Nada.

—Te veo muy amable.

—Es que eso de que nos llevemos bien me ha calado hondo.

Sonrió encantada. —¡Es genial! Porque quería decirte que nuestro

encuentro en el ascensor, me hizo tener esperanzas de que hubiera algo entre nosotros. —Arnold se detuvo en seco. —Vamos, no te hagas el sorprendido. —Le miró maliciosa. —Sabes de sobra que fue un polvo de primera. Bueno, da igual. Durante unas semanas tuve la ilusión de que sintieras algo por mí, pero me he dado cuenta de que no me servirías demasiado como pareja. —Chasqueó la lengua. —No. Pensaría que me la estabas pegando con cualquier zorrilla sobre la mesa de la oficina y así no podría vivir. No te preocupes que he abierto los ojos.

—Me alegro mucho —refunfuñó tirando de ella para seguir bailando.

—Además, tengo que centrarme en el trabajo. Ahora he llegado a la cima. La mano derecha de Carter nada menos. —Hinchó el pecho orgullosa. —No tengo tiempo para citas absurdas.

—Así que te centrarás en el trabajo.

Miró sus ojos negros ilusionada. —¿Te lo puedes creer? Durante un mes seré la jefa del bufete.

—Algo habrás hecho bien para que Carter confíe en ti. Sabes lo riguroso que es en el trabajo.

—Lo sé, por eso la satisfacción es mil veces mayor. No puedo fallarle.

—Eres muy leal, ¿verdad?

Le miró sorprendida. —Claro que sí. Él me dio una oportunidad y me ha llevado hasta aquí. ¿Por qué lo preguntas?

—Las personas solo suelen ser fieles a ellas mismas.

—Menuda chorrada. —Él se tensó y Laura le miró a los ojos. —No te fías mucho de la gente, ¿verdad?

—De dos o tres.

—Y uno de ellos es Carter.

—Me ha demostrado que es un amigo.

—¿Así que tengo que demostrarte fidelidad antes de ser tu amiga?

—Preciosa, nosotros nunca seremos amigos.

—¿Por qué? —preguntó disimulando su decepción.

—Porque pensaría continuamente en llevarte a la cama y así no podemos ser amigos.

—Así que te atraigo sexualmente, pero no puedo ser tu amiga —dijo con la boca seca.

Él se acercó y le susurró al oído —Es que después de sentirte alrededor de mi polla estremeciéndote de placer, es difícil pensar en la amistad, nena. Muy difícil.

Se alejó mirándola a los ojos como si quisiera devorarla y a Laura se le quedó la mente en blanco. Miró sus labios como si quisiera besarla. —¿Quieres que repitamos?

Los ojos negros de Arnold brillaron. —¿Sin compromisos, ni dramas en cenas trampa? ¿Nada de gritos de frustración, ni frases irónicas sobre mi vida sexual?

—Sexo por el sexo. Nada más. Ahora tengo las ideas muy claras.

La mano de su cintura subió por su espalda. —Nena, no sé si es buena idea. ¿Y si vuelves a hacerte ilusiones? Nunca tendré una relación contigo.

Laura disimuló el dolor que sintió en ese momento. —Eso ya me había quedado claro. Sólo será sexo, cielo. ¿Quieres o no?

Él se apartó cogiendo su mano y tirando de ella fuera de la pista. Laura miró hacia Ana y Carter, que estaban bailando a su lado, y su amiga levantó el pulgar sonriendo maliciosa.

No la sorprendió que la llevara directamente al ascensor. Seguramente había reservado una suite para el posible rollete que se encontrara. Pero no pensaba soltar lo que tenía ganas de decir porque esa noche era solo suyo. Cuando pulsó el décimo piso la cogió por la cintura pegándola a la pared. La respiración de Laura se alteró al tenerle tan cerca y sonrió irónico. —¿Lo habías hecho antes en un ascensor? —Su mano llegó a su trasero y se lo acarició pegándola a su pelvis.

—Solo esa vez —gimió sintiendo que se le cortaba la respiración.

—Fue muy excitante. —Apretó sus glúteos con ambas manos. —Y toda una sorpresa. No pensaba acostarme contigo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué me regalaste la letra de oro que llevo al cuello?

Él rió por lo bajo y la besó suavemente en el cuello. —No voy a negar que cuando te conocí hace dos años me hubiera acostado contigo, pero después te encargaste de aquella demanda en mi empresa y decidí que te prefería a mi lado... Amantes hay muchas, buenos abogados no.

—Entiendo. —Ahí supo que jamás tendría nada serio con ella, porque sabía cómo se tomaba Arnold Weixler los negocios. Puede que en su vida personal fuera un desastre, pero en los negocios era un tiburón y la quería en

su equipo.

Él se apartó para mirarla a los ojos al darse cuenta de que se había tensado. —¿Ocurre algo?

Laura sonrió. —Estoy deseando llegar a la habitación.

Vio como esa frase aumentaba su deseo. —Lo mismo digo, preciosa.

Las puertas se abrieron y él sujetándola por la cintura la llevó hacia el pasillo. —La última vez me tomó por sorpresa y no te pregunté si tomabas algo, pero como no me has dicho nada supongo que no ha habido consecuencias.

Laura se sonrojó. —Tomo la píldora, pero me gustaría que te pusieras...

—No hay problema. —Sacó la tarjeta del bolsillo interior del smoking y sonrió de esa manera que la volvía loca. —Siempre lo uso. ¿Tengo que hacerme análisis por nuestro encuentro anterior, nena?

—No —respondió algo molesta. ¡Era él quien la metía en todo bicho viviente! Que le hiciera esa pregunta era ofensivo—. ¿Y yo?

—Limpio como un bebé.

—No hables de bebés, ¿quieres? Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo y me corta el rollo.

Arnold se echó a reír cogiéndola por la cintura. —Entonces pensamos lo mismo. —Atrapó sus labios antes de que pudiera decir nada más y tiró de ella hacia la habitación cerrando la puerta con el pie. Sin encender la luz la cogió por las caderas sentándola en un mueble y le abrió las piernas colocándose entre ellas. Apartó sus labios de ella y susurró con voz ronca — Este será rapidito, nena.

—¡Date prisa! —Le cogió por el cuello tirando de él y besándole desesperada por sentirle. Gimió cuando enlazaron sus lenguas y gritó al sentir sus manos sobre sus muslos desnudos antes de llegar a sus glúteos. Ella apartó su boca inclinando su cuello hacia atrás y él se lo besó con pasión rompiéndole las bragas. Entró en ella de un solo empujón y Laura gritó sujetándose en sus hombros. Apasionado se movió en su interior con fuerza una y otra vez sin darse cuenta de que tiraban un jarrón y una lámpara que tenían a su lado. Laura se abrazó a su cuello y gritó con fuerza cuando todo su cuerpo se tensó hasta casi romperse antes de que él la liberara. Respirando agitadamente él se apartó lo suficiente para llevar una mano a su nuca y tirar de sus rizos rubios hacia atrás para mirar su cara. —Nena, espabila porque

quiero más. Mucho más —dijo antes de besarla como si la necesitara.

## Capítulo 2

Laura abrió sus ojos azules cuando recuperó la respiración. Al ver que la luz empezaba a filtrarse por la ventana se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Madre mía, llevaban al menos seis horas dale que te pego. Lo único que no le dolían eran las pestañas. ¿Y ahora se suponía que tenía que largarse? Eso sería si las piernas le respondían, claro.

Arnold medio dormido alargó la mano y acarició su vientre, subiendo hasta su pecho y amasándolo. ¡Ni medio dormido se detenía! ¡Ese tío era una máquina! Sintiendo que si empezaba de nuevo terminaría en urgencias, espabiló a su instinto de supervivencia que le hizo levantarse de la cama. Increíblemente se puso en pie, hecho que espabiló a Arnold que la miró yendo hacia el baño desnuda y con sus rizos cayendo por la espalda. —Joder, nena... Me pone solo mirarte.

Gimió cerrando la puerta y se dijo que esa sería la última vez. ¡Ni de broma se casaría con él, aunque quisiera, porque la mataría a polvos antes de los treinta! Y ella quería vivir muchos años. Decidió ducharse y cuando la puerta se abrió, se volvió a toda prisa al ver que iba hacia el inodoro. — Puedo pedir la habitación un día más.

Se acercó a ella y Laura le miró por encima del hombro. —Tengo que trabajar. —Forzó una sonrisa. —Además no tengo fuerzas para un orgasmo más.

Arnold entrecerró los ojos y ella salió de la ducha cogiendo la toalla que le tendía. —Gracias.

—¿Gracias por la toalla o por los orgasmos?

—Por todo. —Se secó a toda prisa y cogió otra toalla para el cabello. Se agachó para enrollarse la toalla en el pelo cuando vio su sexo semi erecto. ¡Tenía que salir de allí ya!

—Laura, ¿no estarás huyendo?

—¿Huyendo? —Se levantó llevando hacia atrás la toalla y le miró sin comprender. —Habíamos dejado las cosas claras. Era sexo. ¿De qué tengo

que huir?

—Pues del sexo. ¡Yo quiero más!

El vuelco que le dio al estómago la dejó sin habla y Arnold se acercó a ella cogiéndola por la cintura y pegándola a él. —Vamos, nena. Necesito un par más.

—¿Te has tomado algo? —preguntó incrédula haciéndole reír.

—Soy muy activo.

—Arnold, es imposible. Dime la verdad. ¿Te has tomado algo?

La besó en el cuello. —Es que tienes un olor que me vuelve loco.

Se apartó de golpe. —Pues lo siento, pero yo no puedo más. Si me largo es para poder dormir al menos dos horas antes de trabajar en los casos pendientes.

Él apretó las mandíbulas antes de seguirla hasta la habitación. —Muy bien.

—Eso decía. —Tiró la toalla a un lado y cogió el vestido del suelo. —Mierda, me he dejado el bolso en la boda.

—Lo tendrán en recepción —dijo sin darle importancia tirándose en la cama. La observó vestirse sin ponerse la ropa interior—. Sobre lo que ha pasado...

—Venga ahora no me sueltes el rollo de siempre. Era sexo, ya lo he entendido —dijo con rabia agachándose y cogiendo una de las sandalias.

—Pues ya que te ha quedado tan claro... podíamos repetir otro día.

A Laura se le cortó el aliento sentándose en la cama de la impresión. —¿Por qué?

—Porque ese sexo sin compromisos contigo es muy relajante y liberador. No tengo que buscarme excusas para no quedar otro día, ni para no llamarlas más tarde.

Increíble. Ahora que al fin se había enterado de que no quería nada con ella, él quería pasar tiempo a su lado. Bueno, exactamente no quería pasar tiempo con ella, quería más sexo. Y la verdad es que era el mejor sexo que había tenido jamás. ¿Cómo iba a rechazar pasar tiempo con él y más aún teniendo unos orgasmos increíbles? Arnold sonrió acercándose y le acarició la espalda. —Dime, ¿quieres que quedemos de nuevo?

—No sé —dijo aparentando ser tan fría y calculadora como él—. ¿No será un problema en el trabajo? Eres cliente del bufete. El mejor amigo de

Carter...

—Eso no te preocupaba ayer por la noche.

—Porque era una noche. Algo sin planear, casual como lo del ascensor. ¿Pero ahora quieres ser mi follamigo?

Él carraspeó. —Esa palabra es un poco inexacta. Seríamos amantes sin dramas. Cuando nos viniera bien a los dos, claro.

—Cuando tenga un hueco —dijo sintiendo unas ganas horribles de gritarle que se metiera su propuesta por el culo.

—Cuando tengamos un hueco.

Sonrió falsamente y se levantó quitándose la toalla de la cabeza antes de volver al baño. —Claro. Llámame y si me viene bien...

—Lo haré.

Laura con ganas de matar a alguien, cogió el peine regalo del hotel y empezó a desenredarse el cabello. Chilló al ver los chupetones que tenía en el cuello. Él estaba detrás de ella dos segundos después y se señaló el cuello. —¿Qué es esto?

—Unas marquitas de nada.

—¡Esto no puede volver a pasar! Tendré que ir con jersey al trabajo. ¡De cuello vuelto! —dijo horrorizada como si fuera un delito.

—Siento que no puedas ponerte esas camisas tan sexis que te pones.

No parecía arrepentido en absoluto y ella se volvió de golpe. —Que no vuelva a pasar.

—No, abogada.

Furiosa salió del baño. —Bueno, adiós.

La cogió por el brazo volviéndola y la besó antes de que se diera cuenta. Y qué beso. Parecía que quería marcarla y cuando la soltó de golpe, tuvo que apoyarse en su pecho desnudo para sostenerse. Y menudo pecho tenía, era lo que más la había dejado en shock de su cuerpo, que era para morir. Carraspeó enderezándose.

—Adiós, nena —dijo divertido volviendo a la cama y mostrando su cuerpo en todo su esplendor.

El muy capullo quería excitarla de nuevo antes de que se fuera. Sería retorcido. —Adiós.

—Ten el teléfono operativo.

Puso los ojos en blanco antes de salir de la suite con las piernas como

gelatina. Pulsando el botón del ascensor sonrió sin poder evitarlo. ¡Había avanzado muchísimo esa noche! Ariel estaría orgullosa.

Sentada detrás del escritorio de Carter el jueves siguiente, intentaba sacar todo aquel trabajo adelante. Admiraba mil veces más a su jefe después de ponerse en su puesto, porque estar a mil casos a la vez, aparte de los propios, era una auténtica locura. Su teléfono sonó y sin dejar de mirar un informe forense contestó distraída —Laura Byerly.

—Nena, ¿tienes la noche libre?

—¿Quién es? —preguntó sin pensar.

—¿Perdón?

Al escuchar su pregunta irónica se enderezó en su sillón. —¿Arnold?

—Ese mismo. ¿Tienes más amantes?

—En este momento no le haría un hueco ni al presidente de los Estados Unidos.

Arnold se echó a reír. —Es duro, ¿verdad?

—Dios mío, ¿cómo lo hacéis?

—Trabajando mucho. Luego se pasa y se ve como algo normal. Necesitas relajarte. ¿Quieres un masaje?

Gimió girando el sillón para mirar la ciudad de Nueva York. —Suenan muy bien. ¿Eres bueno?

—No, si el masaje te lo daría mi fisio. —Laura se echó a reír a carcajadas. —¿Quieres que te lo envíe?

—No, gracias.

—¿Entonces te conformas conmigo?

—Soy fácil de contentar.

—¿A las seis en tu casa?

—A las siete.

—A las siete. Te veo luego, preciosa.

Colgó el teléfono y se mordió el labio inferior dejándolo sobre la mesa. Era justo lo que necesitaba después de esos días de estrés continuo. Una sesión de sexo salvaje con Arnold. Sonrió de oreja a oreja. Y había llamado él. Eso era buena señal.

A las siete menos diez estaba en medio de un atasco y sabía que no llegaría a la calle sesenta y cuatro este a las siete. Con aquel tráfico era imposible. Chasqueó la lengua mirando el informe que tenía delante. Que esperara. Sonrió maliciosa y preguntó al chofer de Carter del que disponía durante su luna de miel —¿Tardaremos mucho?

—Sobre media hora, señorita. Lo siento, pero esto está imposible.

—Tranquilo. Sigo trabajando.

A las siete y cinco le sonó el móvil y suspiró cogiéndolo. —Estoy en un atasco.

—No puedo ir.

Se quedó de piedra. —Ah, bueno... no pasa nada.

—Me acaban de llamar porque ha surgido un problema en Atlanta y tengo que irme.

Parecía cabreado y ella entendió que debía ser algo grave. —Muy bien. Espero que lo soluciones. Adiós.

—Adiós.

Frunció el ceño porque había sonado un poco áspero en su despedida. ¿Estaría enfadado con ella? No eso no podía ser. Seguro que el contratiempo en Atlanta le había molestado. Si era eso.

Estaba metiendo la llave en la cerradura de su apartamento, intentando evitar que se le cayeran los expedientes, el bolso y el maletín, cuando salió una vecina con su perrito. La hora del paseo de Pretty.

—Laura has llegado. —La anciana miró a ambos lados del pasillo. —¿Se ha ido ese hombre tan guapo?

Se volvió sorprendida dejando que todo se cayera al suelo. —¿Qué hombre?

—Uno muy elegante con un traje hecho a medida. Moreno y muy atractivo. Llamó a tu puerta al menos veinte veces.

—¿Arnold ha estado aquí?

—Pues si se llama así... —Miró los expedientes en el suelo. —Te ayudaría, pero la ciática...

—No se preocupe por eso. ¿Así que ha estado aquí?

—Iba a abrirle para hablar con él, pero ya sabes que no me gusta hablar con desconocidos.

Apretó los labios preocupada asintiendo. —Así que ha estado aquí.

—Sí, durante unos diez minutos más o menos.

—¿Sabe si recibió alguna llamada?

—¿Él? No, querida. Pero él sí que llamó. Desde mi mirilla lo vi perfectamente.

—¿No me diga?

—Oh, sí. Algo de una reunión en Atlanta.

Así que como se había retrasado, se había largado. Weixler no esperaba a nadie. Sería gilipollas. Sonrió a la mujer y se agachó para acariciar a su york shire. —Cada día está más guapa. ¿Verdad Pretty?

—Mi niña está en celo.

—¿No me diga? Ya somos dos —dijo en voz baja levantándose—. Bueno, tengo que irme. Trabajo pendiente, ya sabe.

La anciana sonrió alejándose con su perrita. —La madre que le parió. ¡Me ha plantado!

En realidad, le había plantado ella, pero simplemente había sido un repaso. Estaba claro que la quería lista y preparada cuando él dijera. —¡Qué te den! —Entró en casa y cerró de un portazo. Fue hasta la mesa del salón que ya estaba llena de libros y lo dejó todo allí. —Al menos adelantarás trabajo.

Después de ducharse y cenar comida china sin dejar de trabajar, decidió irse a la cama a las dos de la mañana. La auténtica decepción llegó cuando se estaba tomando un café por la mañana mientras hojeaba el periódico. Vio la foto de Arnold saliendo de un restaurante la noche anterior con una pelirroja impresionante que llevaba un vestido amarillo entallado que mostraba todas sus curvas. Y tenía muchas. Se mordió el labio inferior viéndole sonreír a la pelirroja antes de dejar la taza sobre sus caras y levantarse para ir a trabajar. Reprimió las ganas de llorar poniéndose la chaqueta del traje rosa que llevaba ese día. Tenía un juicio, así que no tenía tiempo para eso. De hecho, no debería tener tiempo para él nunca más. Cerró los botones de la chaqueta y cogió su maletín cuando sonó el móvil. Al ver que era Arnold no respondió. Todavía no eran las nueve, así que llamara en horas de trabajo.

En el juzgado le fue bien. Era un caso sencillo de divorcio, así que pudo relajarse haciendo lo que más le gustaba. Destrozar a la parte contraria con pruebas abrumadoras de infidelidad. Su clienta llorando a lágrima viva,

le dio las gracias por sangrar a aquel capullo.

—Ha sido un placer.

Y vaya si lo había sido. Se había empleado a fondo con ese idiota y no dudaba que Arnold había tenido algo que ver.

Cuando llegó al despacho, Daisy le entregó sus mensajes. Tenía veinticuatro años y era pequeña y muy rubia con el cabello recogido en una coleta como si fuera una colegiala, pero era una trabajadora incansable y daba gracias todos los días por tenerla. —Weixler ha llamado tres veces. Le he dicho que estabas en el juzgado, pero estaba de muy mala leche.

—Ahora le llamo —dijo de manera profesional—. Tengo media hora para mi siguiente cita, ¿verdad?

—Veintisiete minutos.

—Bien.

Entró dejando sus cosas sobre la larga mesa de despacho de Carter y suspiró pulsando el botón del intercomunicador. —¿Puedes traerme un refresco de cola, Daisy?

—Ya lo tengo en la mano.

—Gracias.

Entró mientras ella se sentaba y se lo puso ante todos los expedientes que tenía que revisar. —Veinticinco minutos.

—Gracias. —Cogió el móvil y llamó a Arnold tomando aire.

—¡Ya era hora! —contestó sin saludar.

—¿Qué ocurre? —preguntó haciéndose la tonta—. ¿Te han demandado de nuevo y no me he enterado?

—Muy graciosa.

Se quedó en silencio y ella miró su móvil. —¿Arnold?

—¿Has leído el periódico?

—No me ha dado tiempo todavía —mintió descaradamente—. ¿Por qué? ¿Hay algún problema en la empresa? ¿El tema de Atlanta?

Él gruñó al otro lado de la línea. —No, no es eso.

No, por supuesto que no. —¿Entonces qué ocurre? No tengo todo el día. Tengo una reunión en unos minutos. Vete al grano.

—Salía mi foto con una cita.

—¿Y?

—Fue ayer por la noche —respondió fríamente—. Aquí en Nueva York.

—¿Me has mentido para quedar con otra? —preguntó aparentando diversión, aunque por dentro se la llevaban los demonios.

—Algo así.

Claro, no quería decirle que había ido a verla y que se había largado. —¿Y por qué lo has hecho? No tenemos nada. ¿Era necesario mentirme?

—¡Joder! Da igual. Solo quería hablar contigo para saber si te has molestado.

¿Molestado? Le mataría si le tuviera delante, pero como no podía expresar sus sentimientos simplemente dijo —Soy fácil de sustituir, Arnold. Eso ya me lo has dejado claro.

—Laura...

—Da igual. Mira, tengo mucho trabajo y tengo que colgar.

—¿Puedo llamarte? —Se le cortó el aliento porque parecía indeciso.

—¿Para qué? ¿Para que me dejes tirada por otra? Ayer salí del despacho antes para estar contigo y me plantaste para liarte con esa.

—No volverá a pasar. —Apoyó el codo sobre la mesa y se pasó la mano por la frente sin responder. —¿Nena?

—Mira creo que lo mejor es dejar las cosas como están. Si surge muy bien, pero...

—Te he dicho que no volverá a pasar.

—No me mientas de nuevo o se habrá terminado.

—¿Esta noche? ¿A las siete?

—Es viernes.

—Perfecto. Así mañana no tendrás que madrugar.

—Muy bien. A las siete. —Colgó antes de decir algo que lo fastidiara todo y se quedó mirando el teléfono sobre la mesa. No sabía si estaba haciendo lo correcto y no tenía a Ana María para desahogarse. Mierda de luna de miel. ¡Y todavía quedaban tres semanas!

Salió antes de la oficina para llegar a tiempo. Algo patético después de lo que había ocurrido la noche anterior. Se dio una ducha y cuando

llamaron a la puerta, abrió secándose el cabello con una toalla, vestida únicamente con una bata rosa de seda. Arnold sonrió apoyando el hombro en el marco de la puerta. —Ya estás en casa.

—Daisy prácticamente me ha echado del despacho, protestando porque soy una tirana. —Se volvió y él entró en casa cerrando la puerta. La cogió por la espalda pegándola a su pecho y le susurró al oído —¿La has visto?

Entrecerró los ojos. ¿Quería ponerla celosa?

—¿Qué tenía que ver?

Sus manos llegaron al cinturón de la bata y lo desató lentamente. —  
La foto.

—Ah, la pelirroja. Sí, está ahí. —Señaló la mesa y él vio la taza de café sobre la foto. —Bonito vestido. ¿Se lo regalaste tú?

—Yo solo regalo las letras, nena. Y hace mucho que no lo hago desde la demanda de acoso laboral. ¿La recuerdas? —Metió las manos entre la seda y acarició su vientre tan suavemente que la hizo temblar de arriba abajo. Ella arqueó su cuello apoyando la cabeza en su hombro y respiró entrecortadamente cuando sus caricias llegaron a sus pechos.

—Una estúpida. Carter se la comió viva.

—Es que es un amigo. Tú harías lo mismo por mí, ¿verdad preciosa?

—Es mi trabajo —dijo con voz ronca llevando su mano hacia atrás y acariciando su cuello.

Arnold, sin dejar de acariciar su pecho, bajó la otra mano hasta su ombligo para llegar a su sexo rozádoselo suavemente. Laura cerró los ojos sintiendo que le faltaba la respiración. —Nena, ¿vas a correrte?

Fue decir esas palabras y todo su cuerpo estalló en mil pedazos. La cogió en brazos tumbándola en el sofá y cuando fue capaz de abrir los ojos se tumbaba sobre ella entrando de una sola estocada. A Laura se le cortó el aliento y él besó su labio inferior antes de susurrar —Perdona lo de ayer. No volverá a pasar.

Acarició su cuello mirándole con deseo antes de besarle apasionadamente. —Más te vale.

### Capítulo 3

Durante tres semanas fue todo suyo. Se veían todas las noches y tenía que echarle para que la dejara dormir. Era casi como un juego y él se divertía agotándola para poder dormir en casa. Lo único que no pasaban juntos era el fin de semana porque él se iba el sábado por la mañana y no la llamaba hasta el lunes. Era como si quisiera dejar claro que no tenían una relación y que los fines de semana eran para las parejas. Pero a Laura no le importaba, porque así aprovechaba para adelantar trabajo.

Fue un alivio ver entrar a Carter el lunes después de su luna de miel y rodeó el escritorio para acercarse corriendo y darle un abrazo gritando —¡Por fin!

—Eh, suelta a mi marido, lagarta.

Laura rió abrazando a Ana María que estaba detrás. —¿Qué haces aquí?

—Trabajar.

—¿Vas a trabajar? Pensaba que... —Miró a su jefe que puso los ojos en blanco como si ya lo hubiera discutido hasta la saciedad.

—¿Qué pensabas? —preguntó Ana molesta—. ¿Que ahora que le he pescado, me iba a quedar en casa?

—Pero estás embarazada y...

—Las preñadas también trabajan. —Miró a Daisy. —¿Y tú quién eres?

—Mi secretaria. No te tenía a ti, ¿sabes?

—Bueno, te perdono.

Se abrazaron de nuevo. —¿Cómo ha ido la luna de miel?

—Fantástica.

—Estás guapísima. —Miró su vientre. —¡Y se te empieza a notar!

—Chicas, ¿no podéis dejar eso para la hora de la comida como siempre? —Carter se acercó a su mesa. —¿Qué es este desastre?

Laura gimió volviéndose. —Enseguida lo arreglo.

—Ponme al día. Ana café. —Su mujer carraspeó y se cruzó de brazos. —¿Es broma? ¿Tiene que ser hoy que vuelvo al trabajo?

—¡Me prometiste que solo dos tazas al día y ya te las has tomado! No quiero quedarme viuda con cuarenta años.

Abrió la boca asombrada. —¿Le has prohibido la cafeína? —Se echó a reír. —Te está matando, ¿eh?

Carter gruñó sentándose. —Con lo bien que estaba soltero.

—¡Retira eso ahora mismo!

Su jefe sonrió y le guiñó un ojo a su mujer que cogió la mano de Laura. —Te he traído un regalito. Con liguero. De París.

Miró de reajo a su jefe y susurró —Tenemos que hablar.

—¿Te has acostado con él otra vez? ¿Después de mi boda?

—¿Quieres gritar más alto?

—Es su amante —dijo Daisy sin cortarse mientras tecleaba al ordenador.

Carter se levantó de golpe. —¿Te refieres a amante, amante? ¿Fija? ¿Día sí y día no?

—Menos los fines de semana.

Ana miró a Carter impresionada. —Ha caído.

—Calmémonos, que esto es un poco raro. Vamos a ver. ¿Quedáis para cenar y eso o solo es...?

—Me llama y va a mi casa. Se va por la mañana.

—¿Se queda a dormir? —Carter no salía de su asombro y cogió el teléfono de la mesa. —Voy a llamarlo.

—Eso cariño, tú cotillea y luego me lo cuentas.

—¡No puedo contártelo! —dijo indignado antes de guiñarle el ojo de nuevo.

Laura sonrió por la conexión que tenían y miró a su amiga. —¿Lo has pasado bien, pendón? ¿Cómo es estar casada?

—Sexo, sexo y sexo.

—¡Ana! —dijo su marido indignado con el teléfono en la oreja—. También hemos visto monumentos.

Chasqueó la lengua y la miró a los ojos. —Lo mejor de la luna de miel es no tener horarios para nada. Sexo a todas horas.

—Uff, suena agotador. —Se echó a reír al ver a Carter gruñir

mientras se sentaba en su sillón.

—¿Y tú, bonita?

—Nunca me casaría con él, porque si dispusiera de tiempo para hacerlo día y noche, no sobreviviría.

—Anda ya. —Ana la miró atónita. —¿De veras?

—¡El día de tu boda salí corriendo después de estar toda la noche! ¡Y quería más! ¡Es insaciable!

Carter se echó a reír y Ana le miró. —¿Tú lo sabías?

—Es algo... —Parecía que estaba buscando la palabra adecuada. — Sexual.

Ana la miró atónita. —¡Te ha tocado el gordo! El mío se cansa a las tres horas.

—Pero son tres horas...

—Cierto, igual no hay calidad. —Laura se cruzó de brazos levantando una ceja. —Carter, Arnold te está dejando fatal.

—Ya verás esta noche.

Ana se echó a reír a carcajadas. —¿No te lo coge? Será cobarde.

Carter se echó a reír. —Sabía que llegaba hoy. Está huyendo. Pero tarde o temprano tendrá que dar explicaciones. Me llamará para comer. — Colgó el teléfono. —Bien, hablemos de trabajo. ¿Cómo ha ido todo? No ha habido crisis porque no me has llamado.

—Pues no, jefe. Todo controlado.

—Cuéntame los detalles.

Tres horas después Carter asentía mirándola desde su sillón y dijo — Muy bien. Lo has hecho muy bien. Recoge tus cosas y trasládase al despacho que hay al otro lado del pasillo.

—¿El que era el tuyo? —preguntó atónita.

Carter se levantó y alargó la mano. —Felicidades, eres la nueva socia del bufete.

Dejó caer la mandíbula. —¿Socia? Pero... ¿Socia?

—Sé que hay abogados senior que esperarían ese puesto, pero has demostrado que eres capaz de hacerlo.

—Pero Ariel lleva veinte años en la empresa y es una de las abogadas que más facturan anualmente.

—Ariel no quiere el puesto. Cuando me ascendieron hablé con ella

para sustituirme a mí, pero no quería esa responsabilidad. Ha llegado hasta donde quería. Así que no me decidí por ninguno porque te estaba instruyendo a ti. Cuando te dije que esperaba cosas de ti me refería a esto. Estás preparada.

—¡Socia! —gritó haciéndole reír—. No te defraudaré, lo juro.

—Sigue haciendo tu trabajo y todo irá bien. Y lo mejor de todo, es que puedo repartir mis casos contigo. Ana estará encantada. Los accionistas están de acuerdo, así que no habrá ningún problema.

Se echó a reír emocionada y cuando la puerta se abrió se levantó de golpe esperando ver a Ana, pero entró Arnold con cara de pocos amigos. Ella chilló acercándose y le abrazó por el cuello. —¡Soy socia! ¡Soy la nueva socia del bufete! ¡Mi nombre irá en la puerta!

—¿Y a mí qué me cuentas?

A Laura se le cortó el aliento porque fue como si le tiraran un jarro de agua helada por encima. Se estremeció mirando sus fríos ojos negros y se apartó lentamente agachando la cabeza para disimular que le había hecho daño. —Tiene razón, señor Weixler. A usted no le importa nada. —Salió del despacho con la cabeza alta y cerró la puerta lentamente. Daisy la esperaba con una caja de cartón en la mano mientras que Ana se había quedado de piedra.

—Laura... —dijo su amiga levantándose.

—Tengo que trabajar. ¿Daisy?

—Voy detrás de ti, jefa.

Asintió apretando los labios mordiéndose la lengua para no llorar. Entró en su nuevo despacho sin disfrutar del momento y su secretaria le susurró —Iré a por tus cosas a tu antigua mesa.

—Gracias.

Cuando cerró la puerta al salir, se acercó al ventanal y se abrazó intentando que sus manos dejaran de temblar. Respiró entrecortadamente sin poder evitar que una lágrima corriera por su mejilla. Alguien entró sin llamar y se pasó la mano por la cara disimulando antes de volverse con una sonrisa. Ana la miraba preocupada. —Lo siento. Con lo feliz que estabas y ha tenido que fastidiártelo. Carter está furioso.

—No tenemos nada. Solo nos acostamos. Me pasé.

—Al ver su actitud igual deberías cortar.

—No te preocupes por eso. La decisión está tomada. ¿Nos vamos a comer y me cuentas tu maravillosa luna de miel por Europa?

Ana se acercó. —¿Seguro que estás bien?

—Necesito una buena hamburguesa con queso.

—Eso está hecho. Yo invito para celebrar que mi mejor amiga es la socia del bufete más importante de Nueva York. —Sonrió radiante. —Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias. —La abrazó y antes de emocionarse de nuevo se alejó. — Bueno, ¿y dónde está ese liguero?

Ana se echó a reír. —Te lo traigo mañana. ¿Aún no he deseado la mitad de las maletas? Ayer fuimos a ver a mis padres.

—¿Y cómo está mi Paolo?

—Mi padre está algo gruñón con la dieta para la diabetes, pero torturó algo a Carter y se le pasó enseguida.

Cogió su bolso de la caja que Daisy había dejado sobre la mesa. — Cuéntame, que tal París. ¿Es tan romántico como dicen?

Ana la distrajo con la luna de miel. Las dos sabían que estaba hecha polvo por lo que acababa de ocurrir y que no quería hablar de eso. Cuando regresó al despacho, Daisy ya había dispuesto todas sus cosas. Incluso había pedido a mantenimiento que pusiera su nombre en la pared. Era una secretaria maravillosa y estaba encantada de tenerla.

Llevaba ya dos horas trabajando cuando le sonó el móvil. Al ver que era Arnold se pensó no contestar, pero se dijo que eso era de niñas y cuanto antes cortara mucho mejor.

—Hola, ¿te has instalado?

—No te importa, ¿recuerdas?

Él suspiró al otro lado de la línea. —Me tomaste por sorpresa. ¡No esperaba que al entrar te tirarías a mis brazos ante tu jefe! ¿Qué querías que hiciera? Pero ya que se lo has contado todo...

—¿Me estás recriminando que le haya contado a mis amigos que me acuesto contigo? ¿Cuándo tú cuentas tus conquistas a los cuatro vientos?

—No hago eso.

—Eres un hipócrita de primera. ¡Tranquilo, que no tendré que disimular que me acuesto contigo porque esto se acabó! ¿No quieres que sepan que nos acostamos? Pues puerta.

—Te estás pasando.

—Otra razón para cortar esto, ¿no crees? —Colgó el teléfono antes de que le respondiera.

Furiosa cogió un informe y se quedó atónita cuando abrió la puerta y cerró de un portazo demostrando que estaba en el edificio y que prefería tener aquella conversación por teléfono. —Disculpa, pero estoy en el trabajo. ¡Si quieres hablar de cosas privadas, esperas hasta las cinco!

—Tú hablas de cosas privadas en el trabajo como demostraste antes. ¿A qué viene esa estupidez sobre que se acabó lo nuestro?

—Pues eso. Se acabó. —Se levantó lentamente de su asiento. —Así que si me disculpas... —Apretó el lápiz que tenía entre los dedos mirando sus ojos negros que demostraban que a él no se le dejaba. Le había sentado como una patada en el estómago, eso era evidente.

—Muy bien. Tarde o temprano tenía que pasar.

—Eso mismo pienso yo. ¿Ahora puedes irte? Ya me has jodido bastante el día como para soportar tu carácter más tiempo.

Él apretó los labios. —Siento que mi presencia sea tan insoportable para ti.

—En este momento lo es bastante.

—Tranquila, no tendrás que volver a soportarme. —Salió dejando la puerta abierta y Daisy disimuló mirando la pantalla de su ordenador, aunque estaba segura de que lo había escuchado todo. Rodeó la mesa cerrando la puerta y se apoyó en ella sintiéndose destrozada por dentro. Sabía que nunca volvería a acercarse a ella y que acababa de liquidar su relación con él para siempre. El dolor era insoportable y cerró los ojos intentando no llorar.

—Has hecho lo correcto —susurró para sí—. Tienes que olvidarle.

Dos meses después

—¿Qué te ha dicho el ginecólogo? —le preguntó a Ana de la que entraban en el restaurante donde comían siempre.

—Es niña.

Chilló de la alegría abrazándola. —¡Felicidades!

Ana sonrió encantada. —Carter está como loco. Era lo que queríamos. Ayer fue a un centro comercial y compró millones de cosas. Le he dicho que como compre otra cosa en rosa me divorciaba.

—Está emocionado. —Se sentaron a la mesa. —Es estupendo. Una niña.

—Y no veas a mis padres. Mi madre se puso a chillar al teléfono y...

El teléfono de Laura empezó a sonar y al ver el número en la pantalla frunció el ceño. —Es tu marido.

—Qué raro.

Pulsó el icono verde de la pantalla. —Soy toda oídos.

—Vuelve al despacho. Tenemos un problema.

Perdió la sonrisa de golpe y se levantó asombrando a Ana. —Voy para allá.

—¿Qué pasa?

—Vamos. Hay un problema y no me lo ha querido decir por teléfono. Así que es grave.

Ana no protestó y cogió su bolso de nuevo diciéndole a la camarera. —Si podemos volvemos luego.

—No pasa nada, chicas.

Salieron a toda prisa y cruzaron la calle. —¿Qué puede pasar? —preguntó Ana preocupada—. No me dijo nada al salir.

—Ni idea. Pero si no podía esperar hasta después de la hora de la comida es grave.

Cuando llegaron al despacho, Carter estaba hablando por teléfono muy enfadado y les hizo una seña para que entraran. —Cerrar la puerta.

Ana lo hizo sin dejar de mirar a su marido y Laura dejó el bolso sobre una de las sillas muy seria escuchándole hablar por teléfono. —Eso no va a pasar. Déjeme este asunto a mí que para eso dirijo este bufete. —Colgó antes de que pudieran replicarle y miró a Laura duramente. Se tensó porque ya sabía sobre quién era el problema.

—Acaban de denunciar al bufete por mala praxis. Al parecer has utilizado a cierto detective que no ha dudado en realizar prácticas ilegales.

—Eso es mentira.

—Tienen pruebas. —Se quedó sin aliento. —Le acaba de detener la policía, por ofrecer prostitutas a un hombre que al parecer es la parte

contraria de una de tus clientas.

Ana jadeó tapándose la boca, pero Laura no movió un pelo. —Eso da igual. Sabes que es una manera habitual de saber si un cónyuge es infiel.

—¡Ya pero tu detective tenía cámaras dentro de la habitación y como sabes eso es una violación de la intimidad!

Laura apretó los puños. —¿Se ha hablado de dinero?

—Veinte millones.

—¿Donald ha confesado?

—No. Pero eso da igual. ¡Cuando averigüen que colaboró contigo en otros casos, tendremos más demandas sobre nosotros!

Laura miró de reojo a Ana que se sentó preocupada. —No te preocupes, Donald no dirá una palabra por la cuenta que le trae. —Miró a su socio. —¡No pueden demostrar que yo lo sabía porque no lo sabía!

—¡La duda es suficiente para que la prensa nos retuerza las pelotas!

—¡Le he utilizado durante dos años y jamás he tenido ningún problema con él! ¡Iré a verle a comisaría y me enteraré bien del asunto!

Carter la señaló con el dedo. —Arregla esto, Laura. Porque como tengamos que pagar, sabes que durarás en tu puesto dos segundos.

—¡Carter! —protestó Ana.

—No te metas, nena. Laura sabe que tengo razón.

Asintió muy seria. —Lo solucionaré.

—Y date prisa antes de que se entere la prensa.

—¿Sabes dónde está detenido?

—En la comisaría de Midtown. El denunciante también está allí declarando. Me ha avisado el capitán porque me debe un favor, pero el tal Mackenzie, el marido, no hace más que gritar que quiere vengarse y su abogado ya ha puesto la denuncia contra ese Donald. Le ha comentado al capitán que se va a hacer rico gracias a nosotros y de paso se libraré de la zorra de su mujer.

Asintió cogiendo su bolso de nuevo. —Te llamaré cuando sepa algo.

—Vale.

—Llévatela a comer.

—He perdido el apetito.

Laura se acuclilló ante ella. —Vete a comer con Carter. Esto son gajes del oficio.

Ana asintió y miró a su marido que estaba preocupado. —Entonces, ¿por qué os ponéis tan nerviosos? ¿Sois o no sois los mejores abogados de la ciudad?

Carter sonrió al igual que Laura, que se incorporó divertida. —Tu mujer tiene razón. ¿Por qué ponerse nerviosos?

—Llámame.

Asintió saliendo del despacho. Afortunadamente la comisaría de Midtown estaba cerca y el taxi no tardó en dejarla en la puerta. Cuando llegó a recepción le guiñó un ojo a Rosa, que estaba tras el mostrador. —¿Qué haces aquí, niña? ¿No te encargas de cosas importantes?

—¿Donald Miller está aquí?

—¿Es tuyo? El tío al que estaba fotografiando con los pantalones bajados no deja de pegar gritos desde hace dos horas.

—Sí, es mío. —Rosa hizo un gesto con la cabeza para que pasara. —Está en el calabozo hasta que vaya a declarar ante el juez.

—¿No ha llamado a un abogado? —preguntó atónita.

—¿No estás aquí? ¿Acaso no te ha llamado él?

Mierda. —No, sí soy su abogada, pero él no me ha llamado. Me he enterado por un amigo.

—Qué raro. Espera que me entero.

La mujer se alejó para entrar en un despacho y metió la cabeza. Salió sonriendo y se acercó al mostrador de nuevo. Laura sonrió. —No ha querido representación legal.

—¿Qué? —Eso sí que era extraño. ¿Trabajaba para abogados y cuando le detenían no pedía uno? Ahí pasaba algo raro. —Quiero verle.

Rosa asintió. —Pasa. Le diré a alguien que le lleve a una de las salas.

—Gracias.

Esperó en la sala tres de interrogatorios, pero no se sentó, sino que caminó de un lado a otro muy cabreada. Como se la estuviera jugando se lo iba a comer con patatas. Al ver entrar en la sala a su detective, entrecerró los ojos deteniéndose en seco y observándole.

—¡Laura, estás aquí! —Sonrió encantadoramente. —Sabía que vendrías.

La ironía de sus palabras le indicó que todo era una trampa. Sería hijo de puta. Ella sonrió y le dio las gracias al policía que le había acompañado.

—Siéntate, Donald. Al parecer tienes mucho que contarme. —Se desabrochó la chaqueta del traje beige que llevaba y se sentó tranquilamente cruzando las piernas. Él no se perdió detalle como siempre. Era un salido de cuidado. —¿Empiezas?

—No sé de qué me hablas. Me han detenido cuando hacía lo que me habías pedido.

—¿No me digas? —Sonrió dulcemente. —¿Y qué se supone que te pedí que hicieras?

—Que llevara a esa puta para pasársela por los morros a Mackenzie y que después fueran a la habitación del hotel donde las cámaras ya estaban preparadas.

—¿Eso es lo que has declarado?

Sus ojos brillaron con avaricia. —No he declarado nada. ¿Pero a que es una buena historia?

—Esto no se te ha ocurrido a ti solo. ¿Quién te lo sugirió?

—¿Me estás llamando estúpido?

—No, por Dios. —Apoyó los codos sobre la mesa sonriendo. —Pero solo tengo que tirar del hilo. Tus llamadas de teléfono... tus encuentros en ese antro que te gusta tanto visitar... y puede que encuentra a la persona que me interesa, ¿no crees? —Perdió la sonrisa. —¿Quién es?

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, Donald. Durante dos años hemos tenido una relación profesional estupenda. ¿Por qué quieres tirarlo todo por la borda? ¿Por unos miles de dólares?

—Quiero dos millones y te exculparé.

Ella se echó a reír hirviendo de furia. —Dos millones. Es como pedir la luna.

—Ahora eres socia de ese bufete. Ganas mucha pasta.

—No tanta, te lo aseguro. —Miró sus ojos marrones. —Mira, cuéntame quién te ha metido en esto y te dejaré indemne. Pero como me cabrees, lograré que te quedes sin licencia. Como acabas de decir soy socia y no he llegado hasta ahí tirándome al jefe, eso te lo aseguro. Te hundiré en los tribunales. Sacaré toda tu mierda y te demandaré por daños y perjuicios. Me quedaré hasta esa mierda de coche que tienes, eso no lo dudes. Ahora dime quién es antes de que me cabree.

Pálido se apartó todo lo que pudo como si fuera a tirársele encima y la verdad es que no era mala idea en absoluto. Se moría por partírla la cara de cerdo que tenía.

—Quiero dos millones.

Ella sonrió mirándole fijamente. —¿Estás seguro?

—Sí.

—Bien. —Se levantó aparentando diversión y se abrochó la chaqueta tranquilamente. —Nos veremos en los tribunales. Por cierto... —dijo cogiendo su bolso—, yo también te he investigado. ¿Crees que esa secretaria que te tiras le molestará a tu mujer? Igual debería representarla en el divorcio. ¿Qué opinas?

Donald palideció. —Mi mujer no tiene nada que ver en esto.

—¿Ah, no? ¿Y crees que voy a dejar que intentes hundir mi carrera por pasta? Eso solo será el principio. A ver cómo le pagas la pensión a tu mujer cuando te quiten la licencia, porque te la quitarán en cuanto declares tu mala praxis. —Chasqueó la lengua. —Se te están complicando las cosas y aún no he empezado. Cuando termine contigo, estarás en la cárcel por no pagar la pensión y por imbécil. ¿Quién te metió en esto?

Su detective empezó a sudar. —Tengo cuatro hijos.

—Pues piensa en ellos antes de seguir con esta chorrada.

Dudó mirando la mesa y supo que ya era suyo. —¿Me sacarás de esta?

—Saldrás limpio, pero después de tu exculpación no quiero verte más en la vida.

—¿Y no me harás nada? ¿No le dirás nada a mi mujer?

—¿Y dejar de tenerte entre mis manos? Es uno de mis seguros. Y tengo más.

—Se llama Henry Kalman.

Laura apretó los labios. —Cuéntamelo todo.

Él suspiró del alivio. —Cuando te entregué las fotos de los Smith, él te siguió y en cuanto me diste la pasta y te llevaste el sobre, se sentó en mi mesa. Me dijo que era una injusticia que tú te llevaras la gloria cuando yo hacía todo el trabajo y ganabas una fortuna. Me preguntó que cuánto me habías pagado y cuando le respondí que tres mil se echó a reír. Puedes ganar una fortuna, lo sé porque trabajo con ella. Me explicó lo que tenía que hacer y

se fue. Me dijo que se llamaba Carter Levington, pero sabía que mentía. Le seguí y vi que se subía a un BMW gris. Cogí la matrícula del coche e investigué un poco. Henry Kalman. Ese es su nombre por su permiso de conducir.

—Bien. Ahora quiero que cierres la boca y me dejarás esto a mí. ¿Esas cámaras las puso la puta?

Él negó con la cabeza. —Joder Donald, eres imbécil.

—¿Se suponía que tenía que ponerlas yo, porque tú me lo habías pedido!

—También se suponía que era mentira, ¿no? ¿O es que si te pagaba el chantaje, después ibas a hacerte el loco y me dejarías a mí con el culo al aire? —Se sonrojó porque se dio cuenta de que había metido la pata. —Eres idiota. Más de lo que pensaba.

—No me di cuenta de eso.

—¿El nombre de la prostituta?

—Marta Smith. La han detenido también por prostitución.

—¿Ella lo sabía?

—No. Se comportó como siempre.

—¿Quién llamó a la policía?

—Mi secretaria dio el chivatazo.

Entrecerró los ojos. —¿Ella lo sabe todo?

—Sí.

—Así que querías los dos millones para dejar a tu mujer por esa, ¿verdad? —Le pegó una colleja. —¿Tienes cuatro niños!

—¿Fue culpa suya! ¡Empezó a comerme la cabeza cuando le conté la conversación con ese tipo!

—Sí, ahora échale la culpa a ella. —Entrecerró los ojos. —¿Tienes fotos con tu guarrilla haciéndolo?

—¿Laura!

—No me vengas con chorradas. ¿Las tienes?

—¡Sí!

—Pues no vas a poder salir indemne del todo, porque tendrás que decir que usabas esas cámaras para las sesiones de sexo extramaritales con tu secretaria.

Donald palideció. —No puedo perder a Mary.

—¿Ahora te preocupa tu mujer cuando ibas a dejarla? ¿Quieres ir a la cárcel? —Negó con la cabeza. —Pues espabila porque sino no te librarás de esta.

—¡Diré que fue cosa tuya! Todavía me queda esa salida.

—¿Ah, sí? ¿Eres imbécil? ¡Ya lo sé todo y puedo acabar contigo! — Se sonrojó intensamente. —Y si eres bueno y declaras en el colegio de abogados lo que ha ocurrido, puede que incluso te ganes una prima.

—¿De cuánto?

—Eso no te lo voy a decir. Dependerá de lo bien que te portes. — Cogió su bolso. —Venga, no pongas esa cara. Al menos te quedarás con la licencia y esa mierda de coche. No está tan mal. Incluso puede que Mary te perdone tus correrías. Seguro que no es la primera vez que lo hace.

—Es una santa.

—Pues espero que esa santa te pegue una patada en el culo por pichafloja.

Donald gruñó mientras se ponía la correa del bolso en el hombro. — No abras la boca sin estar yo presente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

En cuanto salió de la comisaría, sacó su móvil levantando el brazo para llamar a un taxi. —Jefe, tenemos un problema.

## Capítulo 4

Estaba entrando en el bufete cuando vio salir a Henry, que pegaba gritos arrastrado de los brazos por dos de seguridad. —¡Tengo derechos! —gritaba a pleno pulmón—. ¡Voy a demandaros, cabrones! —Cuando vio a Laura intentó soltarse. —Hija de puta. Esto es culpa tuya, ¿verdad?

Laura sonrió levantando una ceja y él se puso como loco. —¡Me las vas a pagar, zorra! ¡Eso te lo juro! —De repente se soltó y Laura chilló antes de que se tirara sobre ella haciéndola caer al suelo de mármol. Le pegó un puñetazo en el estómago antes de que se lo quitaran de encima, pero Laura sin aliento no fue capaz de reaccionar.

—Dios mío, Laura. —Ariel se arrodilló a su lado. —¡Llamar a una ambulancia!

Ella gimió llevándose las manos al estómago y se dobló sobre sí misma girándose y pegando la mejilla al suelo mientras Henry se reía retenido por los de seguridad. —¿Duele zorra? ¡Pues eso solo es el principio! ¡Acabaré contigo y con el cabrón de Carter! Siempre has sido su favorita, ¿verdad? ¿Sabe su mujer que te lo tiras? ¡Por eso te daba los mejores casos!

—¡Sacarle de aquí hasta que llegue la policía! —gritó Ariel. Le acarició la espalda—. ¿Qué te duele?

—Estoy bien —susurró recuperando el aliento—. Estoy bien.

Intentó incorporarse y se mareó. —No te levantes. Ha sido un golpe muy feo.

—Tengo mucho que hacer.

—¡Laura! —Ana se acercaba corriendo y Carter la adelantó para arrodillarse a su lado. Al ver la preocupación de todos se emocionó.

—Estoy bien.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Carter mirando a su alrededor. Juró por lo bajo al ver que se llevaban a Henry—. ¿Te lo ha hecho él?

Laura le cogió por la mano. —Escúchame. Tienes que sustituirme con Donald.

Ariel se levantó y les dijo a los curiosos —¡Desaparecer! ¿No tenéis trabajo?

Carter se acercó para que le contara todo lo que no le había contado por teléfono y cuando llegaron los técnicos sanitarios él asintió apartándose. —No te preocupes. Me encargo de todo.

Ana estaba llorando y Carter le dijo algo al oído. Asintió mientras la colocaban en la camilla después de ponerle un collarín. —Te sigo al hospital.

—Estoy bien. No ha sido nada.

—Ana te acompañará —dijo Ariel—. Y nosotros nos encargaremos de todo aquí.

Cerró los ojos cuando se mareó ligeramente. —¿A dónde me llevan?

—Al Monte Sinaí. No te preocupes. Yo me encargo de todo —dijo Ana acariciando sus rizos rubios.

—¿Has comido?

—Sí, no te preocupes.

Sonrió mientras la sacaban del bufete y cuando la metieron en la ambulancia se asustó un poco por la sirena. —¿Es necesario llevar sirena?

El sanitario sonrió. —¿Y chuparnos el tráfico cuando podemos evitarlo? Disfruta del paseo.

—Pues ya que lo dices, tienes razón.

—¿Te has desmayado?

—No.

—¿Tienes alergia a algún medicamento?

—No.

—¿Estás embarazada o posibilidades de estarlo?

Negó con la cabeza y cuando él apuntaba algo en la tablilla entrecerró los ojos. —Pero este mes... —El chico levantó la vista. —No, este mes no...

El chico reprimió la risa. —¡Eh, no tiene gracia! ¡He tenido mucho trabajo!

—¿Tanto como para no acordarse de algo así?

—¡No conoces a mi socio! ¡Es una máquina de trabajar! ¡No sé cómo su mujer lo soporta!

—Pero al parecer has tenido algo de tiempo para dudar si estás embarazada.

Gruñó mirándole fijamente. —Tomo la píldora, ¿eso vale?

—No si no te ha bajado el periodo. Por cierto, ¿cómo te acuerdas de tomar la píldora y no de si te ha bajado la regla?

—¡Porque la tengo al lado del café del desayuno! ¡Y ese no falla ni un solo día!

—Más vale que te hagamos la prueba...

—Perderás el tiempo. Hace dos meses que no me como una rosca.

—Será porque tú no quieres —dijo el otro técnico.

—¿Tienes alguna enfermedad crónica?

—No.

—¿Te han operado alguna vez de algo importante?

—No.

—¿De algo?

—No.

—¿Alguna medicación?

—La píldora. —Cerró los ojos mareándose de nuevo.

—Tranquila, enseguida llegamos.

—Genial tengo que volver al trabajo.

—Creo que tu hoy vas a trabajar poco —dijo divertido.

—Tú dame una aspirina y todo irá bien.

—¿Te duele la cabeza?

—¿Tú qué crees? No sé cómo soportas esa sirena todo el día.

—Ya hemos llegado.

Entró en urgencias y se asustó un poco cuando la rodearon varias personas. La metieron en un box y empezaron a desnudarla mientras le hacían preguntas de nuevo a las que contestó mecánicamente. Después le hicieron un montón de pruebas y análisis para esperar allí tirada el resultado. Estaba preocupada por Ana. No le gustaba que estuviera tantas horas esperando por ella. Se le pasó por la cabeza llamar a su madre, pero le preguntaría qué había pasado y no tenía ganas de dar explicaciones. Se había alegrado un montón con su ascenso y no quería preocuparla. Suspiró de alivio cuando vio entrar a Ana con Carter y se apoyó en los antebrazos. —¿Sabéis algo? No he visto al médico.

—Enseguida viene con los resultados de las pruebas. ¿Cómo estás?

Llegó el médico en ese momento revisando una Tablet. —Bien. No tiene nada. Solo el golpe y seguramente le saldrá un morado en el vientre,

pero nada preocupante que no se cure con descanso.

—¿Y los mareos?

—De la caída, pero de todas maneras se quedará hoy en observación por el embarazo.

Esa palabra les dejó a los tres de piedra. Sobre todo a ella, que sintió que se quedaba sin respiración. —Dios mío.

—¿Está embarazada? —preguntó Ana sin salir de su estupor.

—De diez semanas. —Frunció el ceño mirando a su paciente. —Creí que lo sabía. Le hicimos una ecografía.

—¿Pensaba que la hacían por control! —Miró a Carter que intentando disimular miraba a todos los sitios menos a ella. —¡No se lo puedes decir!

—No pensaba abrir la boca. Esto es cosa vuestra.

—Enseguida la pasarán a una habitación.

Sin escuchar al médico, se dejó caer en la camilla gimiendo de la impotencia. Su vida se iba a la mierda.

—No te preocupes —dijo Ana—. Todo está bien.

—¿Cómo va a estar bien? ¡Estoy embarazada de un tío que se tira a todo lo que se mueva y un gilipollas ha intentado hundir mi carrera! —Miró preocupada a Carter. —¿Ha declarado ante el juez?

—Le han soltado sin cargos y he demandado a ese tal Mackenzie para cerrarle la boca.

—Bien. —Cerró los ojos. —¿Crees que hemos superado la crisis?

—Totalmente. Que eso no te quite el sueño. Pero lo de Arnold...

Le miró asustada. —No se lo dirás, ¿verdad?

—¿Vas a tenerlo? —preguntó Ana dejándola en shock.

—¿Tenerlo? Dios mío. —Se echó a llorar sin poder evitarlo. Todo eso era demasiado.

—No te preocupes —dijo Ana mirando a su marido mientras cogía su mano—. Tienes tiempo a pensarlo. Ahora debes estar hecha polvo.

—¿Hecha polvo? ¿Hecha polvo? —La miró como si estuviera loca. —¡Ese imbécil ha destrozado mi vida! —Pensó en ello. —Ya sé cuando pasó y debería cortársela por... —Carter se echó a reír sorprendiéndola. —¿De qué coño te ríes?

—No pienso contárselo, pero cuando se entere, se le van a poner por corbata.

—No se va a enterar.

—Cielo, igual cuando te vea con la barriga sospecha algo.

—¡No se va a enterar!

—Vale. Pues que no se entere —dijo dándole la razón como a los locos.

Discutiendo sobre eso la llevaron a una habitación privada. Y cuando Ana comentó lo de decírselo a su madre a ella se le pusieron los pelos de punta. —¡No llamareis a nadie! ¡Qué manía de hablar con todo el mundo!

Carter reprimía la risa mientras ella lloraba y gritaba a partes iguales. Cuando Ana consiguió calmarla un poco, Laura la miró a los ojos. —El chivato de tu marido no le dirá nada, ¿verdad?

Carter levantó los brazos como pidiendo ayuda. —No, no dirá nada.

—Menuda mierda. Ahora que había llegado a lo más alto.

—¿Eso significa que lo vas a tener?

—Que tengas un niño no implica que vayas a tener problemas en el despacho —dijo Carter intentando animarla.

—Sí, seguro. Como mientas igual de mal en el juzgado, nos llevarás a la ruina.

Ana soltó una risita. —Cariño, lo has hecho fatal.

—Me voy a tomar un... —La mirada de advertencia de Ana le hizo cambiar de opinión. —Un zumo.

—Sí, ya.

—Carter... —Él se volvió con la puerta abierta para mirar a Laura. —Deja aquí el teléfono móvil.

—Ni de coña.

—¡Como le llames, me voy a cabrear! —gritó a la puerta cerrada.

—Ni se le ocurriría.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer?

—Pues les llevaremos juntos a la guardería y todo irá muy bien. Nos apoyaremos.

—Se lo va a tomar fatal.

—Lo sé.

—No voy a decírselo.

—Es tu decisión y yo te apoyo.

—Bien. Ahora tengo que ahorrar. Un hijo cuesta mucho dinero.

—Ganas muy buen sueldo.

—Me echarán en cuanto no cumpla los objetivos.

—Pero los vas a cumplir. Te estás preocupando por nada y lo que deberías es descansar. Has tenido un día duro. Eso es todo.

—Vete a casa. Esto no te conviene.

—Estoy mil veces mejor que tú. Ahora duerme.

—¡No puedo si estás ahí mirando!

Ana se echó a reír. —Eres imposible, ¿sabes?

—Gracias. —Suspiró mirando el techo. —Tengo que descubrir cómo soluciono esto. Ese imbécil de Henry...

—Nos la tenía jurada. Ariel me comentó cuando llegué de la luna de miel que no me fiara de él. Está celoso por tu ascenso. No te preocupes. Carter le va a dejar tieso a demandas.

—Pues ya verás cuando pierda la licencia, porque pienso hacer que Donald declare en el colegio de abogados sus artimañas.

—Y haces muy bien. Asunto solucionado. Ahora duérmete.

Laura sonrió mirando a su amiga. —Vas a ser una madre estupenda.

Ana se emocionó. —¿Eso crees?

—Sí, al contrario que yo que seré un desastre.

—Pasaremos por ello juntas y nos apoyaremos.

—Es lo único bueno de todo esto.

—Habrá cosas mejores en el futuro. Ya verás. Estás pasando por una mala racha. Eh, pero sigues siendo socia.

—No quiero que lo sepa.

—¿Tienes miedo a su reacción? ¿A que no crea que es suyo?

Negó con la cabeza. —No será un buen padre. —Ana suspiró cogiéndole la mano. —Y debo protegerle. Esa es mi función, ¿no?

—¿Ves cómo serás una madre estupenda?

—Ahora tengo que descubrir cómo se lo oculto sin que el chivato de tu marido se vaya de la lengua.

—Eso lo tienes difícil. Tarde o temprano se le escapará. Empezará con ese rollo de que le está traicionando y al final caerá.

Miró a su amiga. —Ya sé lo que vamos a hacer. Le vas a decir que

tengo dudas sobre la paternidad.

—¿Estás loca?

—Sí. Que me acosté con otro un par de veces cuando estaba con Arnold.

—¡No pienso mentirle a mi marido hundiendo tu reputación ante él!  
¿Estás loca?

Gimió cerrando los ojos. —Es la única salida.

—¡La única salida de que se cabree Carter, porque te acostabas con otro que no era Arnold!

—¿Te acostabas con otro?

Se sobresaltaron al ver a Carter en la puerta con la boca abierta del asombro. Laura sonrió. —¡Sí! Uff, con un montón. Debía ser todo aquel trabajo que tenía, que los fines de semana me explayaba. Necesitaba desahogarme. Estaba como loca y con las hormonas alteradísimas.

Su socio entrecerró los ojos. —Menuda trolera estás hecha. ¿A qué viene esto?

Ana suspiró del alivio porque no se lo había tragado, pero Laura no se daba por vencida. —Estaba muy estresada. ¡Necesitaba desahogarme!

—Ya. —Carter se cruzó de brazos. —¿Esta es una táctica para que no le diga nada a Arnold sobre el embarazo? Soy abogado y estoy acostumbrado a que me mientan continuamente.

Ana abrió exageradamente los ojos. —Tiene un don.

—Un don, ¿eh? ¡Pues bien que tus trolas no las pillaba cuando intentabas darle celos para que espabilara!

—¡No le mentí! ¡Y no intentaba darle celos! ¡Mi relación con Frank fue espontánea!

—No hablemos del musculitos que me cabreo. —Carter muy serio se puso a los pies de la cama. —Te diría que no debería meterme en vuestra relación y que el embarazo es exclusivamente cosa vuestra, pero es mentira. Esto nos afecta a todos y es mi mejor amigo. Así que tienes dos semanas para contárselo. Búscate la vida.

—¡No tienes derecho!

—Y no solo en el plano personal. Eres socia del bufete y Arnold es uno de nuestros mejores clientes. ¿Tengo que recordarte cuánto le facturamos el año pasado? Ahora también tú eres responsable de estas cosas. No

podemos permitirnos perderlo como cliente por vuestros desencuentros personales. Durante estos dos meses me he encargado de casi todas sus cosas para que no os encontrarais, pero esto se acabó. Volverás a llevar sus asuntos legales de menor relevancia desde que te reincorpores.

Abrió los ojos como platos. —Vaya, gracias.

—De nada. Lo que pasa es que me he comportado como un amigo con todos en lugar de dirigir un bufete y esto se acabó. Ana, nos vamos. Si seguimos aquí no descansará.

Ana hizo una mueca mirando a su amiga. —Sabes que no tiene paciencia.

Gruñó tapándose con las sábanas hasta la cabeza. —¡Adiós!

Ana tiró de la sábana para descubrir sus ojos. —Mañana vengo a recogerte con el chofer.

—Vale. —Volvió a taparse la cara y escuchó la risa de Carter. — ¡Largaos de una vez!

—Vamos cielo, tú también tienes que descansar.

—¡Eso y cuídala!

—Hasta mañana, que descanses —dijo su amiga alejándose—. Si necesitas algo, llámame.

—Vale.

Debajo de la sábana gruñó. ¡Encima ahora tenía que trabajar con él! Menos mal que era para cosas menores que seguramente no provocarían que le viera mucho. Pero tendría que verle. ¿Para qué habría intentado mentir a Carter con lo de los amantes? ¡Ahora estaba peor! Ese día no tenía que haberse levantado de la cama.

## Capítulo 5

A la mañana siguiente estaba vistiéndose con el traje cuando llamaron a la puerta. Ana fue a abrir y sacó la cabeza cogiendo algo. —Gracias.

Entró en la habitación con un ramo de rosas blancas y Laura sonrió. —No teníais que molestaros.

—No son nuestras —dijo su amiga dejándolas sobre la mesa. Cogió la tarjeta y se la tendió—. Serán de tus compañeros del bufete.

Abrió el sobre que no tenía remitente y apretó los labios antes de fulminar a Ana con la mirada. —¡Seréis chivatos!

Ana le arrebató el sobre y leyó “*Espero que te mejores. Arnold.*” Su amiga hizo una mueca. —No es que se haya explayado mucho, ¿verdad?

—¡Se lo habéis dicho! ¡Sino no se molestaría en enviarme flores!

—¡Te vio medio bufete espatarrada en el suelo del hall!

—¿No se lo ha dicho Carter?

Ana se sonrojó. —Puede que ayer por la noche estuvieran hablando un rato. Y puede que le dijera lo que había pasado con Henry.

—¿Puede?

—¡No controlo a mi marido! —Abrió los ojos como platos. —Es incontrolable.

—¿Se ha chivado del bebé?

—¡No! Tienes dos semanas. ¡No seas pesada! —Miró las flores y sonrió. —Son preciosas. Es un detallista.

—¿No te diste cuenta cuando te regaló la letra A?

Ana soltó una risita. —¿Todavía estás picada con eso? Lo hizo para fastidiar a Carter.

Puso los brazos en jarras mirando las flores y frunció el ceño. Las contó rápidamente y atónita volvió a contarlas. —¿Qué? —preguntó su amiga.

—¡Me ha regalado diecisiete rosas!

—¿Y?

—¡Por las diecisiete noches que pasamos juntos!

—¿Solo diecisiete?

—Tres semanas de lunes a viernes, un viernes más y tu boda. Diecisiete. —Entrecerró los ojos. —Será retorcido.

—Falta el ascensor.

—Ahí no pasamos la noche juntos. Para él esa no cuenta.

—¿Estás segura de que no te estás montando una película? ¡Igual solo les quedaban diecisiete rosas en la floristería! ¿Nos vamos de una vez?

Laura se dijo que su amiga tenía razón. ¿Estaría sacando las cosas de quicio? Sin querer pensar más en ello fue hasta la puerta. —¿No quieres las flores?

—No.

Ana las cogió a toda prisa antes de salir. —¿Qué? Quedarán genial en el hall de mi casa.

Entraron en el ascensor y Laura cruzada de brazos miró de reojo el ramo. Era precioso con unas rosas enormes que desprendían un olor maravilloso. Se mordió el labio inferior mirando al frente.

—Así que diecisiete noches, ¿eh?

—Muy graciosa.

—Al parecer él también se acuerda.

—Sí, ya me he dado cuenta con todas las mujeres que salen en la crónica social a su lado.

Salió del ascensor furiosa y al llegar al exterior se detuvo en seco al ver a Arnold descendiendo de su coche diciéndole algo al chofer. —Mierda.

Se volvió y sus ojos se encontraron. Su corazón se alteró solamente viéndole caminar hacia ella sin quitarle los ojos de encima y esa sonrisa... Dios, cuanto la había echado de menos.

—¿Ya te han dado el alta? Iba a ver cómo estabas. —Miró a su amiga. —Ana...

—¡Arnold, qué sorpresa más agradable! —Ana le tendió las flores y él las cogió sorprendido. —Tengo que irme a la oficina. ¿Te importa llevarla a su casa? Tenemos mucho trabajo. —Ver a Ana corriendo hacia su coche y subirse como si la persiguiera el diablo la dejó de piedra.

Arnold rió por lo bajo mirando a su amiga. —Al parecer tiene prisa.

¡La iba a matar! ¡Sabía que lo hacía para que hablara con él, pero la iba a matar! Forzó una sonrisa. —Siento el abuso.

—¿Vamos? Seguro que estarás deseando llegar a casa.

—No lo sabes bien.

La acompañó hasta su coche y mientras se sentaba a su lado, pensó en cómo salir de esa. Arnold le puso las rosas sobre el regazo diciéndole al chofer que les llevara a casa de Laura. Exasperada miró las flores y le fulminó con sus preciosos ojos azules. —¿Diecisiete?

—Sabía que no se te escaparía ese detalle.

Gruñó por dentro mirándole con ganas de matarle. —Fueron diecisiete noches memorables. ¿Se te ha pasado el cabreo?

—¿Eso qué quiere decir exactamente?

—¿Esta noche la tienes libre? —La cogió de la barbilla. —Estoy deseando tenerte en la cama.

—¿No me digas? ¿Qué parte de se acabó no has entendido? —Apartó la barbilla y miró por la ventana. —¿Acaso crees que el golpe en la cabeza me ha dejado tonta?

—Venga, nena. Si lo estás deseando.

—Esa frase no merece contestación.

Arnold rió por lo bajo. —¿Y no me has echado de menos?

La pena la invadió. Había aprovechado que la habían atacado para pillarla con la guardia baja. Increíble. Le miró sin poder disimular su decepción y Arnold perdió la sonrisa enderezando la espalda. —¿Qué creías? ¿Qué iba a caer rendida a tus pies porque me regalaras unas rosas? —Cogió el ramo poniéndoselo sobre las piernas. —¡Que te den! ¡Solo eres un cliente para mí!

—¿Ah, sí? —Cogió las rosas y se las puso sobre las piernas de nuevo haciendo que varios pétalos salieran despedidos. —¡Pues bien que me recuerdas, sino no te hubieras dado cuenta de que eran diecisiete! ¡Me echas de menos!

Cogió el ramo y le golpeó con él gritando —¡Serás idiota! ¡No te echo de menos!

Arnold apartó el ramo tirándolo al suelo y la cogió por la cintura pegándola a él mientras se retorció. —¡Suéltame!

—Yo sí te he echado de menos.

Esas palabras le robaron el aliento y mirando sus ojos negros susurró —Mientes.

Acarició su espalda hasta bajar por sus glúteos a su muslo y negó con la cabeza. —Nena, vas a perdonarme. —No era una pregunta. Era un hecho. Y que lo tuviera tan claro, provocó en ella que tuviera un deseo terrible... de matarle. —¿Qué te parece si este fin de semana nos vamos en mi yate a relajarnos?

Laura sonrió falsamente y acarició su pecho. —¿Así que me has echado de menos? —Arnold se relajó. —¿Cuánto? —Bajó su mano por su abdomen y llegó a su entrepierna. —Mmm, ya veo. ¿Has sido malo, cielo? Te he visto mucho en las revistas últimamente.

—No hay nadie como tú, nena —dijo con voz ronca intentado besarla. Ella apretó su miembro con fuerza sobresaltándole e intentó alejarse —. ¡Laura!

—¿No hay nadie como yo? —le gritó a la cara—. ¡Pues no lo parece, salido de mierda! ¡Vuelve a tocarme un pelo y te los corto! —Le soltó mirándole como si quisiera cargárselo y pensar que tendría un bombo durante los próximos meses por su culpa ayudó bastante. —¿Lo has entendido?

Arnold entrecerró los ojos. —Está claro que no me has olvidado.

—¡Es imposible olvidarte si te tengo delante, imbécil!

—Nena, se te está poniendo un carácter...

—¡Será de verte la cara!

—A mí me da que es frustración sexual. ¿Te has acostado con alguien desde que lo dejamos?

—¡Te dejé yo! ¡Y éramos amantes, no había nada que dejar!

—¿Estás resentida porque no te llamé?

¡Aquello era increíble! ¡Ahora la resentida y la reprimida era ella! —  
Cierra la boca.

—Así que estás mosqueada porque pasé de ti. No quería agobiarte.

—¡No! ¡Lo que querías era demostrar que te importo una mierda! —  
gritó dolida—. ¿Pues sabes qué? ¡Ya lo sabía!

—Sí que me importas, pero me di cuenta de que empezabas a hacerte ilusiones de nuevo y era hora de dejar las cosas claras.

—¿Que yo me hacía ilusiones? ¡Lo que pasó es que no sabías cómo decirle a tu amigo que te acostabas conmigo casi todas las noches y no

querías demostrar ante él que te gustaba estar conmigo! —le gritó a la cara—. ¿Pues sabes qué? ¡Carter ya lo sabía!

—¡Porque tienes la lengua muy larga! —le gritó a la cara—. ¡Si te hubieras callado, todo habría sido perfecto!

—¿De verdad? —preguntó asombrada.

Arnold la miró con desconfianza. —No te imagines cosas. Fue la relación de amantes perfecta hasta que abriste la boca.

Ella sonrió radiante encantada. —Soy buena en la cama, ¿eh? —Él intentó besarla y Laura le arreó un tortazo. —¡Pues te has quedado sin chollo!

—La madre que te... —La cogió por las muñecas tumbándola en el asiento y atrapó sus labios devorándola. Intentó resistirse, pero cuando entró en su boca no pudo evitar acariciar su lengua saboreándole. Arnold se apartó mirándola con deseo. —Nena, ya está bien. —Besó suavemente su labio inferior haciéndola gemir de necesidad. —Teníamos algo estupendo —dijo con voz ronca—. Me muero por estar contigo.

Esa frase la volvió loca y le acarició el cuello antes de atrapar su boca besándole profundamente. Un toque en el cristal de separación hizo que él se apartara sujetándola por la cintura para levantarla. Medio mareada miró a su alrededor y Arnold divertido abrió la puerta. —¿Vamos, preciosa?

—¿Qué?

Él salió del coche y alargó la mano. Ay madre, ¿qué había hecho? ¡La había besado un par de veces y la había dejado al borde del orgasmo! ¿Es que estaba loca? Arnold se agachó mirándola desde la puerta. —¿Laura?

Salió lo más dignamente que pudo sin cogerle la mano y con rabia vio como intentaba contener la risa. Uy... qué creído se lo tenía. Cuando llegó a la puerta de su apartamento ella se volvió sonriendo. —Gracias por traerme.

—Nena, abre la puerta.

—Tengo que volver al despacho.

—Ya, y yo. Pero no me voy de aquí sin hacerte el amor al menos una vez.

Su corazón saltó en su pecho y se dijo que por una vez no pasaba nada. Se moría por estar con él. Le había echado tanto de menos. A la mierda. Abrió la puerta y Arnold la cogió por la cintura cerrando la puerta con el pie antes de atrapar su boca. Laura tiró las llaves y el bolso al suelo antes de abrazar su cuello. El teléfono de Arnold sonó y ella apartó sus labios.

—Ignóralo —dijo antes de besarla de nuevo llevando las manos a su chaqueta y quitándosela a toda prisa mientras ella se quitaba los zapatos sin dejar de besarle. Arnold tiró de su corbata y la cogió por la cintura pegándola a él. Tiró de su falda hacia arriba y amasó sus glúteos por encima de sus braguitas, pero el teléfono no dejaba de sonar una y otra vez.

Exasperada se separó. —¿Quieres cogerlo de una vez?

—Vete desnudándote.

Arnold recogió su chaqueta del suelo sacando el móvil de mala manera y Laura no perdió el tiempo quitándose la chaqueta del traje y la camisa en tiempo récord.

—Weixler —dijo mirando el morado que tenía bajo el pecho izquierdo del puñetazo de Henry. Frunció el ceño tensándose—. Ahora estoy ocupado. ¿Qué pasa, Martin?

Ella se quitó la falda quedándose ante él en ropa interior. Arnold hizo un gesto para que se lo quitara todo y Laura levantó una ceja llevando sus manos a la espalda para desabrocharse el sujetador. Dio la vuelta mostrando su espalda desnuda y estiró el brazo dejando caer el sujetador al suelo mirándole por encima del hombro. Él tiró de su corbata sin quitarle ojo y dijo al teléfono —No me molestes en dos horas. Cancela esa reunión. —Colgó tirando el teléfono al suelo y Laura se echó a reír cuando la cogió por la cintura pegándola a su pecho. —Preciosa, te has dejado las braguitas.

—Quítamelas tú.

—Con mucho gusto. —La besó en el hombro antes de acariciar su espalda estremeciéndola y besó su columna vertebral lentamente hasta llegar a sus glúteos. Los mordisqueó por encima de la seda y ella gimió arqueando su cuello hacia atrás cuando bajó lentamente su ropa interior.

—Arnold...

—Enseguida acabo —dijo con voz ronca bajándolas por sus muslos hasta que llegaron a sus rodillas. Laura gritó cuando su mano acarició sus húmedos pliegues incorporándose y su otra mano llegó a su cuello inclinando su cabeza hacia atrás para besarla—. Ahora desnúdame tú.

Se volvió pegándose a su cuerpo y le quitó la corbata besando su mandíbula hasta llegar a su cuello. Fue abriendo cada uno de sus botones besando la piel que iba dejando al descubierto y él suspiró enterrando su mano entre sus rizos para acariciar su nuca. —Nena...

Laura levantó la vista y sonrió abriendo su cinturón de cuero antes de

desabrochar sus pantalones dejándolos caer al suelo con la ropa interior. Miró su miembro y lamió la punta. —Weixler, estoy esperando.

Él gruñó antes de tirar de ella y devorar su boca. La cogió por los glúteos levantándola y caminó con ella hasta la habitación tumbándola sobre la cama. Cuando se tumbó sobre ella, Laura gritó por sentir el roce del vello de su pecho en sus pezones, pero él se apartó preocupado. —¿Te duele?

—¡No pares, Arnold! —Rodeó sus caderas con las piernas y metió la mano entre los dos agarrando su miembro. A él se le cortó el aliento mientras se lo introducía dentro y empujó sus caderas lentamente llenándola. Se miraron a los ojos cuando empezó a moverse en su interior y Laura no pudo evitar expresar con su mirada todo lo que le amaba. Arnold la besó moviendo sus caderas más firmemente una y otra vez hasta que ella no pudo más, gritando lo que sentía sin darse cuenta al llegar al clímax.

Tumbados sobre la cama mirando el techo ella pensaba si debía decirle lo del embarazo mientras Arnold estaba en shock porque le había abierto su corazón sin darse cuenta. Ajena a sus pensamientos le miró algo insegura y él forzó una sonrisa. —Nena... es un poco pronto.

—¿Para qué?

—Bueno... lo que me acabas de decir...

Se sentó en la cama mirándole fijamente. —¿Cuándo?

—Cuando te corrías, nena. Me ha tomado por sorpresa.

Dios mío, ¿se lo había dicho? Asustada le miró a los ojos y él forzó una sonrisa. —No voy a negar que me gustas, pero de ahí a... ¿Qué es lo que esperas de mí? Soy un desastre en las relaciones con las mujeres.

Se le erizó el pelo de la nuca. —¿Te lo he dicho?

—¡Sí! —Se sentó mirándola horrorizado. —¡Y es algo que tienes que solucionar! ¡No quiero compromisos de ningún tipo! ¿No te había quedado claro?

El corazón de Laura se rompió en mil pedazos. —Así que tengo que solucionarlo. Es solo mi problema.

—Repito. No niego que me gustas y en la cama nos va estupendamente. ¿Qué coño digo? ¡Eres la mujer con la que más he disfrutado en la cama, pero si crees que esto va a acabar ante el altar formando una familia de película, estás muy equivocada! ¡Te dije que no te hicieras ilusiones!

—Dios mío. —Se llevó una mano al vientre horrorizado y se levantó

de un salto corriendo hacia el baño y cerrando la puerta de golpe con el pestillo.

—¿Laura?

No pudo evitar ponerse a llorar y escondió la cara tras el albornoz que estaba colgado en la puerta, apretándolo contra su cara para amortiguar sus sollozos.

—Vamos, nena. Ya hemos pasado por esto, ¿no? Podemos seguir como antes. Era perfecto. Ya te lo había dicho. Puede que en un par de años cambie de opinión, pero aún soy joven para atarme a alguien.

Laura cerró los ojos diciéndose que era una estúpida de primera. Tomó aire y apartó el albornoz. —Será mejor que te vayas.

—Nena, ¿pero qué dices? Olvidaré que me lo has contado, ¿vale? Ahora estás algo avergonzada porque te has relajado durante el orgasmo. ¿Pero qué tal si lo olvidamos todo y seguimos como si nada?

—¡Largo de mi casa! —gritó desgarrada.

—¿Laura? —Intentó abrir la puerta y ella se apartó. —Abre la puerta. ¿Estás llorando? ¡Abre la puerta!

Cogió el albornoz y se lo puso sintiendo una pena enorme mientras las lágrimas no dejaban de salir. Se sentó en el borde de la bañera porque sentía que las piernas no la sostenían.

—¡Laura abre antes de que abra yo!

—¡Sal de mi casa, cabrón sin sentimientos!

La puerta se abrió de golpe y Arnold la miró desde el exterior del baño como si la que hubiera cometido un delito fuera ella. —¿A qué viene esto? ¡Habíamos dejado las cosas claras! ¡No sé a qué viene tanto drama!

Asombrada le miró con sus ojos azules llenos de lágrimas. —¿Tanto drama?

—¡Pues sí! ¡Esas ilusiones que te has montado van y vienen! ¡Mira cómo la otra vez se te pasó! ¡Hasta que te hiciste ilusiones de nuevo, pero durante casi un mes tuvimos la relación perfecta!

—¡Perfecta para ti! ¡Y te voy a dar una noticia, pijo descerebrado! ¡Nunca he dejado de hacerme ilusiones hasta este momento! ¡Porque esto que quieres que solucione, no va a desaparecer así como así!

Él hizo una mueca. —Eso exactamente quiere decir que...

—¡Largo de mi casa! —Le empujó por el pecho para salir del baño y

él la siguió. —¿No me has oído? ¡No quiero verte más!

—Ya estamos otra vez. —Furioso fue hasta el salón y cogió sus pantalones. —¡Yo le dejo las cosas claras y siempre tiene que montar estos dramas! ¡Deberías haberte hecho actriz en Broadway!

—¡Imbécil!

—Sí, nena. ¡Eso demuestra todo lo que me quieres!

Pálida le miró. —¿Pero qué hablas de amor, idiota? ¿Cuándo te he dicho yo que te quería?

Él que se abrochaba sus pantalones se detuvo en seco y la miró como si estuviera loca. —¡Cuando te corrías! —Entrecerró los ojos. —¿De qué hemos estado discutiendo?

—¿Te he dicho que te quería durante el orgasmo? ¿Eso me estabas diciendo?

—¡No! ¡Exactamente me dijiste que me amabas, que es mucho peor! —Dio un paso hacia ella mirándola con desconfianza. —¿Qué creías que me habías dicho?

Se sonrojó con fuerza. —No, nada.

—¿Qué me estás ocultando?

—¡Te digo que nada! ¡Tranquilo que solucionaré esto y dejaré de quererte! ¡De hecho ya te quiero mucho menos, eso te lo aseguro!

—¿Pero no acabas de decir que no vas a dejar de quererme así como así? ¡A ver si te aclaras!

Ella gimió porque habían hablado de cosas distintas. —¡Pues tranquilo que me acabo de dar cuenta de que estaba equivocada!

Eso pareció no gustarle un pelo, pero aun así dijo —Muy bien. ¡A ver si todo vuelve a la normalidad y podemos tener la fiesta en paz!

—Si con eso quieres decir que voy a acostarme contigo de nuevo, lo llevas claro.

—Joder, qué rara eres. —La señaló con la camisa en la mano. —¡Si crees que voy a perseguirte para repetir lo de hoy, estás equivocada! ¡Esto se acabó! Estoy empezando a pensar que te falta un tornillo. ¡Primero que sí y después que no! ¡Eres tú la que siempre te saltas las reglas!

—¡Tus reglas!

—¡Exacto!

—¡Pues como no las respeto, no vuelvas a molestarme!

La miró asombrado. —¿Que yo te molesto? ¡Esto es el colmo! ¡Si eras tú la que me acosabas! ¡Si hasta obligaste a Carter a tener una cita a cuatro!

—¡Lo hizo Ana! ¡Yo no necesito obligar a nadie para salir a cenar! ¡Y te recuerdo que me llevaste a casa!

—¡Porque era una encerrona!

Le miró incrédula. —¿Por qué discutimos de esto? —Suspiró sentándose en el sofá y apoyando los codos en las rodillas se pasó las manos por la cara. —Vete, por favor.

Arnold la miró fijamente y suspiró tirando la chaqueta a su lado antes de acuclillarse ante ella. —Laura, si fuera a tener una relación con alguien, te juro que sería contigo.

Ella levantó la vista para mirarle a los ojos. —No me quieres, no pasa nada. —Sonrió con tristeza y le acarició la mejilla. —Pero déjame en paz, ¿vale? Esto empieza a doler.

Arnold apretó las mandíbulas y asintió cogiendo su mano para besar su palma cerrando los ojos como si disfrutara de su contacto más que nada. Laura se emocionó reprimiendo las lágrimas y él abrió sus ojos negros mirándola fijamente. —Adiós Laura.

Ella sonrió y le dio un suave beso en los labios tan lento y tierno que supo que siempre estaría ligada a él y no por el niño que tendrían, sino porque lo que sentía por ese hombre la había dejado marcada para siempre. Se separó sonriendo y susurró —Adiós Arnold. Te veo en el despacho.

Él asintió y se incorporó cogiendo la chaqueta. Fue hasta la puerta y le volvió a sonar el móvil. Descolgó abriendo la puerta. —Sí, ya voy para el despacho. Hablamos allí.

Laura cerró los ojos tumbándose en el sofá y decidió no ir a trabajar. Se había ganado un descanso. Realmente lo necesitaba.

## Capítulo 6

Dos días después volvía al trabajo. Cuando entró en su despacho, Daisy le entregó un montón de recados. —¿Algo urgente?

—La señora Roeder tiene una duda sobre si debe dejar pasar a su marido a recoger los palos de golf. —Suspiró entrando a su despacho mientras su secretaria la seguía. —Y el señor del Pino se ha encontrado las cuentas vacías.

Se detuvo en seco mirando a Daisy. —Eso tiene más prioridad que los palos de golf, ¿no crees?

—Es que la señora Roeder me cae mejor. Ella no le ponía los cuernos a su marido.

Laura sonrió sentándose. —¿Algo más?

—Tienes una reunión en dos horas con el jefe para hablar de Donald, que por cierto ha llamado treinta veces preguntando por ti. Le he dicho que su abogado es el señor Levington, pero quiere hablar contigo.

—Ahora le llamo.

—Vamos a comprarle a Ana un regalo para el bebé. ¿Quieres colaborar?

—Yo le voy a regalar algo especial, pero sí que colaboro con el de la oficina. —Miró los recados distraída y le mostró uno. —¿Weixler ha llamado?

—Ayer a última hora. Le dije que te habías cogido un par de días y que si era urgente llamara a Carter, pero me dijo que no importaba. Aun así apunté su llamada.

—Gracias.

—¿Te traigo un refresco?

Negó con la cabeza. —Agua, por favor.

Daisy la miró atentamente. —¿Te encuentras bien? ¿Ese imbécil de Henry te hizo mucho daño?

—Nada que me impida trabajar más tiempo. —Dejó los recados sobre

la mesa y vio una carpeta azul ante ella. —¿Qué es esto?

—Carter lo dejó para ti ayer. Dice que lo revises. Es un contrato. Quiere que encuentres fallos. —Abrió la carpeta intrigada. —Que lo blinde. Esas fueron sus palabras.

—Bien.

—Por cierto. Sobre Henry, va a crear problemas. Lo sé. Ten cuidado.

Levantó la vista del contrato que era de Arnold y miró los ojos marrones de su secretaria. —Sabes lo de Donald, ¿verdad?

—No me refiero a eso. Ese cabrón ya no tendrá nada que perder cuando le quiten la licencia. Carter tiene la cita en el colegio de abogados para el próximo miércoles y le ha denunciado por agresión. Tu embarazo le hundirá. —Se le cortó el aliento por todo lo que su secretaria sabía de ella. —Tranquila, soy una tumba.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que me has pedido el agua. En todo este tiempo nunca cambias tu rutina. Me ha hecho pensar que por alguna razón no puedes tomar cafeína y solo hay una respuesta.

—¿Tengo que preocuparme?

—¿De mí? No. Pero de Weixler...

—Eso se acabó.

—Es Arnold Weixler. Se acaba cuando él lo diga.

Algo tembló en su interior porque Daisy tenía toda la razón. —Ponme con la señora Roeder.

—Sí, Laura.

Salió del despacho cerrando la puerta sin decir una palabra más. Suspiró sonriendo. Increíble. En cuanto sonó el teléfono empezó a trabajar. Vio el papel de la llamada de Arnold y decidió llamarle porque sería algo relacionado con el contrato.

Con el teléfono en el hombro revisó el contrato rápidamente cogiendo un lápiz. —Despacho de Arnold Weixler. Al habla Clare.

—Soy Laura Byerly. ¿Está Arnold? Me ha llamado.

—Yo que usted vendría de inmediato.

Se tensó enderezando la espalda. —¿Qué ocurre?

—Ha llamado a Carter, pero creo que debería venir usted también.

—Voy para allá.

Colgó el teléfono y gritó —¡Daisy, averigua si Carter se ha ido ya!

En ese momento se abrió la puerta y su socio la miró muy serio. —  
Nos vamos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una bomba. Eso ha ocurrido.

Cogió su bolso y su maletín y salió tras él. En silencio fueron hacia el ascensor y en cuanto Carter pulsó el botón de bajada tomó aire antes de preguntar —¿Es tan malo como parece?

—Esto te va a afectar, Laura. Necesito que seas la profesional en la que aposté hace dos meses. ¿Crees que serás capaz?

Miró los ojos verdes de su jefe. —Cuéntamelo.

—Violación y demanda de paternidad. Esa es la bomba.

Laura palideció sin mover un gesto. —No ha violado a nadie.

—Veremos lo que ocurre.

Ella le cogió por el brazo muy seria. —¡No ha violado a nadie!

—Lo sé. Pero ahora tenemos que demostrarlo. Serás la abogada principal.

—¿Yo?

Carter tocó el botón de parada del ascensor y la cogió por los brazos. —¡Mírame Laura! ¡Mi mejor amigo se enfrenta a la destrucción de todo lo que posee! ¡Eres la madre de su hijo! ¡Y mujer! Eres la persona más adecuada para llevar su defensa. ¡La mujer que le ama ante una zorra calculadora que quiere sacarle los ojos! ¿De verdad piensas que voy a dejar pasar una ocasión así de limpiar su imagen? ¡Ni hablar!

Pálida apretó los labios sabiendo que era la mejor estrategia de defensa y la prensa lo adoraría. Puede que él no quisiera una relación con ella, pero era el padre de su hijo e iba a hacer lo que hiciera falta para exculparle. —Muy bien.

Carter asintió y pulsó el botón de nuevo. —Ahora mentalízate a decirle que va a ser padre de verdad, porque se lo vas a decir hoy. —Apretó la correa de su bolso y asintió mirando las puertas. —Necesitamos un detective fuera de la empresa. Alguien que se deje la piel en descubrir quién es y qué quiere esa mujer. Nada de tratos bajo manga. Tiene que salir limpio como una patena de todo esto.

—Sí. Entendido.

Salieron del ascensor muy serios y varias personas se le quedaron mirando de la que salían de la empresa. Se mantuvieron en silencio en el coche. No es que no se fiaran de su chofer, pero mejor evitar tentaciones porque no era extraño que la prensa pagara a los choferes para conseguir información y ese era un caso que tendría una repercusión enorme. Industrias Weixler era uno de los consorcios de empresas más importantes de los Estados Unidos y a Arnold la prensa le adoraba porque cada noche salía con una mujer distinta a la cual más hermosa. Era rico, guapo y todo un triunfador. Pero un caso como ese haría tambalear los pilares del edificio Weixler en el distrito financiero. Afectaría a su ejercicio en bolsa y los accionistas pedirían su cuello. Y todo tenía que solucionarlo Laura antes de que decapitaran a Arnold para poner a otro en su sillón de presidente. Debía destruir totalmente la reputación de esa mujer para que la imagen de Arnold no saliera dañada, algo que ya en sí era casi imposible porque siempre quedaría la duda. Carter la miró de reojo y le cogió la mano apretándola suavemente para darle ánimos. Laura sonrió ligeramente.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes con fuerzas?

—¿Cómo te sentirías tú si Ana estuviera en su lugar?

—Furioso y dispuesto a arrasar con todo.

—Entonces pensamos igual.

Carter sonrió. —Eres una de las mejores abogadas que conozco. Puedes hacerlo.

—Veremos si nuestro cliente piensa lo mismo.

—Seguirá mi consejo. —La miró fijamente. —No seas blanda con él. ¿Me oyes? Haz lo que haga falta para salvarle el pellejo aunque duela. —Asintió muy concentrada. —No dejes que te ablande. ¿Quién quieres que te acompañe?

—Ariel y Daisy.

—¿Tu secretaria?

—Ha estudiado derecho, pero no la licencia para ejercer. Es competente y muy lista. Cuanta menos gente a nuestro alrededor mejor.

—Ariel... Es especialista en divorcios.

—Es especialista en civil y esta es una demanda civil.

—Eso si no prosperan los cargos penales y son los más graves.

—No puede haber pruebas de eso. Solo es para fomentar el escándalo.

Carter sonrió. —Te veo muy segura.

—Veamos las pruebas que nos muestran. Especular no sirve de nada.

Llegaron a la calle Pearl y se bajaron del coche cuando el chofer les abrió la puerta. La prensa ya estaba allí, lo que demostraba que el abogado de la parte contraria ya había dejado estallar la bomba.

—¿Qué tiene que decir sobre la acusación de violación, señor Levington? ¿Representará al señor Weixler?

—No hay comentarios.

—¿Ya ha leído el informe forense?

—No hay comentarios.

Laura empujó la puerta giratoria con Carter detrás y en cuanto entraron en el hall tres de los abogados empresariales de Arnold se acercaron a ellos. Carter les miró muy serio. —¡Silencio!

Todos fueron hasta el ascensor y Laura miró divertida a Carter, porque sobre los asuntos privados de Arnold, Carter era el jefe y todos aquellos abogados le debían pleitesía. Su jefe extendió la mano en cuanto se cerraron las puertas. —¿Esta es la denuncia?

—Tiene que ir a la comisaría a declarar en veinte minutos.

—¿No han venido a detenerle? —preguntó Laura.

—Están arriba. Dos detectives de paisano.

—Al menos han sido discretos.

—Es que si meten la pata, van a rodar cabezas —siseó Carter leyendo la denuncia a toda prisa. Se la pasó, pero ella no la leyó porque ahora se enfrentaría a una verdadera guerra. Dándose valor puso una suave sonrisa en sus labios y salió del ascensor seguida de los demás. Saludó con la cabeza a Clare antes de entrar en el despacho. Arnold miraba por la ventana rodeado de gente y dos hombres se levantaron de inmediato en cuanto entró.

Ella alargó la mano hacia los detectives. —Laura Byerly.

Arnold se tensó y se giró de inmediato.

—Detective Jared y Xavier.

—Mucho gusto. ¿Puedo hablar con mi cliente dos minutos antes de irnos, por favor? —Los detectives se miraron algo incómodos. —Les aseguro que seré breve.

Ellos asintieron. —Mientras tanto estoy segura de que Clare será tan amable de servirles un café o lo que les apetezca. ¿Han desayunado?

Se miraron sorprendidos. —No.

—¿Clare?

—Enseguida dos desayunos completos, Laura —dijo la secretaria sonriendo.

—En cuanto terminen nos iremos. Pero no se apuren que les puede sentar mal. —Les guiñó un ojo haciéndoles sonreír.

Carter sonrió cruzándose de brazos y les hizo un gesto con la cabeza a los demás abogados para que desaparecieran.

Dándose valor Laura dejó el bolso y su maletín sobre el escritorio de Arnold y se dio la vuelta para mirar sus ojos. —Sorpresa, sorpresa.

—¿Qué haces aquí, Laura?

—Seré tu abogada principal.

—¿Estás loca? —gritó acercándose—. ¡Vuelve a tu despacho!

—Hago mi trabajo. ¡Ahora cálmate y cuéntame qué ha ocurrido!

Miró a Carter. —No la quiero a ella.

—Es mi decisión y es la mejor opción.

—¿Por qué?

Había llegado la hora. Se sentó en la esquina del escritorio y cruzó las piernas. —Porque voy a tener un hijo tuyo, Arnold. Por eso soy la mejor opción.

Arnold palideció mirándola. —¿Qué es esto? ¿Una estrategia de defensa? ¿Estás loca?

Le miró seriamente. —Hablo en serio.

—¿Y me lo dices así? —Sabía que le estaba haciendo daño, pero como decía Carter, debía salvarle por encima de todo.

—Eres el padre, pero no te voy a pedir nada. Ahora vamos a hablar del tema que me ha traído aquí si no te importa. Me parece que debemos solucionarlo primero.

—Carter, déjanos solos.

—No. Estás a punto de ir a comisaría y debemos saber los detalles. Ahora, Arnold. Ya hablareis sobre vuestra historia después.

Frustrado se pasó la mano por su pelo negro. —No sé ni quién es. ¡Los policías llegaron con esa denuncia y no sé ni de quién me hablan!

—¿Les has contado algo?

—Los abogados de la empresa se han encargado de cerrarme la boca.

—Olivia Vitello —dijo ella sacando la denuncia—. Al parecer salió contigo a cenar al Rivolis y la llevaste a su hotel. La forzaste en cuanto entrasteis en la habitación y después te fuiste. Fue al hospital, pero no denunció en ese momento. Decidió denunciar cuando se enteró de que estaba embarazada.

—Es falso. ¡Yo jamás he forzado a nadie! ¡Nunca he sentido necesidad!

—La violación es un acto de violencia, Arnold. No es un acto de pasión o de sexo.

—¡Joder, si no se ni quién es! ¡Esta mierda va a hundir mi empresa!

—Cálmate. —Laura se bajó de la mesa y se acercó a él cogiéndole de la barbilla para que le mirara. —Ahora escúchame bien. Harás lo que yo te diga cuando te lo diga, ¿me has entendido? Si te digo que cierras la boca, no quiero escuchar ni pío.

Arnold sonrió. —Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Serás idiota. Jamás haría nada que te hiciera daño. ¿Cómo puedes pensar algo así?

—No me refiero a la denuncia. Sino a dirigir mi vida.

Laura sonrió. —Eso me encanta y pienso aprovecharme todo lo que pueda.

—Pide por esa boquita, nena.

—Lo haré. —Se volvió mirando a Carter. —Llama a Ana y que compre un anillo de compromiso. Enorme. Que se vea a diez kilómetros.

—¿Laura?

Le miró a los ojos. —Tengo que darle pena a la prensa, ¿entiendes? La prometida embarazada que se entera de esto después de la pedida de mano y defiende a su novio por encima de todo porque cree en él.

—¿Ahora estamos comprometidos? —No salía de su estupor.

—Solo hasta que esto termine.

—Sí, claro. Si luego me dejas, ¿qué pensará la gente?

Carter entrecerró los ojos. —Tiene razón. Un matrimonio sería mucho mejor.

—¿Estás loco? ¡No voy a casarme con ella por esto!

Exasperada miró a Carter que reprimió la risa. —Pues no es mala idea. Lo de la esposa es mucho mejor.

—No —dijo ella—. Porque como su prometida tengo la opción de elegir estar con él. Como mujer me sentiría más comprometida.

—Tú mandas —dijo Carter sacando su móvil—. Llamaré a Ana.

—Ahora no tienes anillo —dijo él preocupado.

—Cubriré la mano metiéndola en el bolso. —Le miró a los ojos. — Van a decir de ti miles de cosas y no responderás a nada. Sobre todo a la prensa. Nada de hablar con tus amigos del caso. Solo hablarás conmigo y con Carter, ¿me oyes?

—Tengo que hablar con los accionistas.

—En cuanto volvamos. Ahora lo más importante es la declaración. Solo responderás cuando yo te lo diga, pero cuando te interrumpa te callarás de inmediato. No quiero que hables de nada que pueda incriminarte. Si te preguntan si has estado en el hotel, no respondes. Si te preguntan si la conoces, no respondas a no ser que hayas salido en la prensa con ella. Si te preguntan cuántas veces hicisteis el amor, no respondas. ¿Me has entendido?

—Sí, básicamente no debo responder a nada que no sea de dominio público.

Laura sonrió. —Exacto. Siempre has sido muy listo.

—No tanto —dijo mirando la fijamente—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que estuve en el hospital.

—Por eso tuviste esa reacción el otro día. Pensabas que hablaba del embarazo.

—No quiero hablar de eso.

Se volvió y él la cogió de la mano. —Nena, jamás te diría que solucionarás el tema tú sola refiriéndome a mi hijo.

—No quiero hablar de eso, Arnold. Ahora no.

Él apretó las mandíbulas asintiendo y ella se volvió hacia Carter que dijo —Irás a la comisaría como si nos llevara unos papeles y nos los pasara.

—Bien. Ahora lo más importante. No dirás nada de nuestro compromiso a nadie. Has decidido callarte por no ensuciar nuestra relación. Ya se encargará Carter de filtrarlo. La pedida con violinistas y todas esas cosas que me organizaste en tu casa. —Carter asintió. —Deben pensar que esto ocurrió antes de que estallara todo, ¿entiendes? Sino verán que es una táctica de defensa.

—Bien.

—Sin embargo tienes que ser muy atento con ella. Le abrirás la puerta, la sujetarás por la cintura con caballerosidad. Estarás pendiente de ella para que lo capte la prensa y piense que sí que hay una historia de amor. Cuando estalle la noticia, deben saber que hay un romance, pero no el alcance —añadió su amigo.

—¿Y el anillo de compromiso?

—Lo llevaré dándole la vuelta y así será otro motivo de especulación. Se morirán por saber si es de verdad y desviará la atención de la verdadera historia.

—¡No es verdad que la haya forzado!

Laura le miró fijamente. —Veremos lo que tienen.

La cogió por los brazos. —Nena, sé que he podido meter la pata muchas veces, pero esto no lo he hecho. Te lo juro.

Fríamente contestó —Veremos lo que tienen.

Él la soltó mirándola como si no la conociera y dio un paso atrás. Carter carraspeó. —Calmaos, chicos. Tenemos un día duro por delante.

En ese momento se abrió la puerta y Laura sonrió a los detectives. — ¿Listos? Estupendo. Vamos allá. No les molestará que vayamos en nuestro coche, ¿verdad? Estoy embarazada y para mí es mucho más cómodo.

Carter la miró con admiración. —Sí, por supuesto. Mientras vengan a la comisaría no tenemos problema.

—Son muy amables. Dígame detective, ¿la vida de policía es tan emocionante como sale en las películas?

Arnold miró a Carter saliendo del despacho. —¿Qué hace?

—Ganarse su confianza. Ahora vas a ver por qué la he hecho socia.

Les siguieron al ascensor mientras Laura hablaba entusiasmada con los detectives que la miraban con adoración. —¿Saben? De pequeña quería ser policía y descubrir misterios como la señorita Marple, pero con pistola.

Los hombres se echaron a reír y Arnold sonrió pulsando el bajo. — Pero mi madre insistió con que tenía que estudiar derecho.

—Seguro que le pagan mucho mejor.

—Pero no es tan emocionante, ¿verdad? Descubriendo asesinos y atracadores.

—Nosotros estamos en delitos sexuales.

—¡Como los de la serie de televisión! ¡Me los he visto todos! Y

varios tres veces. Me encanta esa mujer.

Sonrieron divertidos y cuando salieron, la prensa solo vio a dos policías sonriendo y abriendo la puerta del coche a Laura, que les dijo radiante —Nos vemos allí.

Arnold perdió la sonrisa en cuanto vio a la prensa, pero afortunadamente consiguió pasar sin muchos problemas.

—Estupendo. Has salido ileso.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Arnold molesto.

—¿El qué?

—Ser tan amable con ellos. ¿Le estás haciendo ojitos a ese Jared? ¡He visto cómo te despedías de él!

—Esto no está pasando.

Carter reprimió la risa. —Se los está camelando, Arnold.

—¡Ya me he dado cuenta! Demasiado para mi gusto. —Señaló a Laura. —¡Estás embarazada de mí!

Le miró asombrada sintiendo un vuelco en el estómago. —¿Estás celoso?

—¡No! —La miró como si estuviera mal de la cabeza. —¡Ni hablar!

—Ah, porque parecería un poco raro, ¿no crees? ¡El acusado eres tú!

Él gruñó mirando al frente. —Joder, que semana llevo.

Carter le dio una palmada en la espalda. —¿Como si te hubiera pasado un camión por encima? Tranquilo, te acostumbrarás. Cuando me lo dijo Ana después de aquella cena a cuatro me sentí igual, pero de la alegría.

—Esto no es lo mismo —dijo Laura—. Vosotros os queráis.

Arnold volvió la cabeza hacia ella como un resorte. —¿Acaso has dejado de quererme desde antes de ayer?

—¿Le has dicho que le querías? Menudo valor tienes. —Carter la miró con asombro.

Arnold miró hacia el otro lado. —¿Te importa? Es una conversación privada.

—Soy tu abogado. No tenemos secretos.

—Muy gracioso. —Se volvió hacia ella. —¿Y bien?

—Te dije que te quería menos, ¿no?

—Nena...

—¿Ahora quieres que te quiera? ¡A ver si te aclaras! —Parecía sorprendido de sí mismo y ella sonrió. —Cielo, dejaremos eso para cuando vuelvas a ser tú sin amenazas a tu alrededor. ¿De acuerdo?

—¿Me quieres o no?

Parecía que necesitaba oírlo y le cogió la mano. Era lo único que podía hacer. Esperaba que la rechazara, pero se la apretó con suavidad acariciando su dorso con el pulgar.

Cuando llegaron a la comisaría, los detectives les llevaron a una sala de interrogatorios. Arnold se sentó en el centro y ella a su derecha mientras Carter lo hacía al otro lado.

El detective Jared se sentó frente a ella sonriendo y el detective Xavier frente a Arnold.

—Bien, detectives. ¿Qué es lo que creen tener contra mi cliente? —dijo ella desabrochándose la chaqueta—. Hace un poco de calor aquí, ¿verdad?

—Se ha estropeado el aire acondicionado.

Ella se levantó y se quitó la chaqueta mostrando su camisa rosa de seda.

El detective Xavier carraspeó antes de mirar a Arnold, que parecía que se había tragado un palo observándola. Ella sonrió sentándose a su lado. —¿Empezamos?

—Sí, claro. ¿Conoce a Olivia Vitello?

—No tendrá una foto por ahí, ¿verdad? —Ella se echó a reír. —Mi cliente conoce a mucha gente.

Ellos abrieron un expediente y los tres se tensaron, aunque no lo demostraron. —Veo que la conocen. —El detective Jared sonrió.

—Sí, claro. Cariño, es la pelirroja con la que saliste cuando nos enfadamos.

Eso les dejó en shock y el detective Xavier preguntó atónito —¿Ustedes son pareja?

—Sí. ¿Y qué dice esa? —preguntó relajada.

—¿Entonces el hijo que espera es del señor Weixler?

—¿Me están interrogando a mí o a él?

—Sí, claro. A él. —Jared le miró. —¿Espera un hijo suyo?

—Sí.

—Así que tienen una relación y en un momento de... impase, salió con Olivia.

—Salí una noche con ella.

—¿Qué ocurrió después?

—La llevé al Hilton. —Miró de reojo a Laura que le hizo un gesto sin darle importancia.

—¿Mantuvo relaciones con ella?

—Mi cliente no contestará a esa pregunta si no les importa. Ya ha reconocido que la llevó al hotel.

—Ella asegura que la forzó.

—¿Tiene pruebas fisiológicas de eso?

—Acudió al hospital después de los hechos y tenemos el informe médico.

Ella sonrió. —¿No me digan? ¿Semen, pelo? Si mantuvo relaciones con ella, sería lógico, ¿no creen?

—Usé preservativo.

Laura le advirtió con la mirada antes de sonreír a los detectives. —Vamos a ver, que me estoy perdiendo. ¿Ella va al hospital diciendo que la habían violado y no se abrió de inmediato una investigación?

Los detectives se miraron y Jared carraspeó. —Dijo que la habían asaltado en el hotel, pero que no sabía quién era el asaltante.

—Oh, ¿y se realizó una investigación?

—Solo teníamos el semen y el ADN no estaba en la base de datos.

Laura sonrió de oreja a oreja. —¿Y ahora ha decidido decir quién es? ¿Meses después?

—Ha descubierto que está embarazada.

—¡Siempre uso preservativo!

Ella le cogió por el brazo sintiéndose muy feliz. —Cielo, nos vamos.

Los policías les miraron atónitos. —¡No pueden irse!

—Claro que sí, porque no tienen una mierda contra mi cliente —dijo cogiendo la chaqueta y tendiéndosela a Arnold, que se la puso como todo un caballero—. ¿Y saben por qué lo sé? Porque se les ha escapado un detalle. Que ella fue al hospital y se sometió a un reconocimiento. Estoy segura que acusó a Arnold, pero ustedes no vieron indicios de violación y por eso no siguieron la investigación. Ella quería sacar tajada y se dieron cuenta. Pero

ella volvió embarazada y les amenazó con ir a la prensa. ¡Está embarazada de Arnold Weixler y nosotros no hemos hecho nada! Menuda metedura de pata. ¿A que amenazó con demandar al departamento? Tenían que hacer algo antes de que todo saliera a la luz. Ella había denunciado una violación y le habían dicho que no tenía pruebas. Ni siquiera habían hablado con el sospechoso. Quedarían fatal, ¿no? Así que ahora apoyan a la víctima. Pero siguen sin tener pruebas.

—¡Ella dice que ha sido él y tenemos su ADN!

—Pues si son tan amables de contestar otra pregunta...

—Diga.

—¿Cómo es que está embarazada si en el hospital posteriormente a la violación tomó la píldora del día después para evitar un embarazo no deseado como se hace habitualmente por protocolo?

Arnold sonrió mirando a Carter.

—¡La habitación estaba revuelta y tenía arañazos en su cuerpo! ¡Además de una demostración de relaciones sexuales violentas!

—¡No me fastidie, Xavier! ¡Las relaciones apasionadas están a la orden del día! ¡Y la habitación pudo desordenarla ella! —Les señaló con el dedo. —Como vayan con estas pruebas a un tribunal, me los comeré vivos y demandaré al departamento por daños y perjuicios. No tienen nada contra mi cliente. —Cogió el maletín. —Arnold, nos vamos... Cuando quieran hablar en serio que me llame el Fiscal, de otra manera olvídense de mi cliente. Buenos días, caballeros.

Ella salió primero esperando que la siguieran. Cuando llegaron a la entrada de la comisaría se encontraron con Ana, que se levantó de inmediato cubriéndola para que se lo pusiera. Arnold le cogió la mano y le puso el anillo en el dedo dándole la vuelta y la cogió de la mano para salir de allí en silencio.

Los cuatro se subieron al coche esquivando a la prensa. —Laura tienes que llamar a fiscalía. Debemos saber de inmediato si piensan llevar esto a juicio.

Ella apartó la mano de Arnold sin poder sacarse a esa pelirroja de la cabeza. —Lo haré en cuanto llegue al despacho.

Él apretó los labios observándola mirar por la ventanilla. —De todas maneras, aún nos queda la demanda por paternidad —dijo Carter muy serio —, y no descarto que sea hijo tuyo.

—Cielo... —Ana miró a su marido. —Dales un respiro.

—Tenías que haberla visto. Estuvo estupenda.

Ana sonrió a su amiga, pero ella seguía mirando por la ventana pensando en sus cosas. —Dile a Ariel que vaya preparando una demanda por injurias y calumnias —susurró ella apretándose las manos.

—Laura, yo...

Ella le fulminó con la mirada y siseó —Ni se te ocurra justificar esto. Recuerdas dónde debías estar esa noche, ¿verdad? ¡Y te fuiste con esa porque me retrasé quince minutos! ¡Quince malditos minutos!

Él palideció. —Sabías que había ido a tu casa.

—¡Te vio mi vecina!

Ana se tapó la boca asombrada viendo como Arnold perdía el color de la cara y Carter cogió a su mujer por los hombros pegándola a él.

—Sabías que había estado con ella.

—Sí —susurró antes de mirar de nuevo la calle llena de gente—. Eso demuestra lo estúpida que soy.

Él se tensó y miró a su amigo. Al ver como abrazaba por los hombros a su mujer que estaba descompuesta y horrorizada por lo que acababa de oír, apretó los puños antes de volver la cara hacia la otra ventanilla.

—Estamos llegando.

Laura asintió reprimiendo el dolor que sentía y aparentando serenidad. —¿Hago una declaración?

—No. Esperemos.

—Bien —respondió a su socio. Miró a los ojos a su amiga que intentó darle ánimos con la mirada y Laura sonrió. No era el momento de recriminaciones cuando sabía de sobra dónde se metía. Lo mejor era seguir adelante e intentar arreglar lo que ocurría para tener en el futuro una vida medianamente normal.

Salieron del coche y Arnold la esperó pasando un brazo por su espalda antes de entrar en el edificio sin mostrar nada y sin responder a ninguna pregunta. En cuanto entraron en el ascensor ella se alejó discretamente sin soportar su contacto. No lo podía explicar, pero desde que había visto esa foto no era una mujer más. Era la mujer por la que la había abandonado y se sentía irracionalmente traicionada porque se había hecho real.

Al llegar al despacho Arnold se quitó la chaqueta de malos modos. Clare entró a toda prisa. —Señor, los accionistas...

—¡Qué esperen! —Se pasó una mano por su pelo negro y miró a Carter. —¿Podéis dejarnos solos?

Carter asintió. —Sí, por supuesto. Nos iremos a comer.

—No es necesario. —Laura le miró fríamente. —Cuando acabes con los accionistas, quiero que vayas a mi casa para hablar de tu caso —dijo yendo hacia la puerta—. Nos veremos a las seis. Ahora tengo que llamar a la fiscalía y averiguar qué se propone esa mujer.

—Laura, tenemos que hablar.

—Ya lo hemos hablado. —Le miró como si no le conociera. —¿A qué viene esto ahora? Cuida de tu empresa, que es lo que tienes que hacer.

Salió de allí dejando el silencio tras ella y Ana corrió detrás. —Ven a comer con nosotros.

—No podría probar bocado. —Entró en el ascensor forzando una sonrisa. —Necesito estar sola. ¿Lo entiendes?

Ana asintió mientras se cerraban las puertas y cuando el ascensor empezó a descender Laura se llevó la mano a los ojos, tapándoselos como si así evitara que las lágrimas fluyeran. Algo rozó su mejilla y apartó la mano. Al ver el brillo del aro lo giró para encontrarse con el anillo de compromiso más hermoso del mundo. El anillo que siempre había querido y supo que su amiga había comprado el que a Laura le habría gustado tener. Un diamante en talla baguete rodeado de diamantes amarillos. Sonrió recordando la conversación que habían tenido cuando su amiga se comprometió y le había preguntado cómo le gustaría que fuera el suyo. Había escogido exactamente lo que ella le había descrito. Nunca se hubiera imaginado que le pesaría como un grillete en su dedo. Lo giró de nuevo para que no se viera y le recordó a su relación con Arnold. Una amante. Escondida y que no debía darse a conocer. Por eso se había enfadado cuando le había abrazado ante Carter. Había transgredido las reglas. Y más aún con su embarazo. Era increíble lo bien que se lo había tomado, pero dadas las circunstancias acusado de violación, su noticia no debió causar demasiado impacto. Bueno, ahora daba igual. Su trabajo era sacarle de esa indemne y pensaba hacerlo. Se lo debía a su bebé.

## Capítulo 7

A las seis menos veinte abrió la puerta y Arnold entró tirando de la corbata como si le estuviera asfixiando. Ella llevaba horas preparando ese encuentro, así que tenía los nervios controlados. Al contrario de él que parecía a punto de estallar.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes whisky?

Ella asintió yendo hacia el mueble bar y sirviéndole una copa. Él se quitó la chaqueta tirándola en la butaca con la corbata y se sentó en el sofá apoyando los codos en las rodillas. Le acercó el vaso tallado y él lo cogió sin mirarla. —Gracias.

Quiriendo sentarse lo más alejada de él posible se sentó en la otra butaca. —La fiscalía no presenta cargos.

—¿Y contra ella?

—Tampoco. Debemos demostrar en la demanda civil que intenta extorsionarte con el embarazo. Me ha dicho la fiscal que si conseguimos una prueba de paternidad y es negativa, irá a por ella. Pero si no...

—Entiendo. —Se bebió medio whisky de golpe y ella sonrió con tristeza.

—Así que es tuyo.

—Dejé los condones allí.

—¿Los? —preguntó sintiendo que se le desgarraba el alma.

—Lo hicimos dos veces.

Laura asintió levantándose porque no soportaba ni mirarle a la cara. —Me acaba de llamar un amigo del juzgado y ya ha interpuesto la demanda de paternidad. Hay pruebas de sobra para tramitarla y el juez no la desestimaré.

—Me ha explicado Carter el procedimiento.

—¿Y te ha explicado lo que ocurrirá? —preguntó cabreándose—. ¡Ella alegrará que no quiere arriesgar el feto con la prueba y exigirá que se

espere hasta después del nacimiento! ¡Quedan siete meses, Arnold!

—¡Lo sé!

—¡Eso te obligará a llegar a un acuerdo con ella antes de que tus accionistas se pongan histéricos con la caída de las acciones! ¡Eso por no hablar de que no podremos ir a juicio para limpiar tu imagen!

—Si fuéramos a juicio...

—Si fuéramos a juicio podría desacreditarla ante el tribunal. Revelar lo que ha hecho para dejarla fatal, pero si llegas a un acuerdo...

—¡No hay acuerdo! —La miró fijamente. —No se llegará a un acuerdo con esa zorra.

—¡Arriesgarás tu posición!

—¡Pues sácame de esto que para eso eres mi abogada!

Se miraron a los ojos. —¡Claro que te sacaré de esto, pero no lo hago por ti! —le gritó a la cara—. ¡Esto lo hago para que a mi hijo en el futuro no le digan que su padre es un violador!

Los ojos de Arnold refulgieron de furia tirando el vaso contra la pared y levantándose del sofá. —¡Sabes de sobra que yo no lo hice!

—Pero los demás no lo saben, ¿verdad? Y como bien sabes tú, las apariencias lo son todo.

—Lo sé muy bien.

Ella apretó los labios. —¿Qué han dicho los accionistas mayoritarios?

—Están acojonados pensando que todo se va a la mierda, pero como el año pasado consiguieron el triple de beneficios que con mi padre, cierran la boca. Pero las acciones se han desplomado y aún no ha salido en las noticias de la noche.

—Te recuperarás. —Se volvió a sentar en la butaca y cogió el block que tenía preparado. —Ahora siéntete y cuéntame exactamente qué ocurrió esa noche.

La miró asombrado. —¿Quieres que te lo cuente?

—Tengo que saber los detalles para que no me dejen ante la prensa con el culo al aire. —Él se sentó en el sofá de nuevo. —¿Cómo la conociste?

—Me la presentaron en una galería dos noches antes.

—¿Quién te la presentó?

—La directora de la galería. Marion Seimur.

Ella apretó el lápiz con fuerza apuntando su nombre. —¿Eran amigas?

—Me dio la sensación de que eran conocidas. Me la presentó para que no me fuera.

—Claro, la presencia de Arnold Weixler da mucho caché a una fiesta.

—Levantó la vista del block. —¿A qué se dedica la pelirroja?

—Ni idea.

—Vaya, veo que os conocíais.

—Nena, fue lo que fue.

—¿En la cena de qué hablasteis? ¿Del tiempo?

—De la exposición sobre todo. No hablamos mucho porque no fuimos solos.

—¿Quién estaba en la cena con vosotros?

—Marion y su marido.

—Vaya, ¿compraste mucho?

Él se tensó. —Dos cuadros para mi casa de los Hamptons.

—Marion estaría encantada. ¿Pagó ella la cena?

—Pagué yo —dijo muy tenso.

—Ajá... ¿y luego que pasó?

—Nos fuimos al Hilton.

—¿Acaso ella no tenía casa?

—No quería ir a su casa. Ni a la mía. Los dos sabíamos a lo que íbamos y ella estaba de acuerdo. —Vio como miraba el suelo apretando las manos como si no pudiera ni mirarla. —Subimos y ya está. Después me fui a mi casa.

—¿Ella se quedó?

—Sí.

—¿En la cama?

—Sí.

—¿Volviste a verla después?

—No.

—¿Y no sabías que te había denunciado?

—Ni idea. —Levantó la vista molesto. —¿Tenemos que seguir hablando de ella?

Tomó aire tirando el block sobre la mesa. —Bien, puedes irte.

—¿No crees que tenemos algo más que discutir?

—No. —Se quitó los tacones cruzando los tobillos sobre la tumbona mirándolo fríamente. —Ahora si no te importa quiero descansar.

La miró fijamente. —No ibas a decírmelo.

Negó con la cabeza. —Si fuera por mí no te enterarías nunca. Pero Carter estaba presente cuando el bocazas del médico me soltó la bomba y me dijo que si no te lo decía yo, te lo diría él. Por eso la confusión el otro día. Creía que te lo había dicho sin darme cuenta.

—Y por eso te disgustaste cuando te dije que tenías que solucionarlo.

—Está solucionado. Ya lo sabes y asunto resuelto. En cuanto esto termine, podrás seguir con tu vida y yo seguiré con la mía. No te preocupes, que no voy a exigirte nada.

—No quieres que forme parte de su vida.

—¿Para qué? Ambos sabemos que el bebé no te interesa en absoluto. Si vas a ser un mal padre, prefiero que mi hijo no tenga un padre que solo pueda defraudarle.

—No sé si sería mal padre. Pero es obvio que no me darás ni la oportunidad de averiguarlo.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —preguntó mirándole con desprecio—. Primero averigüemos si la familia es más grande de lo que creemos antes de hablar de horarios de visitas, ¿quieres? —Furiosa se levantó y fue hasta la puerta abriéndola. —Ahora si me disculpas...

—¡No es hijo mío!

Cerró de un portazo. —¿Cómo estás tan seguro? —gritó perdiendo los nervios—. ¿Acaso no has oído el caso de ese tenista? ¡Solo tuvo que introducirse el semen después de una mamada, Arnold! ¡Y tuvo un bebé precioso que ahora tiene que mantener porque es hijo suyo!

—Si ha hecho algo así, me engañó. Yo no quería ese bebé.

—Como el que llevo dentro. Los dos son iguales.

Arnold se acercó a ella furioso. —No compares. ¡No son iguales!

Sonrió con tristeza. —Sí que lo son, porque no querías a ninguno de ellos. Ahora sal de mi casa.

Él se pasó las manos por la cabeza y furioso fue a por su chaqueta. —Puede que creas que para mí eres como ella, pero te aseguro que no sois iguales en absoluto. ¡Aquel día me enfadé contigo por hacerme esperar y me fui a cenar con ellos! Soy gilipollas, ¿qué quieres que te diga? ¡Pero ambos

sabemos que esta acusación podría haber pasado cualquier otro día en el que no hubiéramos estado juntos! ¡Podría haber pasado hace un año! Pero lo que a ti te enfurece fue que ocurrió precisamente ese día.

—¡Exacto! —gritó furiosa—. ¿Cómo crees que me sentí cuando vi esa foto en el periódico en cuanto me levanté? ¡Como si no te importara una mierda!

Él palideció. —Nena, te aseguro que sí que me importas. —Pasando ante ella, salió del apartamento y cerró la puerta suavemente.

Laura se echó a llorar sintiéndose terriblemente mal, porque sabía de sobra que había forzado a Arnold a una situación que no quería y la culpa no era suya. Había sido claro desde el principio. Era ella la que se había hecho ilusiones y la que quería una relación para la que él no estaba preparado. Debía dejar de recriminarle ser como era, porque le había conocido así y no se podía cambiar a las personas si se las quería.

La prensa estaba como loca porque ya sabían que estaban comprometidos. Carter había adelantado la filtración de la noticia porque los policías se fueron de la lengua como se esperaban. Así que ahora también la acosaban a ella con miles de preguntas. Simplemente sonreía sin contestar a las preguntas y pasaba ante ellos para salir y entrar del despacho.

—Debéis salir a cenar o al teatro. La prensa empieza a especular con que el compromiso es mentira —dijo su socio en cuanto entró en su despacho. Daisy tras él asintió.

—¿Tenemos algo de esa Olivia? —preguntó sin dejar de mirar el informe que tenía delante.

—Aparentemente está limpia. Ya lo estás leyendo.

—Joder. ¿Es bróker? —Furiosa tiró el informe del detective sobre la mesa y volvió su sillón.

—Es obvio que es lista.

—Sí, ya la vi ayer en esa entrevista —dijo irónica—. La muy zorra eludió muy bien las preguntas de la violación. No se metió en el charco. Está bien asesorada.

—Tenemos que hacer algo.

—La vista no será hasta la semana que viene. ¿Qué quieres que haga?

—Hay que hacer una rueda de prensa. —Carter la miró fijamente. — Tienes que destruirla antes de que esto vaya a más. Las acciones de Weixler no levantan cabeza.

—Muy bien. —Se levantó de su sillón. —¿Hasta dónde puedo llegar?

—Hasta el final. Debes destruirla totalmente y si nos demanda mejor. Esto es la guerra.

—Bien. Puedo hacerlo.

—Lo sé. Tienes tres horas para prepararte.

—Te lo advierto. Voy a contarle todo. Todos los detalles de esa noche para poder desacreditarla.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Daisy, ponme con Arnold.

—No. Irás sola.

—Pensarán que está escondiéndose.

—Eres su letrada. Tú le representas y yo estaré allí para apoyarte. Ariel también vendrá.

—Bien, como quieras.

Se sentó ante los micros, colocando sus notas ante ella y sonriendo a la prensa. Había escogido un vestido rosa con la chaqueta a juego y se había dejado sus rizos rubios sueltos. Profesional y dulce. Esa era la imagen que quería proyectar. Ariel se sentó a su izquierda y Carter a su derecha.

—Buenas tardes a todos. ¿Empezamos?

—Un momento, por favor —dijo uno de los cámaras.

Ella sonrió asintiendo antes de pasarse la mano por el cuello mostrando el enorme anillo de compromiso. Los flashes la iluminaron como si fuera la primera dama.

—Cuando quiera, señorita Byerly.

—Iré directa al grano debido a las acusaciones infundadas que recaen sobre mi cliente Arnold Weixler, que nos han llevado a dar esta rueda de prensa. ¿Estáis de acuerdo? —Sin esperar respuesta continuó —La noche del veintitrés de septiembre el señor Arnold Weixler fue a cenar a un restaurante con la señorita Olivia Vitello acompañado de dos personas más. Después de la cena cogieron una habitación en el Hilton a las veintitrés horas. Tuvieron

relaciones con preservativo y mi cliente se fue a su casa como cualquier soltero de esta ciudad que simplemente quería sexo. —Varios periodistas la miraron con los ojos como platos, pero ella continuó —Pero ahí hubiera acabado todo si mi cliente no hubiera sido tan idiota como para dejarse los condones. —Carter la miró de reojo. —Ahí empezó el verdadero problema, porque la señorita Vitello cogió uno de esos condones y se introdujo su semen. Se creyó muy lista y fue al hospital después de revolver la habitación. Allí se le hizo un examen, iniciando un procedimiento que se realiza siempre que una víctima dice que ha sido violada. Se le sacaron muestras, análisis y por supuesto los restos de semen que ella había colocado en su interior. —Mostró el informe policial. —Como pueden leer en este informe, no había signos evidentes de violencia más allá de un par de arañazos que se pudo realizar ella misma y dicho semen.

—Deja de decir semen —siseó Ariel sonriendo.

—Como dice este informe durante dicho proceso se le administró un medicamento cuyos componentes son acetato de ulipristal, mifepristona y levonorgestrel, no diré la marca para no dar publicidad, pero para los que no lo sepan es un medicamento para impedir embarazos no deseados para este tipo de casos. Por supuesto a la señorita Vitello se le preguntó si quería tomarlo antes de suministrárselo y ella dijo que sí. La razón, porque si decía que no los policías lo verían algo extraño y lo que quería era sacar una buena suma del señor Weixler. —Miró a la prensa tranquilamente. —La policía llegó a la conclusión de que no había sido violada después de las investigaciones. De tal manera fue su convicción de que Olivia Vitello mentía, que ni siquiera se molestaron en hablar con el señor Weixler para interrogarle y la fiscalía ni se enteró del caso. —Dejó el informe sobre la mesa mostrándose más firme. —Después de esto, la señorita Vitello no se quedó ahí, sino que ahora aparece meses después diciendo que el hijo que lleva en su vientre es el futuro heredero de uno de los consorcios de empresas más importantes de los Estados Unidos. —Sonrió divertida. —Y a mí solo se me ocurren dos opciones. O que la señorita Vitello utilizara el otro preservativo para introducirse el semen días después o que no es hijo del señor Weixler. Eso lo descubrirá una prueba de paternidad que pensamos exigir al tribunal cuanto antes. De cualquier manera, las dos opciones son deleznable. —Miró a la cámara tranquilamente. —Al final la verdad siempre sale a la luz. Si el resultado es que mi cliente es el padre de ese bebé, asumirá las consecuencias como es su obligación aunque no tenga ninguna culpa y

haya sido utilizado por una trepa calculadora que solo quiere vivir el resto de su vida a cuerpo de rey. —Sonrió dulcemente mientras Carter la miraba atónito. —¿Alguna pregunta?

Todos se levantaron alzando la mano gritando que le eligiera a él. Señaló a una chica. —¿Si?

—¿Se ha comprometido con el señor Weixler?

—Todos estos acontecimientos impidieron que lo anunciáramos como teníamos previsto. No queríamos hablar de ello en estas circunstancias, pero alguien se ha ido de la lengua y ahora todos lo sabéis. Sí, nos comprometimos dos noches antes de que esto saliera a la luz.

—¿De cuánto está embarazada?

Suspiró. —Estoy más o menos de el mismo tiempo que la bruja.

Varios se echaron a reír. —¿Y no le molesta que él haya tenido otras amantes fuera de su relación?

—Mientras Arnold estuvo conmigo no se vio con nadie más. De eso estoy absolutamente segura. Nos conocemos desde hace casi tres años y sé de sobra como era mi prometido. Un hombre responsable, trabajador y fiel. Mientras estuvo conmigo lo fue.

—Pero apenas hace dos semanas el señor Weixler salió con otra mujer —dijo un hombre divertido.

—Le había dejado y regresó días después rogándome que volviera con él porque soy lo más importante de su vida. —Mintió descaradamente. —Ah, y quería ponerme celosa. Le salió fatal porque no le llamé y él volvió con el rabo entre las piernas. —Carter carraspeó a su lado revolviéndose en su silla.

—¿Y cómo ha llevado lo de enterarse de su embarazo?

—Está encantado. Se lo dije después de que me pidiera la mano y el sorprendido fue él. Quiere que sea niña. Rubia y de ojos azules. ¿A que es un amor? —Se acercó a los micros. —Se llamará Amanda.

—¿Y si es niño?

—Arnold, por supuesto.

—¿Cuándo se casarán?

—Deben entender que con este ambiente no quiero casarme. Quiero que todo se haya resuelto para cuando nos demos el sí quiero y disfrutemos de nuestro día.

—¿Y por qué le representa usted?

—Mi prometido confía muchísimo en mi trabajo y quién mejor que yo para cuidar sus intereses. —Sonrió levantándose. —Muchas gracias por venir. —Cuando se volvió, se quedó de piedra al ver a Arnold mirándola al lado de las escaleras. Sonreía satisfecho con los brazos cruzados, así que dedujo que lo había oído todo. Se acercó a él y extendió la mano.

Él la cogió para ayudarla a bajar y la sujetó por la cintura. —Así que se llamará Arnold.

—¿Nos vamos?

Se acercó a ella y la besó suavemente en los labios. Como no podía rechazarle en público, sonrió y dijo sin separar los dientes —Te odio.

—Gracias, nena. —La besó en la sien antes de llevarla a través del pasillo de la sala de prensa del bufete hasta los ascensores.

—Así que volví con el rabo entre las piernas, ¿eh?

—¿Querías que quedara yo como una estúpida a la que le importa poco que le pongan los cuernos? No, cielo. Eso no va a pasar.

Carter entró en el ascensor tras ella y por como la miró, supo que no le había gustado nada, mientras que Ariel sonreía divertida. —Te habrás quedado a gusto.

—Uff, no sabes cuánto. Y tú no me mires así. La he hundido, ¿no? Ahora está desacreditada.

—¡Nos demandará!

—¿Y? ¡Ponte a trabajar, no voy a hacerlo yo todo!

—Bien, ahora solo queda la vista. Tienes que conseguir que el juez le obligue a hacerse la prueba —dijo Ariel encantada—. Y gracias a esa rueda de prensa se sentirá presionado a hacerlo.

—Eso espero.

Cuando llegaron arriba Ana les esperaba al salir del ascensor. —¡Lo has hecho genial! Suave, dulce y una apisonadora con la zorra que quiere destruir tu matrimonio. Casi sentí como a esa aprovechada le crujían los huesos.

—Muy gráfica, cariño —dijo Carter exasperado.

Daisy salió del despacho y gritó —¡La pelirroja sale por la tele!

Corrieron hacia el despacho de Laura donde su secretaria tenía la televisión encendida.

—¿Entonces nada es cierto de lo que ha dicho la señorita Byerly?

—¡Se lo ha inventado todo! ¡Es indignante! —Tenía lágrimas en los ojos y parecía descompuesta. —Él abusó de mí y me dejó embarazada. ¡Si ese medicamento no funcionó, no es responsabilidad mía! —Laura entrecerró los ojos tensándose. —¡Yo soy la víctima y la policía no me hizo caso en su momento! ¡Ni siquiera le interrogaron! ¡Pienso demandar al departamento y exigir a la fiscalía que abra una investigación! Estoy segura de que los hilos de Weixler han tenido algo que ver en impedir que esto se supiera, pero ahora —dijo mirando a la cámara— van a caer todos.

Daisy apagó la televisión cuando aquella zorra se volvió para meterse en su portal. —La hemos cabreado —dijo Ariel preocupada—. Ahora es la víctima de un millonario retorcido. La opinión pública no sabrá definirse.

—Sí lo harán y se pondrán al lado del más débil —dijo Laura—. Y en este momento es ella al atacarla con algo que no puedo demostrar. —Suspiró pasándose la mano por los ojos agotada. Llevaba días sin dormir bien.

—Nena, te llevo a casa.

—No, tengo mucho trabajo.

—Laura, vete a casa —ordenó Carter—. Estás muy estresada.

Se abrió la puerta de su despacho y se cerró de golpe. Una mujer de mediana edad pelirroja y con una mirada de furia en sus ojos verdes miró a Laura como si quisiera matarla. —¡Por fin te encuentro!

—¿Quién es esta mujer y cómo ha conseguido llegar hasta aquí?

Laura suspiró apoyándose en su escritorio. —Es mi madre. Mamá, iba a llamarte.

—¿Ibas a llamarme? —gritó a los cuatro vientos acercándose con tres grandes zancadas como si fuera a arrasar con todo—. ¡Igual las treinta llamadas que te he hecho, deberían haberte dado una pista de que quería hablar contigo de inmediato! —Miró a Arnold que estaba a su lado. —Y a ti... —Le señaló con el dedo. —¡A ti ya te diré lo que pienso de todo esto!

Arnold se sonrojó. —Señora Byerly...

—¡Señora Bedford, imbécil! Ni sabes cómo me llamo. ¡Antes de que te cases con mi niña, te despellejo vivo y cuelgo tu cuerpo moribundo ante Wall Street, capullo pichafloja!

Laura gimió al escucharla. —¿Ves, mamá? Por eso no te había llamado.

Su madre la miró fijamente. —¿Estás embarazada de este desastre?

Hizo una mueca. —Algo.

—Algo, ¿eh? —Dio un paso amenazante hacia Arnold y él dio un paso hacia atrás mirando de reojo a Carter que retenía la risa.

—Mamá, deja de montar el numerito, ¿quieres? Soy mayorcita.

—¡Mayorcita o no eres mi hija! ¡Tu padre está de los nervios!

—Padrastro —aclaró a los demás.

—¡Te crió desde los cinco años! —Ofendida se cruzó de brazos. —  
No te vas a casar con él.

—Mire señora... —dijo Arnold ofendido—, soy un candidato de primera.

Laura gimió interiormente viendo a Amanda Bedford sonreír. Ahora venía lo bueno.

—¿Candidato de primera? ¡Ja! ¿La has visto, imbécil? ¡Es inteligente, hermosa, buena persona y mil cosas más que la hacen la candidata ideal de cualquiera!

—Exagera.

—¡No le llesves la contraria a tu madre!

—Tienes el carácter de la abuela.

—¡A mucha honra!

Todos la miraron con los ojos como platos y Arnold carraspeó. —Por supuesto que es perfecta para cualquiera. Para cualquiera que quiera casarse...

—Y ha llegado hasta aquí por ella misma —dijo su madre orgullosa—. ¿Crees que voy a dejar que tú, playboy de pacotilla, destroces la vida a mi niña, que es lo que más quiero en el mundo? ¡Antes contrato a cuatro matones para que te quiten del medio y me paso el resto de la vida en la cárcel!

—Mamá, no me voy a casar con él. —Amanda la miró sorprendida. —Es una estrategia de defensa.

—¡Laura! Eso no puedes decírselo —protestó Carter.

—No dirá nada.

Amanda se volvió hacia su socio. —¿Tú la has metido en esto?

—¡Oiga señora, que se metió sola! ¡Está enamorada de él!

—¡Carter! —protestaron Ana y Laura a la vez.

Arnold sonrió. —¿Ve, señora? Algo tendré para que me quiera.

—¡Sí, mucha cara, eso es lo que tienes! Bastante tendré con que seas el padre de mi nieto. ¡Y se llamará Marcus!

—¡Por encima de mi cadáver! —protestó Arnold sorprendiéndola porque nadie le rechistaba a su madre.

—No me provoques que lo estoy deseando.

—¡Mamá! ¡Ya está bien! ¡Las cosas están así! Seguiremos con esta pantomima hasta que saque a Arnold de este turbio asunto y después adiós. Es simple.

—No tan simple, nena. Pero ya hablaremos de eso.

Exasperada cogió su bolso y al volverse se mareó trastrabillando hacia un lado. Arnold la sujetó antes de que cayera. —¿Laura? —Preocupado la sentó en una de las sillas.

—Estoy bien. Me he girado muy rápido.

Amanda le apartó para agacharse ante ella y Arnold gruñó. —¿Has comido algo, mi niña?

—Mamá, estoy bien. —Miró a Ana pidiendo ayuda, pero su amiga se encogió de hombros impotente.

—Nena, ¿has comido?

—¡Eso ya lo he preguntado yo!

—¡Esta mujer me exaspera, Laura!

Amanda jadeó indignada levantándose y los dos empezaron a discutir como si se conocieran de toda la vida. Estupendo. Laura se levantó y cuando llegó a la puerta susurró a Ana —Llamar a seguridad o no se irá.

Su amiga soltó una risita viéndola salir y ella corrió hacia el ascensor.

—Perdonar... —dijo Carter en voz alta—. Mis suegros tampoco me soportaban y ahora lo llevamos mucho mejor. El padre de Ana ya no me amenaza con despellejarme.

—¡Laura! —escuchó que la llamaba Arnold mientras se cerraban las puertas del ascensor.

## Capítulo 8

Estaba esperando que el portero le buscara un taxi cuando alguien la cogió del brazo sacándola del bufete. Gimió al ver a Arnold. —Sonríe, nena. Voy a llevarte a casa.

Bueno, eso que se ahorra. Entró en su coche evitando los micrófonos y suspiró dejando el bolso a un lado mientras él se sentaba frente a ella. —Estás agotada.

—No sé por qué será...

—Esto no ha sido buena idea.

—Si lo dices por mi madre, no te preocupes. No tendrás que verla más.

—¡No lo digo por tu madre! Lo digo porque estás embarazada y no tienes la responsabilidad de sacarme a mí de mis problemas.

Le miró con los ojos como platos. —Soy tu abogada. Me pagas para eso —dijo como si fuera lento. Él gruñó haciéndola reír sin poder evitarlo—. Reconócelo. Conocer a una posible suegra, aunque sea de mentira, te los ha puesto por corbata.

Sonrió de esa manera que la volvía loca. —Es pelirroja.

—Sí.

—¿Crees que tendremos una niña pelirroja?

—¿Con ese carácter? No, gracias.

—Pues a mí no me importaría.

Ella perdió la sonrisa de repente y Arnold juró por lo bajo. —No lo decía por Olivia, nena.

—Lo sé.

—Joder, nunca hago nada bien —dijo frustrado.

—Claro que sí. Haces millones de cosas bien. Y eres sincero. Somos nosotras las que te complicamos la vida.

La miró sorprendido. —¡Gracias!

—Eso no implica que no crea que eres un cabrón insensible, ¿sabes?

Arnold hizo una mueca. —No se puede ser perfecto.

Laura sonrió. Se miraron a los ojos y Laura vio el deseo en sus ojos.  
—Ni hablar.

—Nena, llevo unos días algo estresantes. ¿No te apetece? Desde el otro día estoy en dique seco.

—Y lo que te queda, porque no te quiero ver cerca de una mujer hasta que esto se solucione.

—No soy estúpido.

—Estupendo.

—Pero eso no significa que tú y yo...

No se podía creer que se lo estuviera pensando. —Dime una cosa, Arnold.

—Pregunta.

—Después de que me dieran el ascenso y lo dejáramos, ¿con cuántas mujeres te has acostado?

—¿Aparte de ti?

—Aparte de mí el otro día.

—Durante esos dos meses estuve muy ocupado.

—Sí, ya lo vi en la prensa.

—No te creas todo lo que ves en la prensa, nena.

—¿Cuántas?

La miró a los ojos. —Ninguna.

La decepción la embargó. —Mientes.

—¡Que haya salido con mujeres, no significa que me haya acostado con ellas! ¡Y si tengo lo mejor, no me voy a conformar con algo de segunda!

A Laura se le cortó el aliento. —¿De qué coño estás hablando?

Él se acercó a ella haciendo que pegara la espalda al respaldo del asiento inclinando el cuello hacia atrás y le dijo suavemente —Pensaba hacerte volver.

—¡Pues tardaste dos meses!

—¿Y arrastrarme? ¡Lo llevas claro, guapa! ¡Solo quería sexo!

—Serás gilipoll... —Él la besó como si la necesitara y sujetó su cara entre sus manos devorando sus labios antes de tomar posesión de su boca

profundamente. Arnold se apartó lentamente y susurró —Desde esa mujer no ha habido otra que tú. Te lo juro.

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas. —¿Qué estás haciendo?

—Nena, sé que no entiendes nada, pero solo quiero estar a tu lado.

—Sexo, quieres sexo.

—¡Pues ya que lo dices sí! ¡Y no llores! ¡Me pone de los nervios que llores!

—¡Pues te fastidias!

Se miraron a los ojos y él acarició su mejilla limpiándole la lágrima con el pulgar. —¿Todavía me quieres?

—Cada día menos.

Él sonrió y la besó suavemente en los labios. —No puedo decir que no me lo haya ganado a pulso. Vamos, ya hemos llegado.

Ella apartó las lágrimas al ver que había prensa ante su casa. —No puedo salir así.

—Troy a mi casa. Entraremos por el garaje.

—Sí, señor Weixler.

Ella suspiró cerrando los ojos y él se sentó a su lado abrazándola por los hombros para pegarla a su cuerpo. —Te darás un baño relajante, cenarás y te irás a la cama.

—Uhhh. Suena muy bien. ¿Harás tú la cena?

—Muy graciosa. Tengo un servicio muy eficiente.

—Me debes un masaje.

—Nena, si te doy un masaje no vas a dormir mucho.

—Sí, tienes razón. Y necesito dormir para acabar con esa zorra.

La besó en la coronilla. —Olvídala. Que se encargue Carter.

Levantó la vista para mirarle. —¡Ni hablar!

Él suspiró y Laura entrecerró los ojos. —¿Me ocultas algo?

—¿Qué te voy a ocultar?

Un presentimiento la recorrió de arriba abajo cuando desvió la vista. —¿Arnold?

—Hablares de eso mañana, ¿quieres?

—¡No! ¡Hablares ahora!

—Me llamó.

—¿Cuándo?

—Al día siguiente.

Se separó de él mirándole como si no le conociera. —¿Para qué?

—Me pidió dinero. Dos millones por olvidarlo todo.

Le miró incrédula. —¿Qué? ¿Sabías que te había denunciado?

—Sí.

Laura palideció. —Tú detuviste la investigación, ¿verdad?

—No había pruebas. Tú misma has visto el informe médico. No hizo falta. El jefe de policía no quiso meterse en problemas con una acusación que obviamente era falsa.

—Dios mío. Me has mentado desde que empezó todo esto —susurró mirándole como si no le conociera.

—Carter me dijo que no te dijera nada.

—¿Llamaste a Carter en su luna de miel y él lo sabía desde el principio?

—Joder, nena. No me mires así —dijo angustiada—. Necesito que me creas.

—¿Qué hiciste?

—¡Pues no pagar y por eso estoy en este lío!

Suspiró del alivio. Si hubiera pagado Olivia lo utilizaría como un soborno y ya no habría nada que hacer. —Júrame que no le pagaste.

—¡No le pagaría ni muerto! ¡Es una zorra calculadora que solo quiere sacar tajada!

Laura se pasó la mano por los labios pensando en ello. Era increíble que una mujer de carrera como ella, arriesgara su reputación pleiteando con alguien como Arnold Weixler, que tenía todo el dinero del mundo para luchar en los tribunales. Tenía que estar muy segura de sí misma. Las dudas se reflejaron en sus ojos azules y Arnold apretó los labios.

—Me has utilizado, ¿verdad?

—Laura... —Intentó tocarla y ella se alejó todo lo que pudo.

—¡Me has utilizado! —gritó desgarrada—. ¡Carter se hizo el tonto desde el principio y te dijo lo del embarazo! ¡Por eso no te sorprendiste demasiado cuando te lo conté!

—Cuando salí el otro día de tu casa, le llamé porque no entendía nada y él me lo explicó. ¡Pensaba ir a verte cuando estalló toda esta mierda!

—Y Carter te dijo que te hicieras el tonto. Que yo colaboraría como la prometida que sacaba a su novio de ese embrollo como su abogada porque estoy enamorada de ti, ¿verdad? —Arnold desvió la mirada. —¡Por eso no protestaste demasiado con lo del compromiso ni lo del bebé! ¡Porque te venía de perlas para sacarte del apuro!

—No fue así. Cuando llamé a Carter, dijo que lo mejor era que supieras lo justo para no disgustarte más.

—Vuelves a mentir —dijo con desprecio—. No me puedo creer haber sido tan estúpida. Pero no se preocupe, señor Weixler. ¡Ahora también es mi reputación la que está en juego al estar unida a la tuya y no pienso dejar que me hundas contigo!

El coche se detuvo en el garaje y ella salió fuera de sí dando un portazo. Arnold gimió desde el interior, pero ella siguió hasta el ascensor con ganas de matar a alguien. —¿Vienes o no? ¡No sé la clave de acceso!

Troy abrió la puerta de Arnold y se agachó al verle tirado en el suelo del coche. —Señor, ¿se encuentra bien?

—¡Joder!

Troy hizo una mueca y ella frunció el ceño mirando las suelas de los zapatos de Arnold. —¿Qué haces? ¡Date prisa, tengo que ir al baño!

—Señorita, creo que tengo que llevármelo al hospital.

Sintió un vuelco al corazón y corrió hacia el coche. —¿Qué tienes? ¿Es un infarto?

Se agachó para mirar al interior y vio la cara de Arnold llena de sangre que intentaba contener con la mano. Gritó horrorizada —¿Qué te ha pasado?

—¡Que me has roto la nariz!

—¿Yo?

Asustada abrió su bolso sacando los pañuelos de papel y se subió al coche. —Al hospital, Troy.

—Lo que yo decía.

—Cielo, siéntate en el asiento —dijo tirando de su brazo para que se sentara a su lado. Cuando lo hizo, con cuidado le limpió la nariz y él gimió de dolor—. Lo siento. No me di cuenta al cerrar la puerta. ¿Te duele?

—¿Tú qué crees? —Cogió los pañuelos de su mano y se los puso bajo la nariz mirándola con furia.

Ella sonrió. —Fíjate, se me ha pasado el cabreo.

—Felicidades. —Le soltó con ironía.

—Vale, te perdono.

Él abrió los ojos como platos. —¡Yo a ti no!

—Mentiroso. Lo mío fue sin querer, tienes que perdonarme.

—¡Me has roto la nariz! ¡No es comparable!

—¡No, no es comparable que tu novio se acueste con otra, vaya a tener un hijo con ella y lo sepa todo el mundo! —le gritó a la cara.

—¡No somos novios!

—¡De puertas para fuera sí!

—¡No me hables de puertas! —Él cerró los ojos. —Joder, me estoy mareando.

—¡No te desmayes! —gritó histérica cogiéndolo por las mejillas para que la mirara.

—Es imposible desmayarse cuando casi me dejas sordo. —Se miraron a los ojos. —No quería hacerte daño.

—Yo a ti tampoco.

—Se me pusieron por corbata cuando Carter me dijo lo del bebé.

Ella sonrió. —Siento haberme perdido tu cara.

—Y yo siento que te la perdieras. Pero de todas maneras no pensabas decírmelo.

Gruñó tendiéndole más pañuelos. —Bien, vamos a relajarnos y a mantenernos en silencio hasta llegar al hospital antes de que vuelva a gritarte de nuevo.

—¿Todavía me quieres?

—Cada vez menos.

—Algo es algo. —Él alargó una mano y acarició uno de sus rizos entre sus dedos. —Espero que no dejes de quererme nunca.

—Arnold, eso es egoísta.

—¡Pues soy egoísta! ¿No lo sabías ya? No sé de qué te sorprendes.

Atónita le vio abrir la puerta. Ni se había dado cuenta de que se habían detenido. ¿Quería que le quisiera? ¿Y ese cambio de opinión? Sonriendo como una tonta le siguió y cuando se acercó a un médico de unos sesenta años ella se puso a su lado. El médico apartó los pañuelos haciendo una mueca. —Está rota.

—Ha sido sin querer.

El médico la miró sorprendido. —¿Ha sido usted?

—Cerré la puerta de golpe y...

—Nena...

—Iba detrás.

El doctor reprimió una sonrisa. —Vengan conmigo.

—¿No deberíamos llamar a un cirujano plástico? Me gusta su nariz.

—Creo que le gusta algo más que su nariz.

—Pues sí. Pero su nariz me gusta especialmente.

—No se notará.

—Así que te gusta algo más de mí —dijo él sentándose donde le indicaba el médico sobre la camilla.

—Claro que sí, mi amor —respondió distraída. Desconfiando miró al médico—. Está seguro de lo que hace, ¿verdad? Le quiero como antes.

—Cuando un hueso se rompe, no queda como antes. Pero no se notará.

—Quiero al mejor cirujano plástico de la ciudad aquí de inmediato —dijo interponiéndose entre Arnold y el doctor. Miró la plaquita de su bata—. Mire, doctor Smithson. No es que desconfíe de usted, pero quiero a mi Arnold tal y como lo tenía hace media hora, ¿entiende? Así que tráigame al mejor. Al que todos le piden consejo y que opera a Cher. Quiero a ese. ¿Entiende?

—Muy bien. —Divertido se alejó.

—Nena, da igual.

—¡No, no da igual! ¡Si puedes tener el mejor tratamiento, no da igual! —Sacó su teléfono de inmediato. —Déjame esto a mí.

Media hora después el mejor equipo de cirugía plástica del hospital estaba enderezando la nariz a Arnold en quirófano bajo las órdenes del mejor cirujano de la ciudad mientras ella esperaba fuera muy nerviosa. Carter llegó con Ana mirándole furioso. —¿Le has roto la nariz? Era lo que nos faltaba.

—¡Mira, no me fastidies que todo esto es culpa tuya!

—¿Mía?

—¡Si no me hubierais mentido desde el principio, chivato de mierda...!

—¡Laura!

Miró a su amiga. —¡Se lo dijo! ¡Le dijo lo del bebé! ¡Y me ocultaron cosas vitales para el caso! ¡Como que esa zorra chantajeó a Carter después de denunciarle a la policía!

Ana miró atónita a su marido. —¡Carter!

—Lo hice por el bien de mi cliente y amigo. ¡Mejor amigo!

Laura se levantó furiosa. —¡Yo soy el abogado principal! —Le miró fijamente a los ojos. —Dime que mi relación con Arnold no tuvo nada que ver para hacerme socia.

—¡No! Jamás pondría en juego al bufete con una decisión así. Te he hecho socia porque has demostrado que vales. Y todo lo que he hecho ha sido por el bien de los dos y por salvarle el culo a Arnold. ¡Y ahora vete pensando qué le vas a decir a la prensa de esto porque su nariz va a llenar páginas y páginas de periódicos!

—Le di con la puerta del coche al salir. —Ana la miró con los ojos como platos. —¡Fue sin querer!

—¿Lo vio alguien?

—Estábamos en el garaje de su piso de Madison.

—Controlaremos los daños diciendo que resbaló al salir del coche cuando te llevaba a casa. ¡A partir de ahora no te separarás de él como la novia entregada que queremos mostrar!

En ese momento salió el equipo médico empujando la camilla de Arnold, que estaba medio drogado con un apósito enorme en la nariz. — Joder —dijo Carter en cuanto lo vio.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó ella preocupada.

—Todo ha ido muy bien. En unas semanas estará como nuevo.

—Quedará bien, ¿no?

El doctor reprimió la risa. —Como antes. Solo he reparado la rotura.

—Eso espero.

—¡Laura! —La reprendió Ana sonriendo. —Está algo preocupada.

—No hay problema.

—Por cierto, doctor... ¿Qué opina de mis patas de gallo?

Carter la miró con horror. —¡Estás perfecta y no necesitas sus servicios!

Ana sonrió radiante abrazándole por la cintura. —¿A que es para comérselo?

—Sí, con patatas —respondió Laura mirándolo con inquina. Se volvió hacia su supuesto prometido y le acarició la frente—. Cariño ¿cómo estás?

—An..a a caare.

—¿Qué? —Miró al médico asustada. —¿Me lo ha dejado tonto?

El médico reprimió la risa. —Está algo dormido todavía. Y el apósito le hace algo gangoso, pero mañana hablará casi normalmente. Casi. Les veré en la consulta en una semana.

—Gracias —respondió distraída siguiendo la camilla.

—Vamos a llevarle a una habitación hasta que esté más espabilado —dijo una enfermera—. Serán un par de horas hasta que pueda irse a casa. Si quieren ir a cenar algo...

—Les seguimos. —Laura no pensaba separarse de él.

—Pediré algo para cenar en la habitación mientras tanto —dijo Ana divertida.

—Podéis iros a casa. Yo me quedo con él.

—Ni hablar. Tienes que contarme todo lo que te ha ocultado. Estos se van a enterar cuando pase la tormenta.

—Mi amor, lo hice por el bien de todos.

—¡Ocultádomelo!

—¡Es mi cliente! ¡No puedo contarle a mi mujer las cosas de los clientes! No es profesional.

—¡Cuando te conviene es tu amigo y cuando te conviene es tu cliente! —replicó Laura. Le señaló con el dedo—. Es mi prometido, mi cliente y el padre de mi hijo. Vuelve a ocultarme algo y te despellejo vivo.

—Te pareces más a tu madre de lo que piensas.

Jadeó ofendida y sus amigos se rieron entrando en la habitación. Media hora después estaba sentada a su lado comiendo una hamburguesa con patatas mientras sus amigos hacían lo mismo sentados en una mesa al lado de la ventana. Él gruñó desde la cama y ella le puso una patata frita sobre la boca. —¿Quieres?

—¿Tú qué crees?

Hablaba como si tuviera una gripe de primera y ella sonrió. —¡Ya hablas mejor!

Él separó los labios metiéndose la patata en la boca y masticando lentamente. Cuando tragó la miró de reojo. —Nena, dame un mordisco de tu

hamburguesa.

—Incorpóralo, no vaya a ser que lo atragantes y hayamos cerrado el caso.

—Qué amigo más gracioso tengo.

—Sí, para partirse —añadió ella irónica.

—¿Eso es un móvil? —preguntó Ana apartándose su cabello negro tras la oreja.

—¿Es el mío?

—Ana, es tu teléfono —dijo Carter divertido.

Su amiga corrió hacia su bolso y al mirar la pantalla miró a su marido de reojo antes de responder —¿Hola? —Fue hasta la ventana dándoles la espalda. —Sí, me alegro mucho de oírte. ¿Cómo estás?

Carter la miró con desconfianza. —¿Quién es?

Ana no le hizo ni caso diciendo al teléfono —Sí, es un poco estresante para ella en estas circunstancias. Ya sé que te cae muy bien. —Se volvió para mirar a Laura sobre su hombro y esta le dio el paquete de patatas a Arnold, que ya sentado no se perdía detalle de la conversación. Se acercó a su amiga porque era obvio que hablaba de ella. —Lo está pasando algo mal, pero es muy fuerte. Y apoya a su prometido en todo.

Laura entrecerró los ojos acercándose más y vocalizando —¿Quién es?

—Frank.

Al escuchar el nombre del quarterback de los Jets y antiguo pretendiente de Ana se sorprendió, porque desde que su amiga lo había dejado, no habían sabido más de él en el terreno personal. Y era lógico, porque le habían dado calabazas. Le pareció raro que llamara ahora, aunque era muy detallista.

Ana abrió los ojos como platos. —¿No me digas? Mejor lo hablas con ella. Está aquí mismo. —Le pasó el teléfono y susurró —Es importante.

En cuanto cogió el teléfono Carter preguntó —¿Qué quería el musculitos? ¿Acaso no sabe que te has casado conmigo y vuelve a la carga?

—Shusss...

—¿Diga? —dijo Laura al teléfono advirtiéndole que se callara.

Una risa al otro lado la hizo sonreír. —Dile a ese abogaducho que he aceptado mi derrota. ¿Cómo estás, Laura?

—Te lo puedes imaginar. ¿Y tú?

—Voy tirando.

—Estás haciendo una temporada increíble.

—Te pasaré entradas.

—Eso sería genial.

—Sobre esa mujer que le está jodiendo la vida a tu novio... la conozco.

Laura perdió la sonrisa. —¿Cómo que la conoces?

Todos se tensaron mirándola y Arnold apartó las sábanas sacando las piernas de la cama.

—Tuvo algo con uno del equipo. El año pasado.

—Si me has llamado para contármelo es porque es importante. ¿Qué hizo?

—Le sacó quinientos mil amenazando con demandarle. Pero mi amigo estaba borracho y temió por su carrera.

—¿Con una acusación de violación? ¿Le amenazó con eso?

—Exacto. Barry estaba tan borracho que hasta temió que fuera cierto. No ha sido él mismo desde eso, te lo aseguro. Ahora no toma una gota de alcohol.

—¿Firmaron un acuerdo de confidencialidad?

—¡Qué va! Esa tía vino por el sobre y se largó.

—¿Sin garantías para tu amigo?

—No se lo contó a nadie. Y no se lo va a contar a nadie, ¿entiendes? Solo te lo digo para que sepas el tipo de mujer que es.

—¡Pero le necesitamos! —Frustrada se pasó la mano por su cabello. —Dile que quiero hablar con él.

—No quiere. Ya lo he hablado con él y no va a exponerse ante la opinión pública con una historia así. Tienes que entenderlo.

Suspiró decepcionada. —Lo entiendo. ¿Puedes darme algo más? ¿Algo de lo que tirar?

—Se la veía muy suelta. No sé si me entiendes.

—Crees que lo ha hecho en otras ocasiones.

—Yo estaba presente cuando le entregó el sobre, porque mi amigo no quería ir solo y tenías que ver cómo sonreía metiéndose el sobre en su bolso de marca diciendo que había sido un placer. No tenía miedo en absoluto.

Estaba muy confiada en que no le pasaría nada. Te aseguro que me puso los pelos de punta lo fría y calculadora que era.

—Gracias. Si recuerdas algo más, por favor llámame.

—Lo haré. Cuídate.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla varios segundos. Arnold se levantó acercándose a ella. —Nena, ¿qué pasa?

Le miró con lágrimas en los ojos. —Lo ha hecho antes.

—¿Tienes el nombre? —preguntó Carter impaciente.

—Espera, Carter. —Arnold la cogió de las manos y la llevó hasta la cama sentándola. —¿Por qué lloras?

—¡Esa zorra! ¡Lo ha hecho antes! ¡Le sacó quinientos mil a ese tal Barry! ¡Y seguimos sin tener nada!

—No, nada no —dijo Carter sonriendo—. Solo tenemos que escarbar más en sus finanzas.

—¡Es bróker! ¡Crees que no sabe dónde esconder su dinero! ¡No encontraremos nada!

Arnold se sentó a su lado y la abrazó por los hombros. —No te preocupes. La prueba de paternidad...

—¿Crees que se va a enfrentar a todo esto si no estuviera segura de que es tuyo? ¡Es su seguro!

—Cuéntanos todo lo que te ha dicho Frank —dijo Ana intentando calmar los ánimos—. A ver si los tres podemos entrever algo más.

Relató todo lo que le había contado su amigo y los tres la escucharon atentamente.

—Así que la vio muy suelta al recoger la pasta —dijo Carter—. Está claro que lo ha hecho antes.

—Ese pagó y ya no hubo embarazo —comentó Arnold pensativo.

—Eso si pudo hacerlo, porque estaba muy borracho según Frank —dijo Ana sentándose apartando la cena. Todos habían perdido el apetito.

—La víctima perfecta —susurró Laura mirándose las manos. Arnold cogió su mano separándolas para que no las apretara compulsivamente y le acarició el dorso con el pulgar.

—Estamos muy cansados para esto —dijo Ana levantándose—. Tú vístete para que no tenga que verte el trasero de nuevo y vámonos a casa. Mañana será otro día.

—De todas maneras revisaremos su actividad financiera de nuevo. Puede que encontremos algo porque se haya confiado. —Su marido la cogió de la mano. —Os vemos mañana.

—Hasta mañana. Gracias por venir —dijo Arnold, porque Laura no dejaba de darle vueltas al asunto una y otra vez. Solo le quedaba la opción de que el juez ordenara la prueba de paternidad cuanto antes. Algo que veía muy difícil porque ahora Olivia se había convertido en la víctima con sus declaraciones y el juez querría ir con pies de plomo. Arnold la miraba de reojo vistiéndose. Se estaba abrochando la camisa manchada de sangre—. Nena, déjalo ya. Tienes que desconectar. —Cogió la chaqueta y se acercó a ella poniéndosela. —Vamos a casa. Necesitamos dormir.

—Sí. —Se levantó dándole la mano y salieron de la habitación en silencio. Después de recoger la documentación y la medicación, iban a salir por la puerta del hospital cuando ella se detuvo en seco. —¡La medicación!

—¿Qué?

Los ojos de Laura brillaron. —Se suponía que la habían violado, ¿no? —Él asintió. —¿Y no necesita tratamiento psicológico después? ¿Nada de Valium o Prozac ni esas cosas?

—No te sigo.

—¿No sería lo lógico después de un trauma así?

—Sí.

—¿Pero no le recetaron nada de eso!

—¿Por qué?

—Eso es lo que tengo que averiguar.

La miró como si se le hubiera soltado un tornillo y la abrazó por los hombros dándole un beso en la sien. —Vamos a la cama, que necesitas dormir al menos doce horas.

—¿Tú crees?

—No te vendrá nada mal después de tanto sobresalto.

Troy abrió la puerta de atrás y se subieron a la limusina. Apoyada en su pecho miraba las luces de la ciudad por la ventanilla. —¿Te duele?

—De momento no. Aunque es algo molesto.

—Lo siento.

—Lo sé. Y yo siento todo lo demás.

—Lo sé.



## Capítulo 9

Ni protestó cuando Arnold la hizo dormir en su cama. La desnudó como si fuera una niña, le puso una camiseta y la arropó antes de ir a ducharse. Cuando volvió ya estaba totalmente dormida.

En cuanto abrió los ojos, saltó de la cama sobresaltando a Arnold y corrió hacia su móvil. Él puso los ojos en blanco escuchándola hablar con Daisy sobre el tema de la medicación. —Vale. Espero tu llamada. —Colgó sonriendo de oreja a oreja y él gruñó dejando caer la cabeza sobre la almohada. Preocupada se acercó. —¿Te duele?

La cogió por la muñeca tumbándola a su lado. —Duérmete.

—Son las nueve. ¿No vas a trabajar? —Le miró la mejilla que estaba hinchada y amoratada. —Vaya, eso no tiene buena pinta.

—Entonces está como lo siento. —Laura le besó suavemente en la mejilla. —Eso está mejor.

—¿De verdad? —Le besó otra vez y otra acercándose a su boca. Con cuidado besó sus labios. —¿Mejor así?

—Me muero por besarte.

—No puedes. —Se apartó haciéndole reír y gimió. —¡No te rías!

—Será mejor que me levante para no tener tentaciones.

—¿Ahora soy una tentación? —Maliciosa le tocó el pecho desnudo bajando hasta la sábana que cubría su pelvis. Al levantarla vio el pantalón del pijama de seda negra. —¿Qué es eso?

—Un pijama.

—Ah, ¿pero no duermes desnudo?

—Ja, ja. Tengo servicio, ¿sabes?

—¿Eso significa que no podemos ir en pelotas por la casa?

La cogió por la cintura haciéndola reír y tumbándola en la cama se colocó encima. —Exacto. Significa eso mismo.

—Vaya, es una pena. Me gusta ver ese culito tan mono.

—¿No me digas? —Intentó besarla y ella se echó a reír al ver que tenía que girar la cabeza un montón para rozarlos. —Nena, colabora un poco.

En ese momento sonó el teléfono y ella lo levantó casi golpeando su cara. —¡Laura!

—Lo siento. —Descolgó y se lo puso al oído. —¿Si? —Miró sus ojos mientras Daisy le hablaba muy excitada y su mirada brilló haciendo sonreír a Arnold que se levantó de inmediato.

—De acuerdo. Te veo en el despacho en una hora. Me llevo a Arnold, prepara todo y llama a Carter. Quiero que escuche esto.

Chilló colgando y poniéndose en pie sobre la cama empezó a saltar de la alegría. Arnold sonrió desde el vestidor saliendo para apoyarse en el marco de la puerta y observarla. —Estás contenta.

—¡La tengo! ¡Daisy me ha dicho que ya la tenemos! ¡Y la voy a destrozar!

—Eso mismo dijiste ayer.

—Esta vez es de veras. —Se detuvo en seco. —¿No confías en mí?

—Nena, no hay nadie en quien confíe más. —Se metió en el vestidor, pero ella se había quedado de piedra mirándole. Quería que le quisiera y ahora le decía que confiaba en ella. Le daba igual lo del bebé y decía que si algún día tuviera una relación sería con ella. ¡La quería!

Bajó de la cama intrigada y se acercó al vestidor. —Cielo...

—¿Dime?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Es sobre tu pasado amoroso.

—Después de esto no estoy como para negarme, ¿no crees?

—¿Has tenido alguna vez pareja?

—¿A qué te refieres?

—A novia.

—Claro.

—¿De cuánto tiempo? —Él se hizo el loco eligiendo una corbata. —  
¿Arnold?

—No las soporto mucho tiempo.

—¿Y cuánto tiempo es eso?

Suspiró volviéndose. —Siete meses en la universidad.

—¿Me estás diciendo que la relación más larga que has tenido ha sido de siete meses en la universidad?

—Sí, no tener novia era más divertido.

Hay madre. Le observó vestirse. —¿Y por qué la dejaste?

—Porque no la quería y me agobiaba mucho.

—Te agobiaba.

—Exacto. ¿A ti nunca te ha pasado? Mejor no contestes a esa pregunta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? No sé, no me gusta que me hables de otros hombres.

—Nunca te he hablado de otros hombres.

—¡Pues no me gusta! ¿Te quieres vestir? Aun tienes que desayunar y...

Ella se acercó y le abrazó por la cintura besándole en la espalda. Estaba encantada porque parecía que con ella no se agobiaba, aunque era cierto que tampoco podía exigirle nada porque solo eran amantes. Pero aun así estaba encantada porque él quisiera volver a su extraña relación. Eso era que estaba a gusto a su lado. —Hoy te quiero un poco más. Lo siento.

Él sonrió. —Te perdono.

Esas palabras le supieron a gloria.

Cuando llegaron al bufete después de pasar por su casa para que se cambiara, pasaron entre los periodistas que alucinaron con la cara de Arnold.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Le han atacado?

Ella sonrió apretando su mano. —Se cayó al salir del coche. Está claro que está gafado.

Los chicos se echaron a reír y ellos continuaron —¿Qué opina de las declaraciones de la señorita Vitello?

Se volvió sonriendo. —Ya nos encontraremos ante el juez. Y espero que pueda demostrar lo que dice, porque pienso dedicar mi vida laboral a demandarla por calumnias. Ese papel de víctima que se ha buscado, le queda muy grande. Buenos días, caballeros.

Atravesaban el hall y Arnold la cogió por la cintura. —Nena, estás tensando un poco la cuerda, ¿no crees?

—Cariño, la cuerda se ha roto hace días. Vamos a ver qué ha conseguido Daisy.

Cuando llegaron arriba, había una revolución en su despacho. Ariel, Daisy y dos tipos que no le sonaban de nada estaban rodeados de documentación.

Asombrada entró en su despacho. —¿Qué está pasando aquí?

Los tipos que iban de traje la miraron. —Señorita Byerly, somos el agente Dorsey... —Señaló al hombre de color que estaba a su lado. —Y él es mi compañero, el agente Stanton.

—¿Agentes? ¿Del FBI?

—Laura, están investigando a Olivia por fraude fiscal. Carter pidió ayer que rascáramos un poco en eso y un amigo mío trabaja en el FBI. Le llamé por si sabía algo de ella y... ¡sorpresa! Al parecer desvía fondos para ciertos clientes a cambio de comisiones.

Ella entrecerró los ojos y se cruzó de brazos mientras Arnold se presentaba. —¿Y eso de qué nos sirve a nosotros en nuestro caso, si puede saberse?

El agente Stanton sonrió dejando un expediente sobre su mesa. —Le servirá para ensuciar esa imagen que tiene. Aunque creo que su secretaria tiene algo que contarle.

—Nena, todo suma.

—¡No quiero que esa investigación paralice nuestro caso!

Stanton asintió. —No hay problema. Tenemos seis días para sacar toda su mierda antes de la vista para ver si se desestima la demanda por paternidad y con los datos que nos han dado, podemos presionarla más adelante para que cante quiénes son sus clientes, que son realmente a los que buscamos.

—Quiero que se comprometan de que hasta la vista, lo más importante es desenmascararla y encontrar pruebas de que es una extorsionadora.

—Tenemos vía libre. —Stanton miró a su compañero que asintió. —Estamos de su lado.

—Daisy, ¿qué tienes?

Su secretaria sonrió y alargó una mano para que Ariel le diera una carpeta que estaba revisando. —Cuando me llamaste esta mañana y me

contaste lo de las pastillas, llamé de inmediato al Lenox para hablar con el médico que la atendió esa noche. Como el caso es tan mediático, supo enseguida de qué le hablaba. Ni pidió verme para comprobar que yo era parte de la defensa —dijo asombrada—. Me lo contó todo. Al parecer, y esto no se encuentra en el informe porque fue una impresión del médico, la fría actitud de la supuesta víctima le llamó la atención.

—A los policías también, por eso no creyeron su historia.

—El doctor... —Miró el expediente. — El doctor Newman tampoco la creyó. Pero aun así le dijo que debía hablar con un psiquiatra y le iba a recetar unos Valium, cuando ella le dijo que ya tenía terapeuta y que tenía esas pastillas en casa. Que no las necesitaba. —Sonrió encantada. —¡Y recordaba el nombre!

—Así que tiene un psiquiatra. ¿De qué nos sirve a nosotros esa información?

—El doctor Dominick es un reputado psiquiatra, por eso recordaba el nombre Newman.

—No te sigo.

—He llamado a su consulta y en cuanto dije para quién trabajaba, contestó que no quería saber nada del asunto.

—¡Me dijiste que tenías a otra víctima de esa zorra! —Ariel levantó una ceja y Laura se llevó la mano al pecho. —¿Es coña? ¿Se lo hizo a su psiquiatra?

—Le amenazó con denunciarle y que le quitarían la licencia. Pagó cien mil. Eso fue hace cuatro años. ¡La tía le hace eso y encima dice su nombre por ahí como si tal cosa!

—Al parecer ha ido subiendo la prima —dijo irónica—. ¿Ese hombre declarará en la vista?

—Ahí está el problema. Él lo haría encantado, pero existe un pequeño conflicto de intereses.

—Era su psiquiatra. Necesitamos a alguien especializado en derecho sanitario que pueda eludir el secreto profesional.

—Llamaré a Martin —dijo Ariel saliendo del despacho.

—¿Y todo esto?

—Son las cifras que nuestro querido Leroy ha sacado de las cuentas de Olivia. Terminó a las cinco de la mañana y estamos en ello desde esa hora.

Cuando mencionaron al informático del bufete, que obviamente había hecho algo ilegal, miró a los agentes que leían los expedientes. —Señores...

—Nosotros no hemos visto nada. Solo estamos aquí para interesarnos por el caso del señor Weixler.

Suspiró del alivio y miró a Arnold, que cruzado de brazos parecía de lo más satisfecho. —Ya la tienes, nena.

—Sí. Aunque puede que se me resbale entre los dedos si la ley se interpone...

Él se acercó y la besó en la frente. —No lo consentirías. Te veo luego. Tienes trabajo.

—Deberías tomarte el día libre.

—Tranquila. Te veo luego.

Asintió viéndole salir y cuando lo hizo, miró a su secretaria que sonreía encantada. —Te has ganado una buena prima.

—¿De verdad?

—Sí, y como no te saques la licencia en un año estás despedida.

—Ah, vaya.

—Así que ponte las pilas.

Daisy asintió apretando los labios, pero desvió la mirada y ella se acercó preguntando en voz baja —¿Qué ocurre?

—Nada.

—No me digas nada que me cabreo. ¿Por qué no te sacaste la licencia antes?

La miró asustada. —Tengo pánico escénico.

—¿Qué?

—¡No me gusta hablar en público!

—Oh.

—¡Sí, oh!

—Pediremos una cita a ese psiquiatra. A ver qué dice.

Los ojos de Daisy brillaron. —¿De verdad?

—No podemos desaprovechar tu talento. Ahora a trabajar.

A las seis, sola en su despacho porque Daisy se había ido a casa y los

agentes hacía horas que habían abandonado el despacho para ir a ver a sus familias, revisaba cifras intentando saber cómo desviaba sus fondos esa zorra, cuando Arnold apareció y puso los ojos en blanco al verla trabajando.

Ella le miró fijamente y al ver la fina tira que cubría su nariz se indignó. —¿Qué te has hecho, Weixler? ¿Dónde está tu apósito?

—He ido a ver al cirujano y le convencí de que en este momento no puedo parecer el asesino de la matanza de Texas. Solo tengo que tener cuidado.

Le observó exasperada viéndole sortear los expedientes apilados ante el escritorio. —¿Qué haces aquí todavía? ¿Has comido al menos? Mi hijo necesita alimentarse. ¿Has visto que soy grande?

Sonrió divertida. —No creo que pueda quejarse. Y será niña.

—Ya lo decidiremos después.

—Como si pudiéramos decidirlo nosotros. —Se levantó y rodeó el escritorio besándole en la mejilla. —¿Cómo ha ido el día?

—Las acciones se han recuperado. Pero tendré que trabajar mucho para cubrir las pérdidas de la caída.

—Lo siento.

—Es culpa mía. —La cogió por la cintura. —¿Quieres salir a cenar? —Gimió cerrando los ojos. —Carter me acaba de machacar porque no salgo con mi prometida para que nos vea todo el mundo.

—Cierto. ¿Tengo que cambiarme?

—Estás preciosa. —Se acercó para besarla, pero ella arqueó la espalda hacia atrás. Arnold sonrió. —No pasa nada.

—¡Sí, ya! ¡No te quiero con un bulto en la nariz porque no sepas controlarte!

La atrajo a él abrazándola y la besó profundamente haciendo que se olvidara de la nariz y de todo lo demás. Él se apartó y dijo con voz ronca — No hay cena.

—No. No la hay. Ya cenaremos algo después. En la cama.

La cogió de la mano y salieron del despacho a toda prisa. Al subir al ascensor él la miró malicioso abrazándola. —Ni se te ocurra. Ya me torturo bastante pensando en que nos vieron los de seguridad.

—Tengo el video en casa.

Jadeó antes de echarse a reír. —¿Y lo has visto?

—¿Que si lo he visto? Nena, estuviste tan bien que se ha convertido en mi película favorita.

Se miraron a los ojos y él acarició su trasero provocando que el placer la recorriera de arriba abajo. —¿No me digas?

—Si quieres lo vemos juntos.

Media hora después estaba en la cama y gimiendo se tapó la cara con las sábanas mientras Arnold se reía sentado a su lado. —Por Dios, apaga eso. ¡Qué vergüenza! ¡No voy a hacer el amor nunca más!

—Cielo, y eso es solo el principio. Ahí solo te besaba el cuello.

Apartó las sábanas para fulminarle con la mirada. —¡Me has cortado el rollo!

Arnold apagó la tele y tiró el mando sobre la alfombra antes de apartar la sábana lentamente. —¿No me digas? Y yo que pensaba darte ese masaje antes de la cena. —Acarició su pecho haciéndola arquearse de placer y él se agachó para meterse el pezón en la boca. —Joder, nena... Me vuelve loco como me respondes.

Entonces se abrió la puerta y él se apartó cubriéndola con la sábana. Medio mareada ni se dio cuenta. —¿Qué coño haces tú aquí? —El grito de Arnold la espabiló del todo y chilló al ver una mujer rubia en la puerta mirándola asombrada.

—Yo... —Miró a Arnold y sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Eres un cabrón, me dijiste que era mentira! —gritó antes de salir corriendo.

Paralizada vio como Arnold saltaba de la cama y corría fuera de la habitación. —¡Marion!

—Oh, Dios. —Se llevó las manos a la cara y se dijo que no iba a llorar. Apartó las sábanas furiosa y fue hasta su ropa. Estaba vistiéndose cuando escuchó los gritos de esa mujer en el salón. Ni se molestó en abrocharse el vestido, poniéndose la chaqueta encima antes de coger su bolso y los zapatos. —Estúpida, estúpida —se dijo a sí misma una y otra vez. Salió de la habitación y apoyó una mano en la pared para ponerse los tacones—. Maldito cerdo.

Pasó por el salón y por el rabillo del ojo vio que aquella mujer llorando a lágrima viva estaba sentada en el sofá mientras que él acucillado ante ella hablaba en voz baja. —¡Laura! ¿A dónde vas?

Ni le contestó yendo hasta el hall. Arnold corrió tras ella. —¡Laura! ¡No es lo que piensas, te lo juro!

Tensó la espalda enderezándola todo lo que pudo y se volvió mirándolo fríamente. —¿No es lo que pienso? ¿Te has acostado con esa mujer? ¡Está casada!

Apretó los labios. —¡Sí, pero fue antes de lo nuestro, te lo juro! ¡Y me dijo que se estaba separando!

—Ya. ¡Y te vas a cenar con ella y con su marido! —Irónica le miró poniendo la correa de su bolso en el hombro. —¡Y por eso está aquí montando un drama cuando todo Manhattan sabe que estamos comprometidos! ¿Te crees que soy estúpida? —Abrió la puerta. —No te preocupes. ¡Como te dije, te salvaré el culo por nuestro hijo, pero después de que esto pase, no quiero verte nunca más!

—Nena, no lo entiendes pero...

—Te veré el miércoles en el juzgado. —Salió dando un portazo y ni esperó el ascensor bajando por las escaleras aunque era un noveno piso. Antes de salir al hall tuvo que sentarse en un escalón, porque las lágrimas no la dejaban ver lo que tenía delante y apretando su bolso sobre sus rodillas se sintió desgarrada. No podía creerse que hubiera caído en la trampa. La había utilizado desde el principio y como una idiota lo había dado todo por él. Carter y él la habían manipulado para que le defendiera cuando no iba a llamarla nunca más. Ni siquiera la había llamado cuando Carter le había dicho lo del bebé, pero como había estallado la noticia de la violación la necesitaban, montando un circo en el que ella era la actriz principal. Tragó saliva limpiándose las lágrimas y respiró hondo sollozando sin poder evitarlo. Se agarró a la barandilla diciéndose que tenía que calmarse porque aquello no era bueno para el bebé, así que se enderezó. Respiró de nuevo varias veces y sacó un espejito de su bolso. Al ver sus ojos rojos los cerró con fuerza. Solo esperaba que ya no hubiera prensa en la puerta, aunque en ese momento le daba lo mismo. Tardó cinco minutos en salir de su casa y la prensa le sacó cien fotos antes de que pudiera subirse a un taxi que el portero le había pedido. Ahora tenía que descubrir cómo librarse de Arnold para siempre.

## Capítulo 10

El miércoles subió los escalones del juzgado rodeada de su equipo mientras la prensa se tiraba sobre ella. —¿Es cierto que se han separado? ¡No se les ha visto juntos en estos últimos días!

—Señores, me dirijo a una vista y tengo que concentrarme. Pero debo decir que mi relación con el señor Weixler es la de siempre. —En eso no mentía, porque jamás había habido algo entre ellos. Al entrar en el juzgado lo vio en el hall al lado de Carter.

Su jefe se acercó a ella preocupado y susurró —Tienes un aspecto lamentable.

—Vaya, gracias. —Sabía que era cierto. No dormía desde hacía días y había adelgazado. Pasando ante Carter se acercó a Arnold. —¿Estás listo?

—Laura no me has cogido el teléfono y no quieres verme, pero...

—¿Esto tiene algo que ver con el caso? No, ¿verdad? Pues cierra la boca y ábrela solo cuando yo te lo diga.

Arnold se tensó y ella caminó hacia la sala donde los habían convocado.

—Tranquilízate y no pierdas los nervios —dijo Ariel muy seria.

—Tranquila. Esto es pan comido. —Al ver al abogado de la parte contraria con Olivia a su lado, no pudo evitar acercarse. —Buenos días, colega.

Raymond Gallagher era un tiburón y todo Nueva York lo sabía, pero tenía un punto débil. Las mujeres. Mira, como Arnold.

—Laura, todo esto que te has montado, es un circo. Deberías haberme llamado para llegar a un acuerdo.

—Más quisieras —dijo mirando fijamente a su rival. Era preciosa con un cabello rojo que resaltaba sus ojos azules. La miraba como si se sintiera superior. —¿Qué tal ese embarazo, señorita Vitello?

—No hables con mi cliente.

—Tranquilo, abogado. Solo era una pregunta de cortesía porque me

importa muy poco.

—Sí que le importa —dijo ella divertida—. Solo hay que verle la cara.

—Es que no la tengo tan dura como tú. Suerte tendrás de que cuando salgas de aquí, no vayas directamente a prisión.

—Laura, no hables con mi cliente. Deberías controlar tus celos —dijo Raymond divertido.

—¿Celos? Ya veremos quién tiene razón. Creo que tu cliente te ha deslumbrado. Ten cuidado abogado o tus ahorros van a mermar de manera alarmante.

—Tranquila, sé cuidarme.

Sonrió volviéndose y regresando con los suyos. Arnold siseó —¿Qué te propones?

—Nada que te interese.

Cuando se abrieron las puertas les ignoró a todos para entrar en la sala. Se puso en la mesa de la izquierda y se sentó en el extremo más próximo al estrado. Arnold se sentó a su lado mientras Ariel lo hacía al otro lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó alguien tras ella.

Se volvió sorprendida para ver a Ana, que durante esos días había sido su paño de lágrimas. —¿Qué haces aquí?

—Venir a apoyarte. —Miró de reojo a Arnold que no se cortaba en escuchar. —A ti. ¡Vengo a apoyarte a ti y no al gilipollas que tienes al lado, ni a mi marido, que por cierto estas últimas noches ha utilizado el cuarto de invitados!

Laura sonrió. —Tú sí que eres una amiga.

—Suerte. Acaba con ella y salgamos a comer una buena hamburguesa.

—Hecho. —Miró al frente y cogió su maletín ignorando a la persona que tenía a su lado.

—Nena, me has alejado amenazándome con no representarme, pero esto se acabará muy pronto y no podrás evitarme.

—Eso también está resuelto.

Él iba a preguntar algo, pero el Juez Wilber salió hacia el estrado haciendo que se levantaran. —Buenos días a todos. —Se sentó en su enorme sillón y miró a la sala que se sentaba de nuevo. —Vitello contra Weixler.

Empecemos para averiguar si esto irá a juicio.

Laura se levantó antes que su contrincante. —Laura Byerly, señoría. Represento al señor Weixler.

—¿No me diga? Ver su preciosa cara en la televisión todo el día me había dado una pista. —Miró a la otra parte. —Raymond...

—Buenos días, señoría.

Mierda, se conocían. Miró a Raymond, que sonrió confiado. —Señoría, solicito entregarle un documento.

La miró extrañado. —¿Y por qué no se presentó antes para que pudiera revisarlo con tiempo?

—Me lo han entregado ayer noche y no podía enviárselo a las dos de la mañana. ¿Puedo?

El juez asintió mientras Raymond se levantaba. —¿Disculpe? Señoría, no tengo conocimiento de esa documentación.

—La señorita Byerly lo ha dejado claro. No me fastidies, Raymond. Esto solo es una vista. —Se acercó al tribunal y le tendió el documento. —¿Qué tenemos aquí?

Laura sonrió. —Una declaración jurada de la madre de la señorita Vitello diciendo que ya lo había hecho antes, señoría.

Olivia palideció. —¡Mi madre está muerta!

—Hablo de su madre natural. No de la adoptiva. —Sonrió maliciosa. —La señorita Vitello fue adoptada con catorce años, pero nunca dejó de tener relación con su madre natural. Y por decirlo de alguna manera, se tienen mucha confianza.

—¿Por qué no se ha presentado su madre en este tribunal?

—Está en prisión, señoría. Cumpliendo una pena de diecisiete años por estafa.

El juez asintió leyendo la declaración rápidamente mientras ella regresaba a su mesa. —Además detrás encontrará la declaración jurada de un psiquiatra muy reputado. El doctor Dominick, que opina que Olivia es peligrosa para los demás y para sí misma. Por eso se siente con libertad para hablar.

—¡Esto es inaudito! —gritó Raymond levantándose—. Cualquier cosa que mi cliente le haya dicho a su psiquiatra, es secreto profesional.

—A no ser que sea un peligro para la sociedad como acabo de relatar

—respondió irónica sonriendo—. Y es evidente que es un peligro cuando va por ahí extorsionando a la gente, como el psiquiatra declara voluntariamente. Además, enumera los tres nombres de tres hombres que fueron extorsionados por ella en su época de la universidad. Como por ejemplo... —Sacó una copia de la declaración. —Su profesor de economía, al que extorsionó con denunciarle a la Universidad y con hundir su reputación, que también está dispuesto a declarar.

El juez levantó la vista y suspiró apoyando la espalda en el respaldo del sillón de cuero negro. —Esto no da luz sobre la paternidad del hijo que espera, que es lo único que me importa. Las extorsiones deberá tramitarlas la fiscalía. —Miró al fondo de la sala donde la fiscal levantó una ceja. —Y creo que están tomando nota.

—Oh, sí... Seguro que están muy atentos. Como el FBI está muy atento a lo que hizo con ese dinero y con el dinero que ha desviado a las Caimán para varios clientes. —Olivia inquieta miró hacia atrás mientras el público rumoreaba. —Pero como usted ha dicho tan inteligentemente, estamos aquí para descubrir la paternidad del hijo que espera. Por eso solicito, debido a todos los cargos que se presentarán contra ella en dos minutos, que se le realice una prueba de paternidad cuanto antes para que mi cliente pueda olvidarse de este asunto o para reclamar esa paternidad, ya que la señorita Vitello va a pasar varios años en la cárcel.

—¡Serás zorra! —gritó Olivia levantándose—. ¡Si crees que vas a acabar conmigo, estás loca! Él me violó y lo va a pagar.

El juez golpeó con la maza furioso. —¡Raymond, controla a tu cliente! ¡Y no tengo conocimiento de ninguna acusación contra el señor Weixler! ¡Esto es inaudito! ¡Es una vista por paternidad!

—Lo siento señoría, está muy nerviosa —dijo Raymond antes de sujetar del brazo a su cliente y decirle algo al oído. Raymond se levantó de nuevo—. Señoría, mi cliente no puede someterse a dicha prueba por prescripción médica, ya que pone en riesgo su embarazo. Solicitamos que se espere hasta después del nacimiento.

—¿Y hundir la reputación de mi cliente saliendo en la televisión día sí y día no? Lo siento abogado, pero eso no podrá ser.

—Eso lo decidiré yo.

—Y la jurisprudencia, señoría. —Se acercó de nuevo al tribunal. —Con la venia. Caso Ortega contra Ortega. El tribunal resolvió someter a la

señora Ortega a la prueba de paternidad porque el señor Ortega sospechaba que no era suyo. La mujer alegó lo mismo que la señorita Vitello, para seguir destrozando la imagen de su marido, como la mujer abandonada embarazada cuando el pobre tenía unos cuernos que no entraban por la puerta. —La sala se echó a reír y ella sonrió radiante. —Ella destrozó su reputación hasta poniendo carteles ante su empresa, diciendo que era un ser despreciable. Eso por no decir que era un cabrón. ¡Más o menos como lo que la señorita Vitello hace con mi cliente, que no se corta en decir que es un violador cuando no hay ninguna prueba de ello!

El juez miró los papeles muy serio antes de levantar la vista. —Es obvio para todo el mundo que la reputación del señor Weixler se ha resentido con este sucio asunto...

—Señoría... —La parte contraria se levantó de nuevo. —Creo que el señor Weixler ha demostrado sobradamente que su reputación le importa poco con todos los escándalos sexuales que lleva a sus espaldas.

—¿Escándalos sexuales? —replicó Laura cabreada—. ¿Desde cuándo tener una vida sexual activa se puede considerar escándalo sexual? ¡Y le recuerdo que eso sería antes! ¡Ahora está comprometido conmigo y su vida es bien distinta!

—Vamos, abogada... ¡Nadie se cree que vaya a tener un hijo del señor Weixler! Y está tan comprometida con él como yo con la señorita Vitello.

—¡Silencio! —ordenó el juez.

Laura volvió a su asiento evitando la mirada de Arnold y se sentó cabreada porque esa sanguijuela sacara a relucir a su bebé.

—Ordeno que la señorita Vitella se someta a una prueba de paternidad de inmediato.

Olivia se levantó furiosa mirando a su abogado. —¡Me dijiste que llegarían a un acuerdo! ¡Me dijiste que no podía echarse atrás! ¡Que pagarían para que todo se acabara!

—¡Cállate y siéntate, Olivia!

Olivia miró hacia ella y Laura sonrió haciéndola estallar. —¡Tú, zorra! ¿Quieres la prueba de paternidad? ¡Pues entérate bien que no hay bebé! —Laura abrió los ojos como platos y Arnold le cogió la mano. —No hay bebé, ¿de acuerdo? —Cogió su bolso y rodeó la mesa a toda prisa con intención de salir de allí, pero la fiscal del estado se levantó interceptándola con dos policías detrás.

—Señorita Vitello queda detenida por extorsión, acusación fraudulenta, evasión de impuestos y seguro que de camino a la comisaría se me ocurren varios delitos más.

Olivia gritó mientras la esposaban —¡La culpa es de mi abogado! ¡Él me metió en esto!

Raymond la miraba atónito. —¡Es mentira! ¡Les aseguro que es mentira!

Laura miró a Arnold y al darse cuenta de que le cogía la mano la apartó asqueada. Se levantó volviéndose hacia Ana, que aplaudía emocionada. —Lo conseguiste. —La abrazó con fuerza y su amiga susurró a su oído —Eres estupenda. No lo dudes nunca.

Asintió apartándose y Carter la abrazó. —Muy bien. Te has ganado unas vacaciones.

—Y me las pienso tomar. —Ariel le dio un beso en la mejilla y no tuvo más remedio que volverse hacia Arnold. —Acabemos con esto —dijo mirando sus ojos antes de que él la abrazara con fuerza atrapando su boca para darle un beso de película que captaron todas las cámaras. Pero ella no sintió nada sino que la recorrió una pena horrible que provocó que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Él se apartó lentamente mirando sus ojos—. Cielo, lo siento. Te juro que...

—¿Nos vamos a celebrarlo? —Antes de que nadie pudiera contestar, cogió su maletín y su bolso para salir de la sala. Estuvo un rato rodeada de periodistas. Satisfecha por un trabajo bien hecho, dio las gracias a todos los que la habían ayudado y sobre todo al doctor Dominick. —Ha sido clave en la investigación. Sin él no habiéramos sabido que el supuesto pasado de Olivia era solo fachada. Al ser adoptada su pasado criminal con su madre fue borrado. Fueron sus padres adoptivos quienes la enviaron a terapia y allí conoció a Dominick que la trató durante diez años. Iba a denunciarla a la policía cuando le extorsionó a él. Temiendo por su reputación, pagó como todos y siguió adelante con su vida. Eso es lo que mi cliente no hizo. Pagar. Si lo hubiera hecho, ella hubiera ido a por la siguiente víctima simulando ser una mujer de carrera. Quiero dar las gracias a todas las personas que han confiado en nosotros. Gracias de verdad.

—¿Ahora preparará la boda? —Esa pregunta la traspasó como un rayo, pero sonrió.

—Claro. Y será íntima e idílica. Si me disculpan, señores... Estoy deseando pasar un tiempo a solas con mi prometido para celebrarlo.

Caminó hacia la salida seguida por ellos y vio que a Arnold y a Carter también les acosaban a preguntas. Iba a bajar los escalones cuando se detuvo en seco al ver a Henry ante Carter mirándole con odio. Se volvió para mirarla a ella y se le heló la sangre cuando le sonrió con maldad. Al ver que se volvía de nuevo a Carter, Laura empujó a un chico de la prensa tirándole al suelo sin darse cuenta. Vio el reflejo plateado del revolver que llevaba en la mano y que levantó en ese momento apuntando a su socio. —¡No! —Sin pensar se tiró sobre Henry, cayendo escaleras abajo sobre su cuerpo antes de rodar hasta la acera mientras la gente gritaba horrorizada corriendo en todas direcciones.

Henry aún con el arma en la mano, se levantó tambaleante y la apuntó con el arma. —¡Maldita zorra, todo es por tu culpa! ¡Has convencido a Carter para que destroce mi vida!

Aterrorizada todavía tirada en el suelo, solo miraba el cañón de la pistola. Henry rodeado de policías le gritó sin dejar de apuntarle —¡Te dije que me las pagarías!

Alguien se tiró sobre él y gritó horrorizada cuando sintió que algo quemaba su brazo izquierdo. Entonces se desató el caos y dos policías se agacharon a su lado dándole la espalda mientras apuntaban a alguien que ella no podía ver y varias personas gritaban. Como a cámara lenta vio como Carter abrazaba con fuerza a su mujer. Alguien se acercó a ella arrodillándose a su lado, pero Laura solo buscaba a Arnold.

—¿Arnold? —Histérica miró a su alrededor. —¿Arnold?

Entonces escuchó un disparo y sujetándose en la camisa del policía que estaba a su lado, se sentó de golpe gritando su nombre hasta que un agente se apartó dejándola ver a un hombre tirado a unos metros con la cara cubierta de sangre. Gritó de miedo desmayándose en los brazos del sanitario que intentaba calmarla.

—¿Cómo está? —La voz de su madre la hizo despertar y se preguntó qué hacía en su casa. Le costó un poco abrir los ojos y su madre apartó suavemente a una mujer morena para acercase a su cama. —Mi niña, ¿cómo te encuentras?

Atontada miró sus ojos verdes. —¿Mamá?

—Estoy aquí, cielo. —Acarició su frente. —Estoy aquí.

Miró a su alrededor algo descolocada y ni se dio cuenta de que estaba en una habitación de hospital. Entonces lo recordó todo y se sentó de golpe. —¿Arnold? ¿Dónde está Arnold?

Ana se acercó a ella. —Está bien. Le están arreglando la nariz de nuevo, pero está bien. ¡Tranquilízate! No quería moverse de tu lado, pero los médicos insistieron y tuvo que irse.

—¿De verdad? ¿No me mientes? —La angustia de su voz la hizo sentarse a su lado y cogerle la mano.

—Te lo juro. Está bien. Se tiró sobre Henry para evitar que te disparara y en la caída se le desplazó la fractura de nuevo. Todo está bien.

—Sí, hija. Yo mismo lo vi en las noticias cuando te metían en la ambulancia y estaba a tu lado.

Se dejó caer sobre las almohadas del alivio y las miró con lágrimas en los ojos. —Bien. Me alegro mucho. Escuché un disparo y...

—Tuvieron que abatir a Henry. ¿Te duele el brazo? Fue un milagro que no te matara.

—¿El bebé está bien?

—Todo está bien. Te sedaron en la ambulancia y todo está fenomenal.

—¿Y tú?

Los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas. —No sé cómo agradecerte... Le hubiera matado si no llega a ser por ti. Lo vi en sus ojos. Iba a matar a Carter.

—Oh, no fue nada. En realidad no lo pensé mucho.

—Claro, tú guiándote por instintos como siempre.

Las dos miraron a su madre que chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —¡No me miréis así! ¡Me gustaría que mi hija pensara un poco las cosas por una vez!

—Mamá...

—Cariño, creo que necesitas unas vacaciones para pensar mucho en tu futuro. ¿Qué te parece si te vas a la casa de mi tía cerca de Londres? Haces turismo por Inglaterra y descansas. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Unas vacaciones contigo? —preguntó con horror.

—¡No hace falta que pongas esa cara! Encima que miro por ti.

—Mamá, si no podemos ir ni a comprar un vestido juntas. ¡En una semana nos matamos!

—Es que eres igual que tu abuela. Todo lo discutes.

—Mira quién fue a hablar. —Miró a su amiga que disimulaba la risa. —Qué suerte tienes con la tuya.

—No creas, que mis padres también tienen lo suyo. —Miró a Amanda y explicó —Son un poco controladores.

—¿Ves? Al contrario que yo. Que siempre te he dado toda la libertad que has querido.

—¡Mamá, no quiero discutir! ¡Me han pegado un tiro!

—Lo de las vacaciones no es mala idea. Podemos ir a la playa. —Sugirió su amiga.

Miró a Ana. —¿Estás loca? ¡Te acabas de casar! ¡Aun tenéis que buscar la casa nueva antes de que llegue la niña!

—Vaya cómo está el mercado inmobiliario. Es irritante.

Amanda carraspeó y Laura gruñó antes de decir —Mi madre es agente.

—¿No me digas?

—¡Ya veo lo que le hablas de tu familia a tu mejor amiga!

—Ya empezamos. ¡No le dije nada... porque siempre estás muy ocupada!

—Porque soy la mejor.

—Exacto.

—¿No me diga? ¿No tendrá nada por ahí cerca del parque de cuatro habitaciones?

—Cerca del parque con cuatro habitaciones. —La miró divertida antes de echarse a reír. —¿De qué parque?

—Mamá, muy graciosa. ¡Pues de Central Park!

—Ya me lo imaginaba. —Puso una mano en la cadera mirando fijamente a Ana. —¿Presupuesto?

—¿Siete millones? —Su madre se echó a reír a carcajadas y Ana gruñó. —¿Es poco? No podemos permitirnos más de momento y no quiero agobiar a Carter con la hipoteca.

Eso la hizo reír aún más. —¡Mamá! —Puso los ojos en blanco. —¡No tiene gracia!

—Perdona, pero... —Se llevó una mano al pecho divertida y la miró maliciosa. —Es que estaba enseñando una casa cuando mi marido me llamó para que pusiera las noticias, ¿sabes? Una de cuatro dormitorios con vistas al parque y terraza. Cuatro baños y...

—¿Si?

—Su precio es de seis millones ochocientos mil por un desahucio. Doscientos metros cuadrados en lo mejor de la ciudad.

Ana jadeó levantándose de inmediato. —No la han comprado, ¿no?

—Estábamos a punto de hablar del precio cuando me llamaron.

—¿Nos vamos?

—¡Eh! —protestó Laura.

—Lo siento amiga, pero ni aunque te operaran a corazón abierto iba a perder esta oportunidad —dijo excitadísima—. ¡Necesito a Carter! —Salió corriendo de la habitación, pero un segundo después volvió a entrar. —Vuelvo ahora. ¡No se vaya! ¡Y sobre todo, no la venda!

Amanda sonrió mirando a su hija. —Ahora le caigo mejor.

—Eso ya lo veo.

—Sobre las vacaciones...

—No me voy a Londres. Prefiero descansar en... —Pensó un lugar rápidamente. —Maine.

—¿Maine?

—Yo qué sé, mamá. Un sitio tranquilo donde no haya prensa.

Su madre la miró fijamente y suspirando se sentó a su lado. —¿Qué vas a hacer?

—Esto no tiene futuro. —Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. —Nunca me fiaría de Arnold después de todo lo que ha ocurrido. Es un mujeriego y siempre desconfiaría de él.

—Así no se puede vivir. Lo sé por experiencia.

—Papá era igual. Lo sé. —Se miraron a los ojos. —Es cierto eso que se buscan maridos iguales que los padres.

—Tú eres mil veces más lista que yo y tomarás la decisión correcta. Siempre lo haces. Ahora que todo ese revuelo se alejará de vosotros, debes ver las cosas con perspectiva. Cuando regreses, sabrás que hacer.

—La decisión está tomada. Puede que le ame, pero no quiero volver a sufrir.

—¡Ya estamos aquí! —dijo Ana con la voz entrecortada.

Su madre se apartó y vio a Carter que se acercó de inmediato. —  
¿Cómo estás?

Ana le cogió de la mano tirando de él hacia la puerta. —Está muy bien. Ya hablarás con tu socia en otro momento. Ahora vamos a ver esa casa antes de que nos la quiten de las manos.

—¡Ana!

—¡Déjate de rollos, Carter! ¡Voy a parir y todavía no nos hemos mudado!

—¡Si quedan meses!

—Exacto.

Amanda reprimiendo la risa le dio un beso en la frente. —Te llamo luego.

—¿Les gustará? —susurró divertida.

—Esto ya está hecho, cielo. Es una ganga.

—Eso es estupendo. Pasarlo bien.

Carter se resistió a salir haciéndola reír. —¡Cariño, no hagas esfuerzos! —Miró hacia ella. —¿Estás bien?

—Perfecta.

—Arnold salía ahora de quirófano. En un par de horas... —Tiraron de él con fuerza y Carter puso los ojos en blanco haciéndola reír de nuevo. —  
¡Te vemos luego!

En cuanto desaparecieron ella perdió la sonrisa y apretó las sábanas entre sus dedos. Al mirarlas vio su anillo de compromiso y una lágrima cayó por su mejilla mientras se lo quitaba. Se abrió la puerta de nuevo y sobresaltada se pasó una mano por la mejilla para ver como metían una cama en su habitación. Una enfermera sonrió. —Aquí le traemos a su prometido. Está algo grogui, pero en un par de horas podrán irse a casa. Vio que Arnold intentaba centrar la vista hacia ella, pero tuvo que cerrar los ojos cuando le giraron para colocar la cama a su lado. Ella se levantó ansiosa por saber si estaba bien y se acercó a su cama.

—¿Arnold?

Él cogió su mano como si no quisiera que se le escapara. —¿Estás bien? —preguntó insegura.

Arnold asintió. —Sí, ¿y tú?

—Estoy bien.

Él suspiró cerrando los ojos y la enfermera sonrió. —Tiene que darle tiempo. Aún está con los efectos de la anestesia. Le dejo aquí una manta por si tiene frío.

En cuanto les dejaron solos él la miró a los ojos y sonrió como si estuviera agotado. —Descansa, Arnold. Estoy aquí al lado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien y el bebé también. No debes preocuparte por nada.

—No quería dejarte.

—Descansa.

Ella se alejó soltando su mano suavemente y se sentó en su cama observándole. Se quedó dormido de nuevo al instante y Laura miró su mano de nuevo. Al no ver el anillo se volvió de golpe para encontrarlo entre las sábanas y se echó a llorar porque se dio cuenta que significaba muchísimo para ella incluso cuando él no se lo había comprado. Era ridícula. Se levantó de nuevo y fue al armario vistiéndose a toda prisa. Cuando estaba a punto de salir, cogió su mano colocando el anillo en su dedo meñique. Le miró a la cara y besó suavemente sus labios. —Adiós, Arnold. —Reprimiendo las lágrimas salió de la habitación a toda prisa. Era hora de borrar a Arnold Weixler de su vida.

## Capítulo 11

Entró en el despacho con paso firme saludando con la mano a una de las secretarias que salían de la sala de reuniones. —Buenos días... —le dijo a Daisy que se sobresaltó mirándola con la boca abierta.

—¿De dónde sales?

—De unas vacaciones de ensueño. ¿Qué hay para hoy?

—¡Nada! ¡He tenido que pasarle tu agenda a Carter!

—Oh, pues que te la devuelva. Ya estoy de vuelta.

—Menudas vacaciones de dos meses y medio.

—Es que hacía tres años que no me las tomaba —dijo divertida yendo hacia su despacho—. Y es algo que no va a volver a pasar. ¿Mi agenda?

—¿Y dónde has estado?

—De crucero por Europa. Si alguna vez tienes la posibilidad, tienes que ir a los Fiordos Noruegos. Son una maravilla.

—Lo apuntaré en mi agenda —dijo irónica.

—¿Entonces no tengo nada que hacer?

—Pues no.

—Mi agenda, Daisy. Vete a buscarla.

La miró de arriba abajo. —¡Estás morena!

—Es que en el Mediterráneo aún se puede tomar el sol.

—¡Y se te empieza a notar!

—Estoy de cinco meses.

—¿Y las revisiones ginecológicas?

—Me hice una en Mallorca y todo está bien. ¡Es niña!

—¿Y el padre del bebé?

—Ah, de ese no quiero hablar.

—Pues aquí se ha hablado mucho de ti.

—Mi agenda, Daisy.

—¡Sobre todo porque no tenían ni idea de dónde estabas! ¿No crees

que deberías hablar con Carter por si aún tienes empleo?

—¡Claro que tengo empleo! ¡Me dijo que me tomara unas vacaciones!

—No de dos meses y medio. ¡Está que fuma en pipa por tu culpa!

—¡Pero si he hablado con Ana todas las semanas!

—¡No fastidies! ¡Se va a armar!

Asombrada salió de su despacho y recorrió el pasillo para entrar en el despacho de Carter. Ana escribiendo en el ordenador de espaldas a ella ni se dio cuenta. Carraspeó cruzándose de brazos y su amiga, con una sonrisa de bienvenida en la cara, se volvió sobre su hombro antes de chillar levantándose mostrando su abultado vientre. —¡Mírate! —gritaron las dos a la vez antes de abrazarse riendo.

Carter abrió la puerta de su despacho de golpe y suspiró de alivio cuando las vio abrazadas. —Hola, socio.

—¿Hola, socio? ¡Te dije unas vacaciones!

—Y me las he tomado.

—¡Podías haber dado señales de vida! ¡Nos has tenido muy preocupados!

Ana carraspeó alejándose. —Hablabas conmigo.

Carter miró a su mujer como si no la conociera. —Esto no está pasando.

—Vamos, no te enfades. Tú protegiste a Arnold y ella me protegió a mí. Estáis empatados. ¿Me devuelves mi agenda?

—¿Que te devuelva tu agenda? —Sonrió divertido dando un paso hacia ella y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón. —Vas a encargarte de un asunto muy urgente.

—Uy, tiene esa mirada. Cuidado amiga. Planea algo —susurró Ana ganándose una mirada fulminante de su marido—. ¡Oye a mí no me mires así, que duermes en el sofá!

—Cielo, esto es trabajo. ¡A trabajar!

—¡Ya verás cuando llegues a casa! ¡Allí mando yo! —Furiosa fue hasta su mesa y se sentó mirándolo con rencor.

—¿Y cuál es ese trabajo tan urgente?

Carter se acercó. —Tenemos un cliente que quiere un contrato prematrimonial.

—Ah, pues muy bien. ¿Quiere algo especial?

—Oh, sí. Te va a encantar. Te especificaré lo que quiere cuando vayas a verle. Es un hombre muy ocupado y tienes que ir tú a su despacho.

—Vale. ¿Hoy?

—Ahora mismo. Vete a ver a Arnold y que él te indique.

Levantó ambas cejas cuando su corazón saltó. ¡No podía tener tan mala suerte! —Perdón, ¿has dicho contrato prematrimonial?

—Ya me has oído. Eso si quieres conservar tu trabajo, claro.

Perdió algo de su reciente moreno. —¿Se va a casar?

—Exacto.

Miró a Ana confundida. —¿Con quién?

—Es una trampa, idiota. Es para que vayas a verle.

Furiosa miró a Carter. —¡No tiene gracia!

—Hablo en serio. Quiere un contrato prematrimonial. Me ha llamado esta mañana. Tú te encargas. Tengo una demanda de millones de dólares entre manos por una negligencia, así que es todo tuyo.

Ana y ella se quedaron con la boca abierta viendo a Carter entrar en su despacho y cerrar de un portazo. —¿Habla en serio? —preguntó Ana atónita.

—¿A mí qué me dices?

—No ha salido con nadie que yo sepa. Tiene que ser una trampa.

—Bueno... —Tomó aire profundamente. —Llevo meses preparándome para esto.

—Tú puedes enfrentarte a él sin que se te caigan las bragas.

—Exacto.

—Y sin ponerte a temblar como una adolescente.

—Eso digo yo.

—Y sin lloriquear por las esquinas porque te ha utilizado.

—¿Quieres dejarlo ya? ¡Me estás hundiendo la moral! —Se volvió exasperada.

—Esta noche tienes que venir a cenar a casa. Así la conoces.

—Vale. ¿Quedamos para comer?

—¿Crees que estarás libre? Con Weixler nunca se sabe.

—Menuda confianza que tienes en mí.

—No, si de ti me fío. Es de él de quien desconfío porque en cuanto te vea puede que te lo haga sobre la mesa del despacho.

—¡No va a pasar nada!

—Eso, repítelo veinte veces que así se te va quedando de la que vas.

—¡Para qué habré vuelto!

—¡Muy graciosa! —dijo viéndola coger su bolso y su maletín de nuevo. Ana sonrió a Daisy y le guiñó un ojo—. Me ha echado un montón de menos.

Laura se volvió sonriendo. —Sí, pesada.

—Lo sabía. Este sábado hay barbacoa.

—¡Pero si hace un frío que pela!

—Papá pondrá una carpa. Te encantará. Daisy, puedes venir si quieres.

—Tengo comida con mis padres el sábado.

—Vaya. Las barbacoas de los Moretti son la leche.

—¿Otro día?

—Vale.

—Me voy. Quiero acabar con esto cuanto antes.

—Ánimo. ¡Tú puedes! —dijo animándola mientras iba hacia el ascensor siguiéndola—. Eres dura, eres una roca que no se moverá ni un milímetro de su objetivo. Eres...

—¿Ahora eres psicóloga motivacional?

—Estoy leyendo un libro de autoayuda.

La miró con horror. —¿Para qué?

—Ni idea. Pienso que la mitad de las cosas son chorradas. —Se abrieron las puertas.

—¿Tu matrimonio hace aguas?

—Trabaja demasiado.

Laura sonrió. —Ya he vuelto. Tranquila. Puedes tirar ese libro a la basura.

—¡Eres genial!

—Te veo luego.

Cuando salió a buscar un taxi, empezó a ponerse nerviosa. Sabía que pasaría algo así tarde o temprano ya que trabajaban juntos, pero no esperaba

que fuera nada más llegar. Suspirando dio la dirección del edificio Weixler y dio golpecitos con el dedo sobre su maletín. Tenía que ser fría y profesional. Solo eso. Se pasó repitiéndose esas palabras los quince minutos que tardó en llegar. No dudaba que Carter había llamado anunciando que había regresado de sus vacaciones y no la defraudó, porque la secretaria de Arnold la esperaba en el hall. Seguramente para que no saliera corriendo.

—Clare, ¿cómo te va?

—Muy bien ahora que todo ha vuelto a la normalidad. ¿Qué tal esas vacaciones?

—Maravillosas. Tanto que estoy pensando en irme de nuevo.

—Es una pena que haya que trabajar.

—Sí. ¿Cómo está el jefe?

La miró de reojo. —Trabajando como un poseso desde hace meses.

—Hay que recuperarse del desastre, ¿verdad?

—Ya lo hemos conseguido. Los accionistas están encantados.

—No dudaba que lo conseguiría.

—El jefe siempre consigue lo que quiere.

Giró la cabeza hacia su secretaria. —¿Es una advertencia?

—No. Es un hecho. No lleva el anillo, señorita Byerly. Eso no se hace.

—Uy, uy... me da que voy a una guerra y me he dejado la armadura en casa.

—Pues ya no puede ir a buscarla.

Sonriendo le indicó con la mano que saliera del ascensor y divertida salió para encontrarse con Arnold de frente esperándola ante la puerta de su despacho. Mierda. Estaba tan guapo que se detuvo sin darse cuenta. Él sonrió de esa manera que le derretía el corazón y se acercó a ella.

—Nena, estás preciosa. Te han sentado muy bien las vacaciones.

—Gracias. —Pasó a su lado esquivándolo y entró en el despacho.

Él entró tras ella sonriendo y cerrando la puerta. —Ponte cómoda.

—Eso pensaba hacer. —Rodeó su escritorio y se sentó en su sitio sacando un block de su maletín. Arnold se sentó en una de las sillas que tenía para las visitas mirándola divertido. —Bien, me ha dicho Carter que quieres un contrato prematrimonial. Quieres cláusulas especiales. ¿Cuáles son? —Le miró con sus fríos ojos azules y él sonrió más ampliamente poniéndose

cómodo.

—Quiero blindar la empresa.

—Eso es lógico. —Apuntó en su block. —Ya lo tenía previsto.

—¿Y qué más tienes previsto?

—Una cantidad en caso de divorcio sin hijos. Otra con hijos.

—Habrá hijos.

Ella rechinó los dientes antes de sonreír. —Perfecto, pues me ahorro trabajo. ¿La vivienda se la queda ella?

—Sí. En caso de divorcio, claro.

—Claro.

—Y la custodia de los niños.

Ahora iba a tener niños en plural. Mira qué gracioso. —¿Y la custodia de los niños con una manutención?

—¿Te parece seis mil por niño?

—Habría que hacer un cómputo general de gastos de previsión, pero de momento pondremos seis mil. Los colegios son carísimos. ¿Te parece seis mil más los gastos de estudios?

—Perfecto.

—Por supuesto los gastos sanitarios corren de tu cuenta...

—Sí. Nena, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias. Los horarios de las visitas ya los resolveréis en su momento. ¿Quieres dejarle acciones o bonos en caso de infidelidad por tu parte?

Arnold se tensó. —Eso no va a pasar.

—Vaya, has cambiado mucho en dos meses.

Él se levantó. —Si lo dices por lo de Marion, no se puede decir que te haya sido infiel, ¿no crees? No estábamos juntos.

—Lo que hagas o dejes de hacer ya no es problema mío, a no ser que tu apetito sexual vuelva a meterte en otro lío legal, claro. ¿Quieres meter alguna exigencia sexual? Con lo activo que eres, como tu mujer se niegue a hacer el amor puede que tengáis un problema. Algunas personas exigen unas tres veces a la semana. ¿Qué dices? —Él levantó una ceja. —Poco, ¿no? Igual deberías hablarlo con ella para ponerlos de acuerdo.

—No necesito esa cláusula.

—Bueno, entonces qué quieres poner. Porque hasta ahora lo he dicho

yo todo.

Arnold metió las manos en los bolsillos del pantalón gris que llevaba. —No sé, dímelo tú. El contrato prematrimonial es para ti.

Ella tomó aire antes de levantarse. —Bueno, como veo que aquí pierdo el tiempo, me vuelvo al despacho. —Cogió su maletín y rodeó la mesa, pero él se interpuso. —Apártate de mi camino.

—Escúchame. —Iba a cogerla del brazo, pero cerró la mano en un puño antes de tocarla. —Nena, escúchame unos minutos.

—No tengo ninguna obligación. Ninguna, ¿entiendes? Ahora apártate de mi camino.

—Te quiero. —El corazón de Laura se paralizó en su pecho y Arnold se pasó una mano por su cabello negro muy nervioso al ver que ella había palidecido. —¿Te encuentras bien?

—Apártate de mi camino. No te lo digo más —siseó furiosa.

—No me acosté con ella después de que empezamos. No me acosté con ninguna después de que decidiste ser mi amante. —Arnold juró por lo bajo. —No debería llamarlo así...

—¿Por qué si es la verdad? Era otra de tus amantes.

—¡No! ¡No eras como las demás! ¡Nunca lo fuiste!

—Pues lo simulaste muy bien. —Intentó rodearle, pero él la cogió por los brazos obligándole a que le mirara. —¡Se presentó en mi casa porque el portero le dio la llave para que me entregara unos cuadros! ¡No era la primera vez que llevaba cuadros a mi casa y el portero le entregó la llave sin mi consentimiento! Se imaginó cosas porque después de romper con ella al enterarme de que era casada, seguíamos viéndonos como amigos. No volví a acostarme con ella, te lo juro.

—¡Le dijiste que no tenías nada conmigo! —le gritó sin poder evitarlo.

—¡Cuando me denunció Olivia, me llamó preguntándome sobre el tema! ¡Todavía no se lo habíamos dicho a la prensa y le mentí diciéndole que entre nosotros ya no había nada para que ella no filtrara nuestro compromiso, porque se suponía que tenía que filtrarlo Carter! ¿Qué podía hacer? Siempre quiso volver conmigo y la necesitábamos para la investigación.

—¿Le dijiste que entre nosotros no había nada? ¿Y cómo sabía ella que había habido algo entre nosotros? —Arnold palideció. —Vuelves a mentir. Me das asco.

—Lo sabía porque un día dos meses antes me llamó para vernos y le dije que tenía una relación contigo.

Se le cortó el aliento dando un paso atrás. —Serás mentiroso.

Él suspiró dejando caer los brazos. —Nena, te juro que no te miento. Fue dos días antes de que discutiéramos por la llegada de Carter y tu ascenso.

Negó con la cabeza sin creerse una palabra. —No quiero verte más. Que se encargue Carter de ti de ahora en adelante. ¿Me oyes?

La miró con sus ojos negros de una manera que la estremeció. Asustada dio un paso atrás. —Laura, lo vamos a arreglar.

—Eso es lo que tú te crees.

—¡Mira, llevo más de tres meses de los nervios, eso sin contar los dos anteriores que me moría por verte, así que vamos a arreglar esto, porque no pienso pasar ni un día más sin ti! —le gritó a la cara.

—¿Estás loco? ¡Tú me dijiste que no me enamorara!

—¡Porque no quería hacer el ridículo diciéndote que me moría por estar contigo! —Frustrado se pasó la mano por el cabello mientras ella le miraba como si no le conociera. Él sonrió. —¿Ves? Esa es la cara que ibas a poner. Ni yo me lo creía. —Suspiró cogiéndole la mano como si no quisiera soltarla—Nena, sé que he sido un capullo. Pero lo que tenemos tú y yo no he sabido llevarlo demasiado bien. Cuando te conocí y te regalé esa letra me dije que eras una más y sería estupendo acostarme contigo, pero eso fue antes de conocerte. ¡Ahí se me pusieron por corbata cuando me di cuenta de que me gustabas demasiado! ¡Por eso no hice nada en dos años! Pero cuando te vi en aquella discoteca con Ana me cabreaste viéndote ligar con aquel musculitos amigo de Frank. ¡Te vi muy suelta! —Laura se sonrojo de gusto. —¡Y encima me arreas un puñetazo! Eso fue la gota que colmó el vaso. Cuando te pillé en el ascensor lo vi todo rojo y te hice el amor sin poder evitarlo. ¡Otra alerta roja! ¡Nunca había tenido una amante que me respondiera como tú! —le gritó en la cara—. Otra razón para salir corriendo.

—¡Y acostarte con otras!

—¡Nena, tienes que entenderme! Yo no quería atarme a nadie y sí que me acosté con otras, entre ellas Marion. ¡Cuándo nos hicieron la encerrona de la cena, te llevé a casa porque sabía que si me acostaba contigo ya no saldrías de mi pensamiento! Pero después vino la boda de Carter y cuando dijiste que repitiéramos... Me decía que lo que tendríamos era un sexo magnífico y que esa era la razón de querer pasar la noche contigo, pero lo cierto es que desde

que nos acostamos en el ascensor, me cabreaba conmigo mismo por querer estar a tu lado. Pero allí me veo tumbado en la cama del hotel deseando verte de nuevo y te sugiero lo de ser amantes. Cuando me vi ante tu puerta esperando a que llegaras del trabajo, me sentí un idiota y me largué cometiendo el peor error de mi vida. Al salir de ese hotel no podía dejar de darle vueltas a lo que tú pensarías por todo aquello y te llamé al día siguiente preocupado por si te disgustabas. ¡Me sentía como si te hubiera puesto los cuernos cuando ni siquiera estábamos juntos! —Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas. — ¡Por eso me empeñaba en recalcarte una y otra vez que éramos amantes! Pero llegó Carter y tu reacción me tomó por sorpresa. Todavía estaba digiriendo que me gustaba estar contigo. ¿Por qué crees que me arrastré para que empezáramos de nuevo? ¡Tú no me llamaste en dos meses! Pero nos acostamos de nuevo y volvimos a discutir. ¡Me dijiste que me querías! ¡A mí, que ya me veía con la soga al cuello! ¡No sabía qué decirte y metí la pata! ¡Esperaba a que te calmaras para llamarte y pasó lo de Olivia! ¡Y lo del bebé! Y toda mi vida se fue a la mierda, pero tú estabas allí a mi lado y te juro nena que pienso hacer que vuelvas me cueste lo que me cueste.

Pálida se pasó una mano por la frente. —Tengo que sentarme.

Arnold la cogió por el brazo preocupado. —¿Llamo al médico? Preciosa, no me preocupes. ¿Llamo a alguien? Ya sabía yo que no te iba a sentar bien. —Los ojos de Laura dejaron caer las lágrimas que ni sabía que tenía y sonrió radiante confundiendo un poco. —Sí, creo que voy a llamar al médico. No tienes buena cara.

Se iba a incorporar cuando ella le cogió de la mano para que le mirara a los ojos. —¿Me quieres?

—Joder, nena. Tanto que me vuelvo loco cuando no estás conmigo.

—Esa no es la pregunta —susurró—. ¿Me quieres?

—Cada día más, mi amor. —Laura sonrió y acariciando su mejilla se acercó lentamente para besar sus labios. —¿Y tú a mí? —preguntó indeciso—. Dime que aún puedo arreglarlo.

Ella besó su labio inferior sintiéndose inmensamente feliz. —Nunca he dejado de amarte.

## Epílogo

Ariel bebía de su copa de champán viendo como la parejita salía a la pista en su primer baile de casados y Ana se acercó acariciándose el vientre. —¿Tenía razón o no?

—Eres la nueva gurú de las relaciones sentimentales. ¿Quién caerá después?

—Bueno, está Leroy con el nuevo pasante...

—Vamos, eso es muy fácil. Tiene que ser algo difícil como lo de Laura y Arnold.

—¿No me digas? —Miró a su alrededor y vio a Daisy mirando de reojo al quarterback de los Jets que hablaba con la familia de Ana. —Pues veo algo que nadie ha visto.

Ana miró hacia allí. —¿Frank? ¿Y Daisy? Uff, eso sí que va a ser complicado. Creo que en esa predicción estás patinando, guapa.

—Nunca se sabe. —Volvió a mirar a los novios. —Mira tú por dónde, se ha convertido en el marido perfecto.

—Es que ella se lo merece. —Ana sonrió encantada. —La adora.

Vieron como Arnold miraba al borde de la pista y Laura le cogía por la barbilla para que volviera sus ojos hacia ella. Arnold se echó a reír antes de besarla dejándola medio alelada. Ariel divertida bebió de su copa de champán. —Lo tiene atado en corto.

—Es hasta que se relaje un poco. Se le pasará.

Laura miraba con amor a Arnold que girando en la pista le dijo —Esa mujer no me interesa nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Es para fastidiarte.

Él se echó a reír besándola. —Eres mala, señora Weixler. Pero te quiero más que a nada.

—¿Tanto?

—Y más.

—¿Sabes que te estás acostumbrando a decírmelo sin que te lo pregunte? Te estás cambiando de bando, Weixler. ¿No serás de esos maridos agotadores que están todo el día mi amor por aquí y mi amor por allá?

—¿Tanto te horrorizaría?

—¡Por supuesto que sí! Ya no podría echarte la bronca porque no me lo dices.

Él se echó a reír. —Estás loca, ¿lo sabías?

—Sí y tú me quieres igual.

—Cada día más, señora Weixler. Cada día más.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Una noticia estupenda” o “Un lugar al que escapar”. Próximamente publicará “Las pruebas del amor” y “Miedo a perderte”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.

